ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

(TOMO IV)

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

Tomo IV—PATRIA Y HONOR

BUENOS AIRES
Editores: MARTIN BIEDMA É HIJO
Bolivar Nº 535
Año del Centenario—1910



ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

PATRIA Y HONOR

FRAY CAYETANO JOSÉ RODRÍGUEZ

DR. JOSÉ AGUSTÍN MOLINA

JOSÉ ANTONIO MIRALLA

JUAN GUALBERTO GODOY

DR. D. BERNARDO VERA Y PINTADO

PRBRO. BARTOLOMÉ MUÑOZ

NOTICIAS

BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

FRAY CAYETANO JOSÉ RODRÍGUEZ

Nació el P. Rodríguez el año 1761, en San Pedro, Provincia de Buenos Aires. A los dieciseis años de edad tomó el hábito de novicio, en el convento de franciscanos de la capital del Vireinato, y profesó el 13 de Enero de 1778, siendo ordenado de sacerdote cuando aun no había cumplido la edad canónica, en mérito de sus talentos y virtudes.

Estudioso por inclinación, dedicóse especialmente á la enseñanza, yendo á destacarse con notoriedad nada común entre el grupo de hombres de mayor preparación que hacían célebre á la Universidad Cordobesa, donde dictó las clases de Filosofía y Teología, desde 1781 hasta 1790.

Habiendo regresado después á Buenos Aires, enseñó la Hermenéutica y la Física, conservándose aún, en la biblioteca del convento de San Francisco un volumen manuscrito que forma parte de un Tratado de Física, en tres tomos, que entonces escribiera.

Aquí se relacionó y vinculó estrechamente con los hombres de la revolución de Mayo, habiendo sido maestro de Moreno, y después, su mejor amigo y consejero.

A esto debió su nombramiento de primer conservador de la biblioteca nacional, fundada por iniciativa del ilustre secretario de la primera Junta Gubernativa.

En ese mismo año, 1810, una tramoya de cónclave lo llevó á ocupar el cargo de Provincial de su orden.

El P. Rodríguez fué hombre de actuación bien definida en los episodios de la emancipación nacional, á cuyo servicio puso el concurso valiosísimo de su talento, su posición social y su prestigio religioso. Alguna vez fué tildado de Saavedrista por la tenaz oposición que hizo á la designación de D. Martín Pueyrredón para substituir al Dr. Passo en la Presidencia del Triunvirato, en cuyas circunstancias se produjo la disolución de la Asamblea. Sin embargo, se ha probado que no fueron cuestiones de orden político las que determinaron aquella actitud del P. Rodríguez, sino cuestiones de orden religioso, levantadas por algunos de los proyectos que se atribuían al nuevo Gobernador, y que efectivamente, después se concretaron y fueron llevados á la practica.

En 1816 figuró el P. Rodríguez entre los diputados al Congreso de Tucumán, siendo el primero en auspiciar la idea de que cuanto antes se proyectara una constitución para el país, «para presentar con ella á los pueblos el bien que debe empeñarlos en la defensa y el vínculo que debe unirlos á una aspiración».

Míentras fué diputado tuvo á su cargo la redacción de «El Redactor de la Asamblea» y en las columnas.

de este boletín oficial de aquel célebre Congreso hay muchas páginas muy interesantes debidas á su pluma, é inspiradas en el más alto patriotismo.

Republicano de corazón y enemigo acérrimo de todo absolutismo, militó siempre en el partido contrario á Alvear, y su actitud debió ser bastante agresiva y desenvuelta cuando vemos que, dirigiéndose al Dr. D. José Agustín Molina, de Tucumán, le dice: «Se ha creado una Junta de observación que ha trazado el plan para el nuevo Gobierno de esta provincia, cuyos vocales van firmados en esa proclama echada por ellos y están arreglando el descuaderno enorme que trajo la ambición y el despotismo. Ah! mi Agustín, qué robos tan enormes, qué injusticias! Qué corrupción de costumbres! Qué escándalos en los mismos gobernantes y en sus dependientes! . . . En las cartas que me pillaron iba mucho de esto, porque ya me rebosaba. Yo no sé como no me han ahorcado».

Disuelta la Asamblea volvió el P. Rodríguez á Buenos Aires donde sostuvo las más animadas y azarosas polémicas contra las tendencias liberales que desencadenaron la reforma eclesiástica de 1822.

Periodista tan valiente como ilustrado sostuvo su credo y sus principios doctrinarios con encomiable ardor y entusiasmo, haciendo de las columnas del *Oficial del día* que redactaba con la ayuda de otro fraile tan sabio como él (pero de una mordacidad poco cristiana) cátedra de cultura, de ciencia y de gracia. Bien es cierto que tenían que contestar á *El*

Centinela, órgano de D. Bernardino Rivadavia, donde la pluma de Juan Cruz Varela destellaba sus más picantes réplicas humorísticas.

El P. Rodríguez es el representante mas inspirado del clero nacional entre los poetas de la revolución de Mayo, como Luca y Rojas son los representantes del ejército, López y Lafinur los de la Universidad y Azcuénaga y Varela los de la prensa.

El género, la entonación y el estilo de aquellos poetas-soldados, poetas-jurisconsultos ó poetas-periodistas, refleja nítidamente su profesión; y al que desee apreciar en sus versos los distintos grados de ilustración y cultura de las aulas, el foro, los salones y los cuarteles, puede hacerlo fácilmente porque los contrastes son grandes, y las diferencias muy notables.

Pero, vulgares ó eruditos, artistas ó desaliñados, poetas ó versificadores, sus poesías tienen todas el encanto de la verdad y del placer honesto, sus ideas relampaguean con el prestigio del pensamiento dominante de la época, y en su ritmo palpita el entusiasmo del movimiento revolucionario.

La patria es el tema que inspira sus mejores cantos; la libertad es el aura que acaricia todos sus ideales; la gloria es el nimbo de luz en que se vislumbran todos los héroes. Y á tal punto se armonizan y confunden todas sus poesías en este anhelo patriótico y en ese entusiasmo revolucionario, que el mismo P. Rodríguez llegó á decir, refiriéndose á ellos: *La patria es una nueva Musa que influye divinamente.*

¡Lástima grande es que nosotros no podamos decir otro tanto de las suyas!

Las poesías patrióticas del P. Rodríguez, son las menos y las peores. La composición «Al paso de los Andes y Victoria de Chacabuco», es muy pobre y vulgar, á pesar de la magnificencia y riqueza del tema; y tan poco expresiva en sus entusiasmos que, hablando de la libertad, solo sabe llamarla: *amable;* refiriéndose á los gloriosos hechos de armas y á las victorias alcanzadas por el ejército argentino del otro lado de los Andes, no se le ocurre más que esto:...

« Los mas bellos y rápidos sucesos
Colman luego los votos »
....

después de lo cual la fuerza del consonante lo compromete y lo obliga, á llamar: *devotos*, á los realistas.

El canto encomiástico, gratulatorio, al Gral. San Martín, es también de invención muy pobre. Algo mejorcita es la oda al Gral. Alvear, donde ya se encuentran pensamientos de más vuelo y figuras más poéticas que en las anteriores. El lenguaje es mejor y la entonación general más levantada. Con todo, esta poesía está muy lejos de poder competir con las que, sobre el mismo tema escribieron Juan de la Cruz y Florencio Varela.

Los historiadores argentinos en general; y D. Juan María Gutiérrez que es el historiador de los poetas argentinos, todos se han hecho eco de un torneo literario que parece haber sido celebrado por la Asamblea de 1813, con el propósito de elegir la canción nacional, del

cual resultó reconocida como tal, la poesía *Marcha Nacional*, compuesta por D. Vicente López y Planes. El otro competidor fué el P. Rodríguez, quien presentó con tal motivo la composición titulada *Himno á la patria* que empieza:

Salve patria dichosa,
Oh dulce patria, salve
Y por siglos eternos
Se cuenten tus edades.

Creemos que esta es la mejor de las poesías patrióticas del P. Rodríguez, pero que podría haber tenido mucho más realce sino la hubiera escrito en un metro tan pobre. Pero inferior en todo sentido á la del Dr. López, no es de extrañar que la Asamblea adoptara la de aquel para Himno Nacional.

Donde el P. Rodríguez demuestra mayor entusiasmo, espiritualidad y gracia es en la poesía amatoria, lo que no deja de ser una anomalía.

El soneto es su metro favorito, y lo maneja con mucho arte.

Parece que el hecho de verse obligado á formular el pensamiento que lo inspira con la precipitación que requiere la brevedad del metro, conviene á su carácter y se presta á la mejor utilización de sus dotes de controversista consumado, pues gradúa con tino admirable la sucesión de más efecto, y sabe desenvolver la composición viniendo á descorrer el velo de su intento cuando el lector ha terminado de leer el último verso.

El gracejo de las poesías del P. Rodríguez deja entrever el misticismo de su vida de convento, y su ironía

es todo un modelo de beatifica mordacidad. Si pudieramos olvidarnos de su sotana tendríamos bastante que hablar á este respecto.

DR. JOSÉ AGUSTÍN MOLINA

(OBISPO DE CAMACO)

El Dr. D. José Agustín Molina nació en Tucumán el 2 de Setiembre de 1773 (1), siendo sus padres D. José Molina y Dª. Josefa Villafañe. Recibió su primera instrucción en las modestas escuelas de su ciudad natal, y sobre todo en su propio hogar, cuyo ambiente de virtud, dignidad y respeto, fortaleció sus sentimientos dando á su corazón tantas bondades como luces á su mente.

Pasó después á estudiar humanidades en Córdoba, ingresando al Colegio de Monserrat, verdadera antesala de la Universidad, (como que hasta se comunicaba por dentro con aquella); y allí, bajo la dirección de hombres tan ilustrados y severos como Fray Pedro N. Barrientos, Fray Pedro J. de Parras y Fray Pedro Guitian, terminó con brillo su bachillerato, vinculándose en las aulas con sus condiscípulos José Valentín Gó-

(1) En una monografía muy interesante, titulada «Fray Cayetano Rodríguez y el Obispo Molina» por Juan M. Garro, en la Rev. de Derecho, Historia y Letras, 1900, tomo VI, pg. 325; el Dr. Garro dice, que, nació á fines del mes de Julio. La información que yo tengo procede del expediente de órdenes que se siguió por el Vicario y Juez eclesiastico en 1796.

mez, Pedro Ruiz Huidobro y Pedro Suárez Ferreira, que después fueron también hombres de figuración nacional muy notoria.

Recibió el grado de maestro en Artes, en Diciembre de 1792, y en 1795 las borlas de Doctor en Teología; y llevándolo su vocación á abrazar la carrera eclesiástica, recibió las sagradas órdenes de manos del Obispo D. Angel Mariano Moscoso, á fines de 1796.

Los talentos del joven Presbítero Dr. Molina le hicieron descollar muy pronto entre lo más espectable del clero de su diócesis y de los hombres de su tiempo, por lo cual empezó muy pronto á desempeñar cargos muy importantes, entre otros, los de Vicario foráneo y Juez de diezmos. Fué comisario de Cruzada, y desempeñaba el cargo de canónigo de la nueva catedral de Salta, cuando fué sorprendido con el nombramiento de vicario apostólico de Salta, y la bula pontificia que lo nombraba obispo titular de Camaco, consagrándose tal el 7 de Mayo de 1837.

Pero el Dr. Molina no fué solamente un sacerdote virtuoso é ilustrado que hiciera honor al clero y á las letras argentinas, sino también un distinguido ciudadano, entusiasta defensor de la causa de la independencia y elemento de consejo en los comienzos de la organización nacional.

A este respecto dice su distinguido biógrafo: (1) «Ejerció también cargos de importancia en el orden político, tanto provinciales como nacionales. Entre

(1) Art. cit. de la Rev. de Der, Hist. y Letr., tomo 6, pg. 329.

los primeros, el de miembro de la Asamblea legislativa de la Provincia, en diversas épocas; y entre los segundos, el de prosecretario del histórico Congreso de Tucumán, en cuyo *Redactor* colaboró con fray Cayetano. En cuanto á su papel en aquellas, sábese que en su seno defendió siempre con decisión y elocuencia los intereses de la religión y de la patria. Su mencionado panegirista (1) recuerda como un timbre de su gloria el hecho de que, siendo presidente de la Sala plena, indújola con su persuación poderosa á declarar que la católica era la única religión de la provincia».

En el desempeño de sus elevadas funciones episcopales el joven obispo supo mantener cordiales relaciones con las autoridades civiles de las provincias de su diócesis, aun cuando sus gobiernos fuesen del tipo caracterizado por Ibarra en Santiago, y Heredia en Tucumán. Esto se debía á que el obispo Molina era tan respetable por su conducta como por su saber, y á que cumplía su misión evangélica sin otro propósito que el de lograr el mayor bien espiritual de las almas. De sí mismo, dice: «Yo soy obispo de la Providencia, de los tiempos apostólicos; pero he de cumplir con las disposiciones de la Santa Sede aunque sea comiendo tierra».

Ha trascendido á la historia nacional la estrecha amistad que vinculaba al obispo Molina con fray Cayetano Rodríguez. Esta afectuosa relación iniciada en los claustros de la Universidad cordobesa cuando

(1) Se refiere á fray Pantaleón García, que tuvo á su cargo la oración fúnebre del extinto en 1838.

el niño Molina era discípulo del joven P. Rodríguez, creció después en el ambiente de sus inclinaciones religiosas y se convirtió en verdadero vínculo fraternal, en el camino del Helicón, que frecuentemente ambos recorrían.

Más conocemos al Dr. Molina como poeta, por las referencias de fray Cayetano que por sus obras, pues son muy pocos los versos suyos que han llegado hasta nosotros. Los siguientes párrafos de cartas de fray Cayetano, demuestran el gran aprecio en que tenía á los versos del Dr. Molina: (1) «Si la pobre Calipso hubiera hecho asomar á sus labios tus expresiones, Telémaco hubiera sido sin duda despojo de su cariño, á pesar de los urgentes consejos y fuertes miradas de Minerva. Son dones de Dios y yo los venero donde tengo la fortuna de encontrarlos. ¡Dichoso Tucumán que te posee! No tiene que envidiar al Parnaso donde habitan las Musas. Estas fusiones se han realizado en tu persona. Lo que yo siento es que, ya que en Tucumán no hay Pegasos que estorben á los aficionados, hay por lo menos una muralla de tierra inmensa que hace larga la distancia y estorba comunicar con mi querido Ascuti».

Por su parte el Dr. Garro nos dice lo siguiente: (2) «Teniendo él, como su amigo, afición invencible á las musas, apenas se necesita decir que la poesía fué uno de sus más gratos pasatiempos. Compuso versos desde estudiante hasta los últimos años de su

(1) Rev. cit. pg. 335.
(2) Rev. cit. pg. 349.

vida, siendo la espontaneidad y la improvisación su característica en el género, razón por la cual el Dr. Avellaneda dice que podía apropiarse el *Et quidquid dicebam versus erat,* del desterrado del Ponto. Muchas de sus poesías, acaso la mayor parte, fueron de carácter familiar, pero también cantó á la religión y á la patria». Existe una colección impresa de versos escritos para ser cantados en Navidad, *frescos y risueños,* según el Dr. Avellaneda, y varias odas patrióticas, entre ellas una á los triunfos de Belgrano y otra á la jornada de Maipo, impresas ambas en Buenos Aires, en la imprenta de Niños Expósitos. (1)

El Dr. Molina murió en Tucumán, á los sesenta y cinco años de edad, el 1°. de Octubre de 1838.

DR. D. BERNARDO VERA Y PINTADO

Este ilustre santafecino de quien se ha dicho, que: «vivirá eternamente en los fastos de la revolución

---

(1) En la Biblioteca Nacional hay un ejemplar de estas poesías, cuya carátula es como sigue:

CANCIONES PIADOSAS que para exitar la devoción de unas almas inocentes, á rendir tiernos obsequios y adoración al *Hijo de Dios* hecho hombre en los días en que la Santa Iglesia celebra el devotísimo misterio de su nacimiento en el mundo, fueron compuestos por el Señor Doctor Don *José Agustín Molina,* últimamente *obispo de Camaco y vicario apostólico de Salta;* las que con el mismo fin da á luz un deudo suyo. (Segunda edición aumentada). Buenos Aires, Imprenta de la Independencia 1841.

—También hay un ejemplar de la Oda á la victoria de Maipo, cuya carátula dice:

LA JORNADA DE MAYPÚ por el Presbítero Dr. Don José Agustín Molina, residente en la ciudad de San Miguel del Tucumán. A expensas de un amigo del país. Buenos Aires, Imprenta de los Expósitos. 1818.

chilena, como pensador, como magistrado, como el Tirteo de los primeros himnos patrios», nació en la capital de la Provincia el 6 de Febrero de 1780. Descendiente de nobilísimo linaje (como lo atestiguaba el escudo de armas de su familia (1), cuya leyenda *Veritas vincit* recordaba la hazaña caballerezca del príncipe D. Ramiro de Aragón, que dió origen al apellido de los Vera) fueron sus padres: el alférez real D. José de Vera Mujica, y Dª. María Ventura López Pintado.

Por la particularidad de la observación, completamos estos datos sobre el origen de Vera, con el siguiente bosquejo de su persona hecho por el distinguido autor de *La crónica de 1810* D. Miguel Luis Amunátegui: «Así como se distinguía en lo físico por su color albino que llamaba la atención de cuantos le miraban, en una comarca donde tal color era desconocido, así se distinguía también por la excelencia y cultivo de su entendimiento».

El joven Vera hizo sus estudios preparatorios en Córdoba, y el año 1799 pasó á Chile con la familia de su tío político el mariscal don Joaquín del Pino, cuando éste fué á hacerce cargo del gobierno de aquel reino.

Vera se doctoró en la Universidad de San Felipe, y apenas egresado de sus aulas obtuvo allí mismo, por oposición, una cátedra de Jurisprudencia.

El joven abogado nutrió su espíritu con las ideas

---

(1) Componíase el escudo de armas de esa casa de tres órdenes de *veros de sable* (negro) en campo de plata, bordura de *gules* (rojo) con ocho *aspas* de oro; y por divisa, un aguila de *sable* que lleva en el pico una ancha cinta, con la leyenda: *Veritas vincit!*

de los filósofos que prepararon el movimiento revolucionario de la Francia, incorporándose desde el primer momento de su actuación en la vida pública al grupo de los hombres que, en secreto, vivían conspirando contra la dominación española. Su talento lo destacó muy pronto entre lo más conspícuo de la sociedad santiagueña, y, á pesar de su juventud, fué llamado á desempeñar funciones muy importantes.

Muy fuertes debían ser las vinculaciones contraidas por el joven argentino en Santiago, cuando rehusó aceptar el ofrecimiento que se le hizo y la ocasión excepcional que se le presentara de regresar á su patria, acompañando á su tío el mariscal D. Joaquín del Pino, promovido al sólio de los virreyes del río de la Plata.

El venticello revolucionario soplaba cada vez más intenso y sofocante, desparramando por toda la América el espíritu de rebelión de la lógia Lautaro. Ejercía entonces, provisionalmente, la presidencia del gobierno de Chile, el célebre D. Francisco Antonio García Carrasco, y las noticias cada vez más alarmantes que llegaban allí de Buenos Aires sobre la situación en que se encontraba España con la abdicación de Carlos IV, el advenimiento de Fernando VII y los amagos de invasión francesa, daban pábulo á los conflictos que originaba la poca habilidad del gobernante, y propiciaba el estallido del alzamiento separatista que se fraguaba.

Habiendo anulado arbitrariamente el decreto por el cual se establecía que doce vecinos de la primera

distinción del pueblo formaran parte del Cabildo, en calidad de regidores auxiliares, el inhábil gobernante se vió obligado á conjurar la situación de protesta y disgusto consintiendo en que se nombrara á dos personas, con prerrogativas de voz y voto, para que estudiaran las resoluciones de aquel alto cuerpo, y con ese motivo se eligió pera esos puestos á *D. Bernardo de Vera* y á D. Joaquín Fernández de Leiva.

Aquella situación de azarosa intranquilidad determinó en seguida medidas de represión muy rigorosas; y habiéndose denunciado al gobierno las reuniones que celebraban los patriotas en la casa de D. J. Antonio Rojas, y la influencia que en ellas ejercía el Dr. Vera, el mismo día que en Buenos Aires se daba el primer grito de libertad, en Chile se decretaba la prisión de aquel ilustre argentino, acusado de conspirador contra la dominación española.

Vera y sus compañeros Rojas, y Ovalle, fueron aprehendidos sin oponer resistencia y encerrados en la prisión de San Pablo. El Presidente convocó inmediatamente á la Audiencia, á fin de enterarla de aquella sonada medida; y habiendo ésta aprobado su conducta se resolvió sacar esa misma noche á los presos para Valparaiso, y embarcarlos allí para Lima, á las órdenes del virrey del Perú.

La policía no logró posesionarse de ningún documento que evidenciara que se conspiraba contra las autoridades, pero en cambio, entre los papeles de que se apoderó en casa del Dr. Vera, halló diversas poesías, que según dice Barros Arana, eran del mismo

Dr, Vera, cuyo sentido ambiguo y disimulado se prestaba á diversas interpretaciones, pero no daban á sus perseguidores el arma que necesitaban para esgrimirla en su contra.

El atentado no podía ser más brutal, y, al estupor del primer momento sucedió la protesta más estruendosa de la sociedad y del mismo Cabildo.

Recordando este hecho dice el Sr. Tocornal. (1): «Imperdonable habría sido el disimulo de tan inícuo atentado, tanto más injustificable cuanto que se encontraban en el mismo caso muchos otros individuos que habrían corrido la misma suerte. Si los hombres de más valer no repelían las ofensas del Presidente, calmaba la indignación popular y se robustecía el poder del gobierno, ganándole nuevos prosélitos la flaqueza de sus enemigos; pero decididos estos á llevar adelante la obra iniciada, aplaudieron la conducta del Cabildo en las reclamaciones que hizo en favor de los expatriados implorando la protección de la Audiencia, de cuya imparcialidad y rectitud se prometían un éxito favorable».

Por otra parte, el suegro del Dr. Vera, D. José Ignacio de la Cuadra, había presentado al Cabildo una solicitud firmada por cuarenta vecinos de lo más granado de la aristocracia santiagueña, (encabezada por la marquesa de Cañada Hermosa, y la respetable matrona D^a^. Constanza Marín de Pobeda), en la que se le pedía: «reclamara el cumplimiento de las leyes alcan-

(1) Memoria sobre el primer gobierno nacional, por D. Manuel Antonio Tocornal, 1847. (Barros Arana. Obras completas. Vol. 7, pg. 140).

zando de la Audiencia y del Presidente, la reparación de la falta cometida» por este último.

Como el Cabildo acababa de discutir la actitud que debía observar en aquellas circunstancias, resolvió adherirse á aquella solicitud y elevarla á la Audiencia y el Presidente, ofreciendo su garantía sobre la conducta de los procesados, y prometiendo restablecer el sosiego público si se accedía á lo solicitado.

Comprendió el Presidente Carrasco la gravedad de la situación, y, como la Audiencia, que empezaba también á verse aislada, eludía los cargos que se le hacían diciendo que había sido sorprendida por el Presidente, le aconsejó que atendiera el pedido, y el decreto de las prisiones del 25 de Mayo fué derogado el 31 de ese mismo mes.

El pueblo empezaba á imponerse, el Cabildo triunfaba, la Audiencia estaba completamente desconceptuada y dividida, y, el Presidente que tan mal parado veía sus prestigios, intentó salir del paso, burlándose con una trastada de la credulidad de la población y de la buena fé de los oidores. Como los presos estaban en Valparaiso se dijo que su causa iba á abrirse en aquella ciudad, y en efecto, pocos días después, regresó de allí el Oidor encargado de este proceso, diciendo: que los reos habían quedado en libertad de comunicarse entre sí. La noticia no podía ser más satisfactoria, pues esa resolución importaba reconocer su inculpabilidad, por cuanto las leyes no concedían escarcelación en los delitos que merecieran pena corporal ó aflictiva, y por

lo tanto, dejarlos en libertad significaba reconocer su inocencia.

Así lo entendieron todos, y el cabildo, robustecido por el ambiente reparador de aquel momento y alentado por el éxito de su primera gestión, dió un paso más adelante, pidiendo al presidente de la Audiencia el retorno de los presos á Santiago. Viéndose sin salida, Carrasco prometió que ordenaría el regreso de los encausados, y, para hacerlo, envió á Valparaíso á un oficial que hasta el último momento de su partida repitió á todo el que quiso oirlo, que llevaba instrucciones concordantes con la voluntad y el anhelo de todos.

Se esperaba pues de un momento á otro el regreso del Dr. Vera, Rojas y Ovalle, por lo que podrá calcularse cual no sería el estupor y la rabia del pueblo al saber que había sido engañado; pues los dos últimos habían sido embarcados en un barco mercante que debía zarpar para el Callao, y el Dr. Vera se había salvado de esa iniquidad solo por hallarse enfermo.

El pueblo se amotinó, pidió al Cabildo que se reuniera y reclamase de la conducta arbitraria é ilegal de aquel mandatario, y la situación llegó á ser tan grave y comprometedora para Carrasco, que, á pesar de su terquedad, tuvo que ordenar la traslación de los presos á Santiago. Sin embargo, bien pudo firmar ese decreto en la seguridad de que sus efectos serían ilusorios, pues cuando llegó á Valparaíso el oficial encargado de cumplirlo, ya había zarpado el barco llevándose á Rojas y á Ovalle.

El Dr. Vera había quedado enfermo en cama, y permaneció dos meses en la prisión de Casas-Matas.

Defendiéndose ante los jueces del cargo de conspirador y enemigo de España, escribió numerosos artículos memoriales y notas, de una de las cuales entresacamos (1) el siguiente párrafo, porque contiene una relación de los diferentes trabajos de que hacía mérito el mismo Dr. Vera: «¿No me han visto el señor Carrasco y sus consejeros, á la edad de treinta años, dictar cátedras en esta Universidad, declarar en ellas las regalías de Fernando VII, execrar las traiciones de Napoleón, llevar en el Cabildo todo el peso de la secretaría en los tiempos más críticos, por nombramiento extraordinario del mismo señor Carrasco, presidir la Academia de Leyes, jubilar en este honroso destino, é infundir siempre en el pueblo aquel amor al rey que nace en el corazón?»

Con este motivo dice el ilustrado biógrafo que hemos citado: «Se *fernandeaba*, pues, en Buenos Aires como en Chile; y detrás de la imágen del Borbón, nada atrayente según su iconografía, aparecía bella y majestuosa la figura radiante de la libertad, extendiendo á América revolucionaria sus brazos maternales. Así es que, los patriotas chilenos *fernandeaban* en época en que la revolución estaba más que en los hechos en las ideas de los hombres, y se predicaba no en el sagrado nombre del verdadero sobe-

(1) Citado por el Dr, Ramón F. Lassaga, en un estudio muy interesante sobre el Dr. Vera, publicado en «La Opinión» de Santa Fé, (v. No. 1813 del 25 de Octubre de 1907).

rano, el pueblo, sino del rey *deseado*, del monarca prisionero, procurando demostrar aumentados sus sufrimientos en el cautiverio y pintando á Napoleón con sangrientos colores para exitar la compasión y aumentar el odio contra el usurpador.

No es entonces de extrañarse que el Dr. Vera, revolucionario entusiasta, casi todo un demagogo, un reformador convencido, demócrata por principios que se habían hecho carne en su espíritu, dándole la fuerza de las convicciones más arraigadas, recalcase sobre mentida fidelidad al cautivo de Bayona y la lealtad á la corona de España, que á través de las páginas de sus escritos se lee á las claras y así lo expresa el gran patriota que era su anhelo y encerraba su ideal la independencia absoluta, estuviese el *amado* monarca libre ó prisionero, sentado en el solio de los reyes españoles el hijo del débil Cárlos IV, ó prisionero del gran carnicero de su siglo.»

Entretanto la situación habiase vuelto cada vez más difícil para Carrasco, y tuvo al fin que renunciar. Las noticias que llegaban de Buenos Aires daban al pueblo chileno la buena nueva del pronunciamiento del 25 de Mayo, y, á pesar de que en aquellos momentos se hacía oir la voz de la madre patria (por boca de su más celebrado poeta) invitando á las colonias á mandar diputados á Cortes, diciéndoles con tal motivo. «Desde este momento os veis elcvados á la dignidad de hombres libres. No sois ya los mismos que antes encorvados bajo un yugo tanto más duro, mientras más distantes estabais del centro del poder; mirados

con indiferencia, vejados por la codicia y destruídos por la ignorancia», la crisis se produjo, y el 18 de Setiembre marcó en los fastos de la historia de aquel pueblo la hora primera de su libertad.

La Junta provisional gubernativa que asumió el mando aquel fausto día, se abocó inmediatamente el conocimiento de la causa seguida contra Vera, Rojas y Ovalle, y la falló absolviendo á los procesados.

Amigo inseparable de Camilo Hanriquez desde el primer momento de la llegada á Santiago de éste célebre fraile, el Dr. Vera soportó con valentía el recio batallar de su osado compañero, escribiendo artículos de todo género en cuanto diario ó periódico se le presentaba. Así hizo célebre el pseudómino de *David Parra* y *Beronoten*, anagrama de su nombre, con que firmaba.

El gobierno de Buenos Aires lo nombró diputado ante el gobierno de Chile, en reemplazo de Alvarez Jonte, y en este carácter intervino con éxito en la gestión que hacía para obtener recursos para la revolución, logrando que las autoridades de ultra cordillera resolvieran mandar para Buenos Aires setenta quintales de pólvora, de que podía disponer.

«Las tareas en el foro y en el desempeño de la delicada misión que á su talento y patriotismo había confiado la Junta Gubernativa de Buenos Aires,—dice el Dr. Lassaga (1)—y á la que había consagrado toda su actividad, todo su celo, no le impedían buscar dulce so-

(1) «La Opinión» de Santa Fé No. 1830 del 4 de Noviembre de 1907.

laz y necesario descanso, en las horas de sosiego, entregándose de lleno al cultivo de la poesía, que ni aún en las horas del cautiverio dejó el poeta de pulsar las cuerdas de oro de su lira.»

«El, que en sus años juveniles, interrumpía la música y la danza en el sarao efectuado en la aristocrática casa de la nobleza chilena, deshojando las aromadas rosas de su fecundo ingenio á los pies de la hermosura, improvisando versos á las damas y cantando al amor como los antiguos trovadores en los castillos medioevales, había, entrado ya en la edad madura, consagrado su numen y su alma á una deidad querida: la libertad americana. Y, así se divulgaban (manuscritos ó confiados á la fidelidad de la memoria), sus versos desatinados pero entusiastas, expresión de sus patrióticos anhelos, manifestación elocuente de su innegable y bien demostrado espíritu patriótico.»

«Así se le oye cantar con entonación épica á Chile independiente en el primer glorioso aniversario del 18 de Setiembre. Las fiestas celebradas ese día han pasado á la historia como la consagración del movimiento que, un año antes, había puesto á Chile en posesión de sus destinos inmortales. Buscóse en ellas la forma que fuese más tocante para el pueblo, como la exteriorización de sus ideales, y recurrióse al Dr. Vera, el poeta favorito del pueblo, bien comprendido y aplaudido por este, para que alzara su canto en el que sabría concretar en la estrofa sonora y armoniosa, los anhelos populares.

Como número brillante de la fiesta, como nota la más simpática por ser la destinada á tocar todas las almas, se colocó en la fachada del palacio del congreso una ancha tela con la figura alegórica de un león vencido, despojado de la espada que esgrimiera fiero y pujante en la conquista de la América, y al pie de esa figura los versos entusiastas compuestos por el Dr. Vera á la libertad de Chile, y en que, quizás por primera vez se hablaba á la América revolucionada sin rememorar el nombre ni evocar la fidelidad mentida al César español.»

La causa de la libertad pasaba el año 14 por trances los más difíciles y amargos; la reacción realista amenazaba destruir muy pronto las ilusiones fundadas en el valor de los hijos del Plata, y la política europea aprovechaba la ocasión para entablar negociaciones de conveniencia recíproca con España, ayudándola á remachar los grillos rotos en los pies de los americanos sublevados.

El tratado de Lircay celebrado el 3 de Mayo de 1814, entre el comodoro inglés Hillyar y el gobernador chileno Lastra, tuvo para los patriotas chilenos el triste significado de una menguada deserción á la causa que tantos sacrificios les había impuesto, á pesar de que Camilo Henriquez y otros amigos personales del Dr. Vera, defendieron su conveniencia. Este se opuso enérgicamente á su celebración. El pueblo chileno estuvo con él, y la protesta se hizo tan general y tan extrema que, para exteriorizarla mejor, se ponía á la bandera española colgada de la horca, en

lo alto de los edificios de los patriotas. Para alentar al público en sus anhelos de libertad, el Dr. Vera escribió entonces dos opúsculos muy celebrados, en los que sostenía, que la aspiración de los chilenos *era la independencia absoluta*, y que esa era también *la única solución posible de la revolución.* Así, cuando los más entusiastas amigos de la emancipación del otro lado de los Andes, cedían al rigor de las circunstancias, nuestro compatriota, el indomable santafecino, mantenía en su alma el calor de los entusiasmos de los revolucionarios del Plata, y revivía en el espíritu de aquel pueblo hermano, su fé en el triunfo, y sus altiveces de pueblo libre y soberano.

Por eso, al inaugurarse el gobierno que surgió de la revolución del 23 de Julio, el Dr. Vera fué llamado á compartir sus tareas en la secretaría de Hacienda y de Gobierno; y en aquellos momentos aciagos, en que la vuelta al poder de los Carrera se tradujo en una serie de actos reprochables, en que se llevaron á cabo persecuciones las más arbitrarias y odiosas, es muy grato poder hacer constar que el Dr. Vera supo siempre conducirse en forma que más tarde mereciera el reconocimiento de los mismos adversarios, por su rectitud, su generosidad y su hidalguía.

Cuando, después de Rancagua, los patriotas chilenos tuvieron que buscar en la emigración el modo de salvarse de las venganzas del general triunfador, Osorio, el Dr. Vera acompañado de su esposa y de dos hijitas atravesó nuevamente la cordillera que cruzara 15 años antes, y volvió á pisar suelo argentino.

Pero aún en aquel mismo éxodo general del pueblo chileno su figura se destacaba entre las de todos los demás emigrados con las características de su alta representación y su infatigable energía. El Dr. Vera traía la representación del gobierno derrocado de los patriotas para gestionar del de Buenos Aires los recursos necesarios para la reconquista,

Volvió entonces el ilustre santafecino á visitar su ciudad natal, mitigando las amarguras de su espíritu con los halagos del terruño cuya apacible dulzura y patriarcal reposo parecíale destinado á realizar en el temple de las almas de los santafecinos el efecto de sedimentación de las lentas temperaturas en las entrañas de la tierra.

Ya en Buenos Aires, á objeto de realizar la gestión que le estaba encomendada, fué nombrado Asesor del gobierno por el director Alvear; y como debiera regresar á Mendoza para reunirse allí con su familia, fué designado para ocupar la Asesoria de guerra del ejército de los Andes. El General San Martín le sustituyó más tarde este nombramiento por el de Auditor de guerra.

Con el ejército de los Andes volvió á entrar el Dr. Vera en Santiago de Chile, después de haber visto al Gran Capitán destrozar las fuerzas de los realistas.

Iniciado entonces el gobierno del general D. Bernardo de O'Higgins, el Dr. Vera se hizo cargo de la dirección de la *Gaceta del supremo gobierno de Chile,* convirtiéndose de pionner de la libertad en adalid de la democracia y del progreso. Tanto trabajó en este

sentido, y tan sobresaliente era su mérito como escritor ilustrado y galano, que mereció el honor de que se le designara para redactar el acta de la independencia de Chile, que se firmó el 2 de Febrero de 1818.

Dice el Dr. Lassaga (1): «En medio de esta vida tan agitada en que puso á prueba su naturaleza, y desempeñando sus tareas con toda contracción y actividad, no olvidó por un momento el cultivo de la poesía que era para él, algo así, como un oásis para el viajero en el árido desierto.

Su espíritu necesitaba de él como la planta del agua para conservarse y vivir; que, para ciertas almas, el hacer versos, el cantar la belleza en la estrofa sonora y armoniosa, llega á adquirir los caracteres de una verdadera necesidad, y en él puede decirse que fué ella su característica más acentuada. Un publicista chileno ya muchas veces citado en esta monografía, el Sr. Luis Amunátegui, dice al respecto: «Pero lo que señaló á Vera un lugar aparte entre sus contemporáneos, fué su afición á la poesía y la persistencia con que la cultivó, cuando eran muy raros los que, en este país se dedicaban á ella.

«Era fecundísimo para hacer versos; pero como son pocos los que publicó en letras de molde, primero porque no había imprenta en que hacerlo, y en seguida, cuando la hubo, porque se daba la preferencia á otra clase de escritos, muchos de aquellos versos

(1) «La Opinion» de Santa Fé, núm. 1855 del 3 de Diciembre de 1907.

han sido trasmitidos de memoria especialmente por algunas damas de antaño».

El Sr. D. Marcelino Menendez y Pelayo en su antología de poetas hispano-americanos (1) da á D. Bernardo de Vera como chileno, y dice: «Los principales representantes de la poesía revolucionaria, en este período, son Camilo Henriquez y D. Bernardo de Vera y Pintado. Los versos de uno y otro no pertenecen en rigor al arte, pero si á la historia de las agitaciones políticas». Esta es también nuestra opinión.

Por decreto de fecha 19 de Julio de 1819 le fué encargada por el Director supremo una poesía que reflejara el sentimiento del pueblo, sus anhelos patrióticos y su amor á la libertad, y el Dr. Vera aceptó esa invitación componiendo la canción que, hasta no hace mucho, se cantaba oficialmente como himno nacional (2).

El Dr. Vera presentó al gobierno su composición dos meses después, y habiendo sido sometida á la aprobación del Senado, este prestó su conformidad en los siguientes términos: «Había visto con placer la canción que este le había acompañado, y que ella

---

(1) Tomo 4o. pág. L.

(2) El decreto respectivo dice: «Deseando su Excelencia que el aniversario del diez y ocho de Setiembre se solemnice con la gloria y decoro correspondiente, me manda encargar á Vd. como tengo el honor de hacerlo, la formación de una *Canción patriótica* análoga á la fiesta y que pueda cantarse en aquel día por distintos coros, confiando en su patriotismo y talento el pronto despacho de su encargo, para que haya tiempo de estudiarla.

Dios guarde á Vd. muchos años.

Joaquin de Echeverria.

Ministerio de Estado, Julio 19 de 1819.

merecía justamente el nombre de *Canción Nacional de Chile* con que el Senado la titulaba».

Refiriéndose á esta poesía, D. Juan García del Río escribía en el *Telégrafo,* lo siguiente: «La canción que ha compuesto el Dr. Bernardo de Vera y ha sido adoptada como nacional por el excelentísimo Senado y su excelencia el Supremo Director, hace honor á Chile. En la armonía y cadencia de sus versos, lejos de poner silencio á la razón humana, conserva la poesía el clarín verídico que ha de resonar en la extensión de los siglos, como que anuncia, por decirlo así, la voz de la posteridad; y la juventud formada por semejantes modelos y entusiasmada por lo sublime de semejantes pensamientos, tendrá ideas exactas de la verdadera grandeza y sabrá encaminarse con semblante animado y placentero, á la victoria ó al sepulcro, cuando lo exija la patria!»

El mismo D. Miguel Luis Amunátegui, que es tan mesurado en sus elogios, se expresa sobre ella en los siguientes términos: «Tiene el mérito peculiarísimo de haber sido escrita por uno de los principales actores de la independencia de Chile, á los pocos meses de la victoria de Maipo y de la toma de Valdivia, y de haberse asociado á ella los más gloriosos y placenteros recuerdos».

«La experiencia ha manifestado que no puede ser reemplazada por himnos más armoniosos y poéticos».

Esta canción se cantó por vez primera el 18 de Setiembre de 1819, con la música del himno nacional argentino; con cuyo motivo, el gobierno de Santiago

dirigió á su autor una nota de agradecimiento muy honrosa y encomiástica. (1)

El Dr. Vera fué también autor dramático. Su primera producción para el teatro se tituló *El triunfo de la naturaleza* y se representó el 20 de Agosto de 1819. (2) Al año siguiente, en el aniversario de la batalla de Chacabuco, se estrenó otra pieza dramática suya, *Introducción á la Tragedia de Guillermo Tell.*

Vinculado al movimiento intelectual y siguiendo las alternativas de la azarosa política de aquel país, el Dr. Vera pasó los últimos años de su vida con relativa tranquilidad, ocupando altos cargos públicos, entre otros, la presidencia de la Cámara de Diputados. Murió en Santiago, el 27 de Agosto de 1827, y el pueblo y el gobierno le hicieron una grandiosa manifestación de duelo en su sepelio.

El cuerpo docente y sus discípulos del Instituto Nacional de Santiago colocaron sobre su tumba una sencilla lápida de mármol, que dice:

AQUÍ YACE EL DOCTOR DON BERNARDO DE VERA
NACIÓ EN SANTA FÉ,
PROVINCIA ARGENTINA, EN 1780;
JURISCONSULTO; ORADOR Y POETA DISTINGUIDO;
PROMOTOR Y FUNDADOR
DE NUESTRA INDEPENDENCIA;
Y MURIÓ EL 27 DE AGOSTO DE 1827.

---

(1) La canción patriótica cuya composición encargó S. E. el Supremo Director á Vd. ha ocupado un distinguido lugar en la fiesta nacional de 10. de Setiembre, habiendo primero merecido el título de Canción Nacional por sanción de los poderes Legislativo y Ejecutivo.
S. E. tiene la mejor satisfaccion de que haya Vd. desempeñado su encargo, manifestando su entusiasmo y brillantez propias de su acendrado patriotismo y acreditado talento. De orden del Supremo tengo el honor de comunicarlo á Vd. para su satisfacción.
Dios guarde á Vd. muchos años.

Joaquin de Echeverria.

(2) «El Telégrafo» de Santiago, núm. 55 del 14 de Diciembre de 1819.

JOSÉ ANTONIO MIRALLA

La primera vez que el infatigable don J. M. Gutiérrez publicó, en la Revista del Río de la Plata, una noticia referente á la personalidad de D. José Antonio Miralla (1), la puso por título: *Un forastero en su patria.* Esto solo basta para demostrar hasta que punto era aquí desconocido, un argentino, cuyo nombre había sido famoso en otros países del continente americano y cuya fama perduraba en las crónicas de los periódicos literarios de los Estados Unidos, de las Antillas, de Méjico, y sobre todo de Colombia.

Unas pocas líneas, publicadas también por él, algunos años antes, en un periódico de Chile (como contribución al estudio sobre la vida y trabajos literarios de Miralla) en las cuales hacía un llamado á la buena voluntad de los hombres que lo habían conocido, (á fin de obtener las mejores y más completas referencias, que le permitieran escribir con certeza su biografía, y juzgar de su mérito, como escritor y como poeta) fué inmediatamente contestada por un periódico de Bogotá, rectificando algunos de los datos del Sr. Gutiérrez, dando su actuación en Colombia, y, atestiguando

(1) Tomo 9, pág. 300

con la abundancia de detalles y el entusiasmo de los elogios, que nuestro compatriota había dejado honda huella de su vida en aquel lejano escenario de sus triunfos literarios y políticos.

Tan íntima debió ser su actuación en la sociedad colombiana y su influencia en los sucesos que distinguieron al período inicial de la independencia de América, que algunos escritores dan á Miralla como granadino y otros como cubano. El Dr. D. Florencio González, en sus «Recuerdos Sociales é Históricos de la época de la dominación española y guerra de la independencia en Colombia» (1), refiriéndose á un episodio de carácter social y religioso que escandalizó mucho á la sociedad de Bogotá, lo da como natural de las Antillas, haciendo de él grandes ponderaciones, en los siguientes términos: «Era este distinguido americano hombre de superior talento, versado en los clásicos latinos, poeta fácil y elegante, y dotado de una afluencia, gracia y habilidad para hablar, que siempre tenía encantada la sociedad que lo escuchaba» (2).

Y debemos creer que realmente era Miralla hombre de gran talento y de condiciones personales muy relevantes, porque desde la niñez aparece destacándose entre sus condiscípulos, en el Colegio de San Carlos (donde fué discípulo del Dr. D. Juan Fernández de Agüero), y porque á ello debió el granjearse

(1) Revista del Río de la Plata, Tomo 5, pag. 178.

(2) Revista del Río de la Plata, Tomo 5, pag. 179.

la protección extraña que facilitó su vida andariega, sacándolo del país y paseándolo á través del continente.

Refiere don J. M. Gutiérrez, en la noticia biográfica de que hemos hablado, que, poco tiempo después de las jornadas de la reconquista, allá por el año de 1809, llegó á Buenos Aires un habilísimo orfebre genovés, D. José Bogui (1), que exhibía una preciosa custodia en el templo de Santo Domingo, á donde, durante varios días, acudió gran número de visitantes para admirar la obra del artífice; y que con tal motivo, aparecieron escritos en los pilares del vetusto templo varios versos, recomendando compostura á la concurrencia y celebrando el fausto acontecimiento de que una tarde hasta hubieran concurrido dos obispos con el mismo objeto. Dichos versos eran de Miralla, y juzgando por ellos el artista que su joven autor era toda una esperanza para el futuro, tomólo desde entonces bajo su protección, y cuando, siguiendo el rastro de las empresas comerciales que lo atraían á estas tierras, decidió internarse en la región minera, en viaje al Perú, se lo llevó consigo.

Así dejó Miralla la República Argentina cuyo cielo no volvió á ver más.

El *venticello* revolucionario soplaba ya en los oídos del usurpador del Imperio de los Incas el rumor de su próximo estallido, y no es de extrañar que las aprensiones, la inquietud y el temor, entrasen á reempla-

(1) Carta particular de D. Benjamín Vicuña Mackena á Dn. J. M. Gutiérrez, fechada el 14 de Agosto de 1860, existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

zar en el ánimo del virrey Abascal la serenidad de su juicio. Buenos Aires acababa de lanzar su grito de independencia ó muerte; noticias propaladas por el entusiasmo de los patriotas daban á Lima como próxima á ser atacada por un ejército argentino encabezado por el fogoso Castelli; el miedo sobre la propia situación de la madre patria engendraba el misterio, la sospecha, la paralización general de los negocios, la desconfianza y la ruina. Y como si acontecimientos tan graves no fueran bastantes para perturbar el espíritu de las autoridades limeñas, los sangrientos asesinatos perpetrados en Quito el día 2 de Agosto de aquel mismo año, extremaron á tal punto las aprensiones y zozobras en que se vivía, que desencadenándose al fin la tempestad arremolinó la sociedad en grupos netamente definidos como leales ó insurgentes, y empezó la lucha con todo el ardor de los destinos expuestos en la contienda.

El Gobierno de Lima resolvió expulsar de su territorio á todos los sospechosos, y, entre los nombres de las primeras listas se encontraba la siguiente anotación: *El italiano Bogui y su hijo* (1).

¡Ese hijo de Bogui á que se hace referencia era Miralla!

Para escribir esta biografía hemos tenido á la vista los «Apuntes para la biografía de Miralla» publicados el año 1861 por el señor Gutiérrez en la Revista literaria y científica del Pacífico (2), las Memorias de

(1) Carta de D. Benjamín Vicuña Mackena á D. J. M, Gutiérrez de 14 de Agosto de 1860, existente en la Biblioteca del Senado.

(2) Tomo II, pag. 201.

D. Florentino González (1), el artículo biográfico del mismo señor don J. M. Gutiérrez: «Un forastero en su patria» (2), el artículo biográfico de D. José María Vergara y Vergara publicado en el periódico «La Caridad» de Bogotá (3), y las cartas de la señora Helena Miralla Zulueta de Vargas Reyes al señor Vergara y al señor Gutiérrez (4).

Hacemos esta advertencia, para excusar toda cuestión referente á los datos que apuntamos, pues, habiéndose pretendido contradecir la información de los unos con la de los otros nosotros hacemos solo reseña de aquello que está perfectamente establecido.

Don José Antonio Miralla nació en la ciudad de Córdoba, siendo sus padres Dª Elena Molina y don Francisco Miralla. El joven Miralla vino á estudiar á Buenos Aires protegido por su pariente el célebre Dean D. Gregorio Funes.

Después de lanzarse á correr el mundo, no está probado que se cumpliera con él la orden de expulsión del territorio Peruano, en que había sido comprendido su nuevo protector, pero sí que completó sus estudios de bachiller en la Universidad de San Marcos, ingresando después á la escuela de Medicina, donde el año 1812 seguía los cursos de anatomía, fisiología y zoología, que dictaba D. Juan Antonio Fernández, bachiller de medicina y maestro de fisiología, el que

(1) Rev. del Río de la Plata, Tomo 5, pag. 161.

(2) Rev. del Río de la Plata, Tomo 9, pag. 300.

(3) No 14 del día 10 de Diciembre de 1865.

(4) Archivo particular de Dn. J. M. Gutiérrez en la Bibl. del Senado Nacional.

después fué médico y profesor de la Escuela de medicina de Buenos Aires.

Miralla recibió una educación muy esmerada, y su cultura se revelaba haciendo gala de las brillantes facultades de ingenio y prendas de su bondadoso carácter. Hablaba el español, el francés, el italiano, el inglés y el portugués, y tenía conocimientos bastante extensos del griego y latín.

Estas relevantes condiciones le valieron la amistad de un gran personaje, D. José Baquijano y Carrillo, conde de Vista Florida, cuya alta figuración en la sociedad y negocios públicos del Perú le sirvió de gran apoyo para el comienzo de sus trabajos en la vida. Habiéndose propalado la noticia de que Fernando VII había al fin decidido establecer en la América española la forma de gobierno constitucional votada por las cortes, asegurándose que el Sr. Baquijano sería colocado al frente del Supremo Consejo de Estado que iba á crearse, hiciéronse grandes fiestas, y su crónica estuvo á cargo de Miralla, quien publicó un cuaderno de 40 páginas en 4° titulado: «Breve descripción de las fiestas celebradas en la capital de los reyes del Perú, con motivo de la promoción del Exmo. Sr. D. José Baquijano y Carrillo al Supremo Consejo de Estado, con una regular colección de algunas poesías relativas al mismo objeto».

El resultado de estas oficiosidades fué que el Conde de Vista Florida se llevara á Miralla con él, en calidad de *Secretario privado,* cuando se fué á España á hacerse cargo de su alto puesto.

Parece que las ideas políticas y filosóficas de Miralla lo pusieron pronto en el índice de los sospechosos de deslealtad hacia el gobierno español y como sus ideas religiosas despertaran también recelos de parte del Tribunal de la Inquisición, tuvo que abandonar la península en secreto y se trasladó á Inglaterra. Si en aquella ocasión viajó ó no por las principales naciones del continente es cosa que no está probada.

Según las informaciones del Sr. Vergara y Vergara, Miralla estaba en la Habana desde el año 1820, habiéndose relacionado allí con los hombres más notables de su tiempo, y principalmente con D. José Fernández Madrid, expresidente de las Provincias Unidas de nueva Granada, que redactaba «El Argos», periódico literario y político en cuya redacción entró á colaborar Miralla. El Sr. Vergara añade lo siguiente: «Entonces fué cuando acaeció la asonada popular del 15 de Abril de 1820 en las calles y plazas de la capital, asonada generosa, porque la inspiraba la libertad, pero imprudente porque se hacía entre las autoridades españolas que la hubieran sofocado con sangre en pocos momentos. Miralla se presentó, habló al pueblo, y el pueblo se contuvo. Madrid le dirigió entonces el soneto que se registra en la página 45 de sus poesías».

Ese soneto es el siguiente:

AL CIUDADANO MIRALLA *

CON MOTIVO DE HABER SOSEGADO EL FUROR DEL PUEBLO EL DIA 15 DE ABRIL DE 1820.

¿Visteis alguna vez del mar airado
Encresparse las olas agitadas,
Cuando de opuestos vientos contrastadas
Bramando sin piedad se han levantado?

Ya descienden de un cielo encapotado
Las centellas por Júpiter lanzadas;
Ya no atiende á las velas destrozadas
El marinero absorto y consternado;

Pero, armada la diestra del tridente,
Habla Neptuno, y calla el Oceano,
Que la voz reconoce omnipotente.

Imagen de ese mar fué el pueblo Habano,
Y de Neptuno el joven elocuente
Que aplacar supo su furor insano.

Sea porque Miralla fuese un hombre emprendedor y activo, que no desperdiciaba modo de acrecentar su fortuna; sea porque habiendo venido á menos su capital, necesitase trabajar, lo ciertoes que el año 1812 aparece inscripto en la guía de forasteros de la Ha-

* Poesías de D. José Fernández Madrid. Habana 1822.—Tomo 1, página 45.

bana como ¡comerciante!, con casa en la calle S. Ignacio Nº. 6.

Como el poeta colombiano D. José Fernández Madrid es más conocido entre nosotros que nuestro compatriota Miralla, por la encumbrada posición que llegó á tener en su país, donde desempeñó los mas altos cargos de la magistratura y la diplomacia, y como las condiciones de intelectualidad y carácter que distinguen á Madrid y trascienden sus versos, armonizando, y simpatizando con las del poeta argentino, presentan nuestra consideración el agradable espectáculo de la solidaridad americana, exteriorizada en forma de vinculaciones fraternales, nos complacemos en transcribir siguiente paralelo entre ambos, debido á la pluma de nuestro insigne D. Juan María: «Es natural presumir que entre el argentino y el colombiano, que habían vaciado sus pensamientos y pasiones políticas en el molde de las columnas del *Argos,* existiese una especial analogía en el carácter y en las propensiones del espíritu, cultivado en ambos por la disciplina de la escuela y por la enseñanza práctica que proporcionan los viajes. Madrid era médico de profesión, y Miralla, como hemos visto, había frecuentado los anfiteatros de Lima: ambos amaban la poesía y más que á ésta á la patria y á la libertad.

Madrid publicó una colección completa de sus composiciones poéticas en Londres, el año 1828, y en ella se encuentran huellas bien visibles de su intimidad con Miralla, de las inclinaciones literarias de éste, y de la influencia que ejerció en la sociedad habanera

en cuyo seno pasaron ambos, juntos, algunos de sus mejores años. En esa colección se reprodujo el soneto que acaba de leerse.

Madrid ejercía la medicina, y su amigo colaborador de tareas periodísticas se ocupaba de comercio y de industria. La vida de ambos debía ser afanosa; y aunque la ocupación y el trabajo son los mayores enemigos del fastidio, sin embargo, en su calidad de expatriado experimentaba sin duda aquel desabrimiento del ánimo que se apodera del que está ausente del lugar en que nació, y que á veces toma el carácter de una enfermedad que aniquila las fuerzas físicas y con ellas el poder de la voluntad.

Pero aun este flanco por donde pudiera penetrar el aburrimiento, estaba defendido en aquellas dos almas activas, hermanadas por los santos vínculos del talento y de la común afición á las letras, por esas hadas benéficas que aligeran las horas perezosas de la desgracia y confortan el ánimo en los momentos de desmayo moral.

En las horas. un que el atractivo de la hamaca, de la bañadera, ó de la indolente siesta, derramaban sueño y silencio sobre los vecinos de la Habana, herida de lleno por el sol del trópico, deponía el doctor su bastón de borlas, el comerciante cerraba su caja, y dando de mano á las tareas serias, inclusas las de la redacción del periódico político, evocaban las musas ligeras y se daban de todo corazón á la esgrima de las agudezas sazonadas con la rima y el consonante, los

cuales, cuando son fáciles y oportunos, levantan el relieve de las obras de la imaginación.

Miralla era la inspiración; Madrid, quien desenvolvía en versos suaves, naturales y expontáneos, como hebras de seda de un hermoso capullo que se devana, las ideas ideas sugeridas por el amigo. Bastaba el mas mínimo toque á aquellas dos cuerdas simpáticas, para que produjeran el mismo sonido y la misma armonía; y sobre tema cualquiera, al parecer trivial, elevaban un canto digno da conservarse entre las más selectas inspiraciones del ingenio sudamericano.

El poeta colombiano escribió, en una de las ocasiones que acabamos de señalar, una bellísima sátira en nobles tercetos, tomando por tema y epígrafe de ella los dos siguientes endecasílabos del literato argentino:

Hay en el mundo dos felicidades:
Una ser rico y otra ser soltero.

Esta sátira confirma accidentalmente, la índole del genio y del natural de Miralla, enteramente argentinos. Doce años de apartamiento de la patria no habían podido desvirtuar en este las amables dotes intelectuales, ni los arranques del carácter desenvuelto y comunicativo que distingue á los hijos de nuestro país, acarreándoles la crítica ó el elogio de los extraños. Así se infiere del pasaje siguiente de la mencionada composición de Madrid, dirigida á quien la había sugerido:

Porque sabes hablar eres pedante;
Porque entiendes de todo eres ligero;
Por ameno y jovial eres tunante;
Así te juzga el público habanero...

Pero esta situación feliz no duró mucho. La idea emancipadora había convertido al suelo sudamericano en un inmenso campo de batalla; la contienda de la libertad se había empeñado con el mayor entusiasmo en todas las naciones hermanas de la América española; el fragor de los cañonazos de Salta y Tucumán se unía al estampido de los disparos de Bárbula y Boyacá, y el patriotismo exigía, sin tregua ni reposo, nuevos sacrificios en la fortuna y vida de sus hijos.

Miralla estaba afiliado á una sociedad secreta formada en la Habana, con el objeto de influir por medio de la prensa en la opinión pública, en favor de la causa americana, allegándole prosélitos, desconceptuando el régimen del absolutismo de la madre patria, y, propiciando el auxilio extranjero por todos los medios á su alcance: confundiendo en una sola la causa de Riego con la de Liniers, San Martín y Bolivar. Habiendo llegado Miralla á hacerse sospechoso á las autoridades de la isla, tuvo que huir de allí, refugiándose en los Estados Unidos, de donde vino á Colombia el año 1823, en compañía de varios otros patriotas cubanos: D. Aniceto Iznaga, D. Fructuoso del Castillo, el Dr. D. Agustín Araujo y Betencourt y González, entre otros.

De esta rápida estadía de Miralla en los Estados Unidos ha quedado un recuerdo afectuoso en la me-

moria de los hombres que, por su figuración en la gran república de las letras, señalan á nuestro compatriota con el mérito indiscutible de sus virtudes descollantes.

El Sr. D. M. G. Ticknor, reputado historiador de la literatura española, dirigiéndose á D. J. M. Gutiérrez, desde Boston, en carta fechada el 15 de Octubre de 1867, le dice lo siguiente:

«Uno de sus bosquejos biográficos nos ha interesado mucho á mi y á uno de mis amigos. Me refiero al de D. José Antonio Miralla. Mi amigo el Sr. Cárlos F. Bradford, excelente juez en materia de literatura española, le conoció, y yo tambien lo conocí, cuando estuvo aquí en Boston, de 1822 á 1823.

Venía algunas veces á mi casa, y recuerdo bien que solía improvisar con extraordinaria facilidad y buen éxito».

Miralla tenía la idea de independizar á Cuba, y fué para buscar el apoyo necesario en los gobiernos de Méjico y Colombia que hizo este viaje, desembarcando en la Guaira en el mes de Setiembre de 1823, y pasando luego á Caracas, á donde llegaron el 1°. de Enero de 1824 en compañía del patriota general D. Antonio Valero, á quien habían nombrado jefe de la expedición.

Pero por más simpático que fuera este proyecto al gobierno de Colombia, juzgóse que el momento no era propicio para aquella empresa y, en consecuencia, que la idea debía aplazarse por algun tiempo, hasta

tanto se despejara la suerte general del continente, que se jugaba en Ayacucho.

El carácter expansivo de Miralla, su vasta ilustración y su cultura, le abrieron pronto las puertas de la mejor sociedad santafecina, y enseguida contó entre sus amigos á lo mas descollante en la política y las letras. El *Rey de la conversación*, como amistosamente se le llamaba, rindió su corazón á la virtud y hermosura de una joven santafereña, la Sta. Dª. Elvira Zuleta, con quien contrajo matrimonio; y, mientras recidió en Bogotá, fué profesor de lenguas vivas en el Colegio Nacional de San Bartolomé, y á pedido del Sr. D. Pedro Gual, que desempeñaba la Secretaría del Ministerio de Relaciones Exteriores, aceptó el puesto de oficial mayor de ese Departamento.

En cambio, sus amigos de Méjico deseaban no retardar más la campaña antillera, y á fin de decidir y arrancar á Miralla de la apacible vida de hogar en que Colombia le había adormecido, enviaron en su busca al S. D. J. Ignacio de Bazadre, quien llevaba encargo de ofrecerle un alto puesto en aquel país.

Miralla sacrificó todas sus comodidades, su bienestar y su reposo, y acompañado de su esposa y su hijita, casi recien nacida, se embarcó á bordo de una fragata inglesa que zarpaba para Alvarado, sin tocar en Jamaica, creyendo evitar así el peligro de las enfermedades propias de la insalubridad de la isla en la estación de las lluvias. Pero la fatalidad lo esperaba sobre la misma costa del golfo mejicano, y, al llegar á Jalope, se sintió contagiado de la terrible fiebre.

Esperando vencer el mal al ascender á terrenos más elevados, se dirijió hacia Veracruz, pero no pudo pasar de Puebla de los Angeles, donde cayó para no levantarse más, falleciendo, en medio de la desesperación de su joven esposa, en la madrugada del 4 de Octubre de 1825, á la edad de 35 años.

Completaremos estos datos biográficos de este esclarecido compatriota, con las siguientes apreciaciones, que hace á su respecto el distinguido literato D Juan Francisco Ortiz:

« Que había hecho buenos estudios, nadie podía negarlo, porque hablaba con mucha propiedad el inglés, el francés y el italiano.

Que entendía el latín, era indispensable, porque citaba de memoria y con asombrosa facilidad los clásicos latinos. Sabía las matemáticas, la jurisprudencia y hasta la teología y los cánones, como lo probó en una gran conferencia pública á que lo invitó el señor D. Francisco Margallo y Duquesne, de grata memoria, para demostrar el daño que causa á los fieles cristianos la lectura de la Biblia en lenguas vulgares. Los que concurrieron á aquella conferencia, aseguraban que Miralla había sostenido la tésis contraria con mucha erudición y elocuencia.

Tendría Miralla de treinta á treinta y cuatro años cuando le conocí. Era bien parecido, su color trigueño, su cabeza poblada de negros y enrisados cabellos, su mirada luminosa, su dentadura limpia como la plata cincelada. Usaba siempre sombrero de pelo, corbata blanca, levita de paño color de pasa, muy

bien cortada y abotonada hasta el cuello, calzado negro, botas, guantes y estoque. Los movimientos eran airosos y desembarazados.

A nadie he oído pronunciar la lengua castellana con tanta pureza y corrección.

Nunca confundía la *b* con la *v*, ni la *z* con la *s*.—Su acento era claro y sonoro, y tenía una imaginación tan rica y tan felices ocurrencias, que se quedaba uno lelo, embobado, oyéndole hablar. Improvisaba en el metro que se quisiese y sobre el tema que le indicaran, con asonante ó consonante, en endecasilabos ó en versos de arte menor, con pié libre ó forzado, en décimas, en letrillas, en octavas; para él era indiferente. ¡Era un prodigio! y los que tenían el gusto de oírle una vez, querían oírlo siempre.

Era el Adonis de las damas, el embeleso de las tertulias; era un cumplido caballero que se hacía querer por sus modales y por su chispa.

Cuentan que, habiendo salido de paseo con varios amigos, entraron al cementerio de Bogotá, y uno de ellos reparó que en una calavera abandonada encima de una tumba había brotado una amapola que se mecía con el viento de la tarde; y, mostrándola á Miralla, le pidió un verso, y que él improvisó éste:

«¡Bella flor! cuando naciste,
¡Oh, que triste fué tu suerte,
Que al primer paso que diste
Te encontraste con la muerte!

Arrancarte es cosa triste;
No llevarte es lance fuerte;
Dejarte donde naciste
Es dejarte con la muerte.»

sin embargo, esta octava ha sido incluída entre las posías de una poeta guatemalteco.

La muerte de Miralla fué hondamente sentida por sus amigos políticos, y repercutió como una gran desgracia en el seno de las sociedades que había subyugado con su trato.

Como necesitamos rehacer el personaje á nuestros propios ojos, para apreciar su figuración en el escenario de la política y de las letras americanas, y de su actuación y su vida no sabemos más que lo que nos ha traído el éco de las crónicas, ó lo que ha podido insinuar su amante huérfana, como noticias adquiridas al dulce halago de las caricias maternas, copiamos á continuación varias poesías que le fueron dedicadas como homenaje póstumo á su memoria.

Los antecedentes biográficos que anteceden, harían suponer que la facundia de Miralla había legado al Parnaso argentino un buen número de joyas en sus composiciones, pero sucede todo lo contrario, y á penas si entre todas, hemos logrado una media docena.

Este pequeño caudal ha bastado para que la crítica lo considere como uno de los mejores poetas argentinos.

Refiriéndose á su traducción de la poesía de T. Gray dice el señor Menendez y Pelayo:

«La literalísima versión, casi improvisada, que en 1823 hizo de la elegía de Tomás Gray, *En el cementerio de una aldea*, hecha verso por verso, á pesar de la gran diferencia de concisión entre ambas len-

guas. Los demás intérpretes castellanos de esta elegía, entre los cuales se aventaja Dn. Enrique de Vedia, han tenido que acudir á la paráfrasis, empleando una tercera parte más de versos que el original, con lo cual la expresión poética pierde mucho de su fuerza; pero Miralla acometió la lucha cuerpo á cuerpo y si no puede decirse que saliese siempre victorioso, porque era empresa casi imposible, á lo menos superó enormes dificultades, y en algunas estrofas acertó á no perder nada del texto y á calcarle en una expresión sobria y castiza, sin afectación ni violencia. (1)»

Las poesías *La Libertad á Nice,* y *Palinodia á Nice*, son traducciones de las de Metastasio, que compiten ventajosamente con la de Menendez y la de Rossi.

Terminaremos esta ligera reseña con las siguientes palabras de D. J. M. Gutiérrez: «Fué poeta como Heredia, y vivió como éste la duración de un relámpago; como Melgar que pereció de una bala española en los primeros hechos de la independencia del Perú, á que había consagrado su alma; como su compatriota Lafinur, que desapareció en la fuerza de la juventud después de eternizar una existencia efímera empleándola noblemente, en los campamentos militares de Belgrano, cuyo doloroso fin cantó en bellísimas elegías, en las escuelas, dictando principios sanos de una filosofía adecuada á los nuevos destinos de la república, y en la prensa, sembrando la semilla de las instituciones libres.—Miralla y Lafinur, cuyos talentos tienen muchos puntos de contacto, fallecieron casi en un mismo año y casi de una misma edad.» (2)

---

(1) Antología de poetas Hisp. Amer. Tom. 4, pág. CXXV.
(2) Rev. del Rio de la Plata, Tom. 9. pág. 343.

LV

MUERTE DE MIRALLA

AL SEÑOR VICENTE ROCA-FUERTE

ELEJÍA

En esta triste carta que te envío,
Querido amigo, el pecho lacerado,
Recibe la expresión del dolor mío.

Si la queja es alivio al desgraciado,
El bálsamo derrame del consuelo
Sobre mi corazón atribulado.

El motivo es igual de nuestro duelo,
Y por el tuyo el mío considera:
Un mismo golpe nos ha dado el cielo.

¡Qué amígo nos robó la parca fiera!
¡Qué hilo cortó de vida tan preciosa,
Que estaba en la mitad de su carrera!

Flébil gemido de doliente esposa,
Lloro de hijuelo que con ella alterna,
La voz de padre dulce y amorosa,

Suspiros de amistad sensible y tierna,
El clamor de la patria, nada, nada,
Vuelve á Miralla de la noche eterna.

Despojo yace de la tumba helada,
Y por el frío soplo de la muerte
La llama de su genio fué apagada.

Mas no palpita ya su pecho fuerte,
Que era de libertad gloria y escudo;
¡Cuan mísera del mérito la suerte!

En lúgubre silencio quedó mudo
Aquel labio elocuente, persuasivo,
Que popular desorden calmar pudo;

Que con gracia sin par, tono festivo,
Fué de la sociedad alma y encanto,
Intérprete de ingenio claro y vivo.

¿Qué otro mortal, favorecido tanto
Del Dios de los poetas, producía
Tan de improviso el verso y dulce canto?

Lloren las musas de la patria mía
Este fracaso, y de ciprés y luto
La docta frente ciñan á porfía.

El epicedio no será sin fruto,
Que salvará del río del olvido
A quien dan de sus lágrimas tributo.

Tan piadoso deber será cumplido
Por un poeta amable á cuya lira
El don de eternizar fué concedido.

Versos, sin duda, la amistad inspira
Por el objeto que la mia deplora,
Al cantor de las rosas y de Amira.

¿Dónde estaba tu mano protectora,
Alumno de Esculapio, que impidiera
Del caro amigo la postrera hora?

En distante región, la suerte fiera
No te dejó salvarle; mas tu acento
Dele por vida fama duradera.

Anima al hombre el noble sentimiento
De la inmortalidad, su voz sagrada
Infunde al genio y la virtud aliento.

De horror al caos mi alma penetrada,
Al ver morir el ser inteligente,
No concibe su espíritu en la nada.

Sintiendo está mi corazón doliente
Otras crueles heridas, renovando
La pena antigua con el mal presente:

Veo á mis compañeros exhalando
En el cadalzo el último suspiro,
O en cruda lid su sangre derramando.

Para llorarlos ¡ay! solo respiro:
Calma empero la triste fantasía
Cuando su sombra en el ciëlo miro.

Cuando mas esperanza prometía,
Le sorprendió la muerte en su camino.
¡Bajó la noche en la mitad del día!

No otra vez le verás, Río Argentino,
Donde brilló á su ser la luz primera,
Fugaz cual tu corriente, su destino.

Ni el sol que alumbra la celeste esfera
De la patria del inca, en cuyo seno
De su vida pasó la primavera,

Ni de los zipas el país ameno,
Donde le hizo el amor padre y esposo,
País de triunfos y de glorias lleno,

Ni de Anahuac el campo deleitoso
Donde vino á morir, y donde en vano
Se prometía un porvenir dichoso.

La suerte del mortal es un arcano
Para sí mismo, á su saber profundo
Lo ha reservado el ente soberano;
Vayamos por la senda de este mundo.

JOSÉ MARÍA SALAZAR.
Granadino.

TRIBUTO DEL CORAZÓN

¡Murió Miralla!... ¡Oh Parca inexorable!
¿No estás cansada de esterminio tanto?
¿Tú sola encontrarías un encanto,
Donde pérdida el hombre irreparable?

¿Con que al fin el carácter más amable,
¡La vasta condición! heroico canto,
Se acabaron?... El duelo mustio, el llanto
Cercan solos el resto venerable.

La amistad, las virtudes y el talento
Gimen en vano donde todo calla,
Mas siempre se oye el funeral acento.

¡Ay! ¡Mi hijo predilecto, donde se halla!
¿Donde está mi esperanza, mi contento?...
¡Ya no existe! ¡No existe ya Miralla!

PEDRO HERRERA ESPADA.
(Lidos).

EN LA MUERTE DE MIRALLA

Con su brazo veloz el tiempo airado
Las columnas de mármol derribaba
En que los grandes nombres encontraba
De Iglesias, de Melendez y de Hurtado.

—¡Ay! todo lo destruyes despiadado—
La amistad con sollozos exclamaba,
Y tierna de la losa se abrazaba
Do el nombre de un amigo está grabado.

—¡Perdona oh tiempo, muevante mis males!
¡No borres ese nombre!—proseguía,
—¡Deja ese honor siquiera á los mortales!

Por la primera vez su diestra impía
Apartó el tiempo de destrozos tales,
E indeleble, «Miralla» se leía.

FRANCISCO URQUINAONA (1)
Fanio.

---

(1) Autor de la Historia de la literatura de Nueva Granada.

A LA MUY TEMPRANA MUERTE DE JOSÉ ANTONIO MIRALLA

Ya de la mar el anchuroso seno,
De penas lleno, con su tierna Elvira
Y con su lira que doliente calla
Surca Miralla.

Ya del Anahuac las arenas toca,
Y de la roca que en la mar se avanza,
Miradas lanza de profundo duelo
Hacia este suelo.

Hacia este suelo donde tanto amigo,
Sea el testigo de su amor constante,
Sea el amante de su voz canora,
Su ausencia llora.

¡Ay! De la parca la cuchilla fiera
Allí le espera, y á su horrendo tiro
Postrer suspiro hacia Colombia envía
En su agonía.

¡Que! ¿Tantas gracias, patriotismo tanto,
El dulce encanto del ameno plectro,
Al torvo espectro de la muerte armado
No han apiadado?

No, que inflexible su rabiosa saña,
De la guadaña el fiero horror tremola,
E impía viola el lauro floreciente
Que orna su frente.

LXI

Cae marchito, y el amor llorando,
Alza temblando lívidos despojos;
Muerta en sus ojos la siderea llama
Que el mundo inflama.

Llora el amor, y con su llanto triste
Todo reviste doloroso luto;
Vano tributo que rindió natura
Al alma pura.

Al alma pura, de virtudes nido;
Al que atrevido, su vigor enhiesto,
Siempre al funesto temerario abuso
Constante opuso.

Mas ya del polvo á la mansión camina;
Su voz divina para siempre calla;
La lira estalla, y el postrer sonido
Es un gemido,

Que resonando por el aire vago,
El fiero estrago de la parca impía
Lejos envía, y con la triste nueva
El llanto lleva.

Lánzame el golpe de su acerbo filo;
Tiemblo, vacilo, y al amigo caro
Pido el amparo de la tumba donde
Yerto se esconde.

Ya del sepulcro la querida sombra
Se alza, y me nombra con doliente queja—
—¡Tu voz me deja sin tributo! —dice
¡Ay, infelice!

—No, dulce amigo, si mortal, profunda
Pena, me inunda con amargo llanto,
¿Cómo en el canto ejercitarse pudo
Mi labio mudo?

Lidos y Fanio, con divino acento,
Al sentimiento de tu muerte dura
En su amargura consagraron tiernos
Ecos eternos;

Mas yo callando sufriré mi duelo,
Y cuando el velo de la noche umbrosa
La humilde loza que tu resto encubre
Lóbrego cubre,

Iré gimiendo; ante el ciprés umbrío
El plectro mío depondré, lloroso,
Y silencioso escucharé las liras
Que ya no inspiras.

LUIS VARGAS TEJADA.

JUAN GUALBERTO GODOY

Nació en Mendoza el 12 de Julio de 1793 y murió en esa misma ciudad el 16 de Mayo de 1864.

Una de las personalidades mas sobresalientes de las provincias de Cuyo, don Domingo de Oro, dice de este comprovinciano: « El mismo que escribe estos renglo-

nes, amigo íntimo de Godoy, desde cerca de cuarenta años, no conoce sino incompletamente la historia de su vida, y con lo que conoce, habría lo bastante para honrar la ceniza mortal de muchos». (1)

No habiendo podido recibir mas que la muy deficiente educación que en aquel tiempo se daba en el *far west argentino,* los primeros años de don Juan Gualberto transcurrieron sin notoriedad, ayudando á sus padres en sus trabajos vitivinícolos.

En 1817 hizo su primer viaje á Buenos Aires, pero debieron ser asuntos puramente comerciales los que lo trajeron, pues su biógrafo, don Domingo F. Sarmiento (hijo) (2), dice á este respecto: «Ni este viaje, ni otro que hizo el año 22, le sirvieron para aumentar sus conocimientos. Sin embargo en el último, hizo relación con el Dr. Lafinur, quien le incitó por repetidas veces á publicar en el «Verdadero amigo del país», diario fundado bajo sus auspicios, algunas de sus composiciones». En él se publicaron las primeras poesías de D. Juan Gualberto.

Vuelto á Mendoza, se dirigió después á Chile, también por asuntos comerciales, y allí se quedó hasta el año 24, empleado como dependiente de una casa de comercio.

Cuando regresó de allí, continuó ocupado en el comercio, pero entonces ya no vendia solamente lienzos y comestibles, sino que también poesías, á los pai-

---

(1) «El Zonda», San Juan, Mayo 21 de 1864.

(2) Ensayo literario sobre Juan Gualberto Godoy. En el preámbulo de las poesías de este último. Editadas en Buenos Aires el año 1889.

sanos, payadores y copleros, que le pagaban á ínfimo precio sus versos para festejar natalicios en los aniversarios de personas amigas.

A las exigencias de esta última clientela se debe el que el poeta tuviera que dar preferencia al estilo que mas caracterizaba su tipo, su vida y su lenguaje, y comenzara á escribir versos gauchescos, en el metro de los payadores, los que se publicaron antes aún que apareciera el *diálogo patriótico entre Chano y Contreras*, de Hidalgo.

Su amor á las letras le llevó naturalmente al periodismo, y el mismo año 1824, en que regresó de Chile, fundó en Mendoza el *Eco de los Andes*, y dos años más tarde, el *Iris Argentino*, y *El Huracán* que era un periódico satírico escrito todo en verso.

Las picarescas alusiones de sus aceradas metonimias que elogiando ridiculizaban á los personajes que caían bajo el escalpelo de su crítica humorística, le atrajeron pronto las iras de los detentadores del poder público y de la fuerza. *El Huracán* fué suprimido, y su inspirador tuvo que salir huyendo para no caer bajo las iras de aquellos caudillos cuyos procedimientos eran siempre radicales, cuando se trataba de hacerse justicia por sí mismos.

Por esta razón vino nuevamente á Buenos Aires, y, durante algún tiempo, residió en Dolores y en el Azul.

Regresó á Mendoza en 1830 y nuevamente redactó otro periódico también satírico-humorista, que se llamaba *El Coracero,* lo cual le valió tener que salir otra

vez huyendo á Chile, donde residió expatriado por mas de 26 años.

Godoy era un hombre de acción, tan valiente para escribir como para el trabajo. El no tenía reparos para el trabajo honesto, y aprovechaba de sus talentos más vulgares para ganar el sustento de su hogar. En Chile fué maestro de escuela, oficial segundo de la secretaría de gobierno local de Santiago, maestro de caligrafía de la Academia Militar, y oficial de la secretaría del Cabildo hasta 1839.

Finalmente, en 1842, después de un breve ensayo de su competencia como director de un establecimiento minero, volvió á la administración pública ocupando el puesto de oficial auxiliador en la Intendencia de Santiago, de donde ese mismo año pasó á Lima, como oficial de la legación chilena.

Habiéndose visto obligado á regresar á Chile por que su salud empezaba ya á flaquear, volvió á su puesto de la Intendencia Municipal, de donde pasó á la dirección de la Escuela Normal de Preceptores.

Entretanto, el levantamiento cívico de los pueblos de su patria barría en Caceros los nubarrones de la tiranía, y el primer Congreso Argentino que se reunió después de la caída de Rosas hubiera contado á don Juan Godoy entre sus miembros, si él no hubiera renunciado á ese honor por estar comprometido al servicio de la república hermana.

El año 1856 regresó á su patria, buscando en las dulzuras y los halagos del terruño el mejor refugio para sus años y sus achaques. Allí desempeñó también

algunos cargos públicos, pero, su independencia de carácter y la soltura de su lenguaje, lo obligaron á aceptar el consulado chileno, para ponerse á cubierto de las amenazas de sus enemigos. Se ha publicado, en 1889, un tomo de 442 páginas con las poesías de Godoy, que él mismo dejara ordenadas, á su muerte, á su sobrino D. Roberto Berghmenes.

En la *América Poética,* ed. de 1846, está el canto *A la Cordillera de los Andes; La palma del desierto,* dedicada á don Carlos Bello; *A una dama que paseaba en su caleza; A una joven vestida de luto, y Malvina*, ninguna de las cuales incluímos aquí por ser á nuestro juicio inferiores á las que hemos elegido.

PRBRO. BARTOLOMÉ MUÑOZ

D. Bartolomé Muñoz era español de nacimiento, primo hermano del ilustre general Guido y uno de los seis únicos españoles que optaron por la patria americana (1). Hizo sus estudios preparatorios en el colegio San Carlos, cursando filosofía de 1877 á 1879

(1) Zinny. «Rev. de Buenos Aires», tom. XIII, pág. 139.

bajo la dirección del Dr. D. Carlos García Posse, dedicándose particularmente á las ciencias naturales, en las que llegó á distinguirse y sobresalir.

Graduóse de doctor en ambos derechos en la Universidad de Chuquisaca, y, una vez ordenado sacerdote, regresó al país, desempeñando por algún tiempo el curato de San Salvador, en el Espinillo (Banda Oriental del Uruguay).

Cuando las armas de la patria llevaron á Montevideo, último refugio del poder tambaleante de las autoridades españolas, el anatema lanzado en 1810 contra toda idea de vasallaje, el cura de San Sal vador se plegó á las fuerzas revolucionarias, y dando ejemplo de abnegación, de patriotismo y de valor, empezó por entregar al fondo de la revolución todos sus bienes, incorporándose después á las filas, donde prestó los valiosísimos servicios de su ciencia, haciendo las veces de médico, mecánico, ingeniero y artillero. (1)

El P. Muñoz trazó el plano de la línea del sitio y los cinco croquis de los reductos que se hicieron para colocar los cañones con que se batieron las fortalezas de la plaza.

---

(1) En el número 69 de la Gaceta, del 25 de Agosto de 1813, el general Rondeau da cuenta de que el Pbro. D. Bartolomé Muñoz puso en sus manos: 23 onzas y 4 pesos; para ayudar á los heridos en la batalla del 31 de Diciembre (combate del Cerrito).

—El autor del himno nacional recuerda este hecho, en una de las estrofas de la poesía que dedicara al P. Muñoz con motivo de su promoción al coro de la Catedral de Buenos Aires, diciendo:

Los bienes que en honrado desempeño
De tus santos deberes adquirieras,
Unos allí abandonas,
Al público otros generoso donas.

En 1813 fué nombrado Capellán del regimiento 6º., y, en 1815, Capellán mayor, vicario subdelegado del ejército (1). En agosto de este mismo año recibió el nombramiento de Vicario general del ejército del Alto Perú.

De regreso de aquella desgraciada campaña residió en Buenos Aires, donde publicó *El Dia. de Buenos Aires* (1816), *El Desengaño* (1816-1817), y el *Almanaque patrio* (1820-1829).

El P. Muñoz fué también el primer compilador de las leyes y decretos del gobierno argentino publicando el tomo 1º., que contiene las resoluciones dictadas de 1820 á1823.

Además de los donativos en dinero de que hemos hecho mención, este digno sacerdote realizó otros actos de desprendimiento, que evidencian su patriotismo y testifican su ilustración y su entusiasmo por el progreso de las instituciones nacientes de la patria.

Donó á la Biblioteca pública de Buenos Aires varias obras rarísimas de literatura é historia natural, los planos iconográficos de Madrid, Buenos Aires, Córdoba, Tucumán, y el de Montevideo con su perspectiva; el plano general de los ríos de la Plata, Paraná y Uruguay con sus confluencias y comarcas, que había sido delineado en 1811; el plano de la línea que sitiaba á Montevideo en 1814; una vista del salto del

(1) Véase el número 24 de la Gaceta, del 7 de Octubre de 1815.

Iguazú, y muchos otros planos más, muy interesantes. (1)

También donó al gobierno su colección de Historia Natural y sus instrumentos de estudio, para que fueran la base del museo público.

El 4 de Noviembre de 1815 fué elegido vocal de la Junta protectora de la libertad de imprenta. (2)

El P. Muñoz falleció en Montevideo, el 28 de Mayo de 1831.

---

(1) En el número 14 de la Gaceta del 11 de Junio de 1814 se lee lo siguiente: «Acéptase la oferta que hace el ciudadano Bartolomé Muñoz, detallada en la nota de referencia y siendo ella, así por su naturaleza como por los términos y circunstancias en que se hace, digno modelo de generosidad y desprendimiento patriótico, dénsele las más expresivas gracias por conducto del general Rondeau, publíquese en la Gaceta ministerial, avisándose al Director de la Biblioteca para que se haga cargo oportunamente de las especies donadas, y tómese razón en el Tribunal de Cuentas».

(2) Número 30 de la Gaceta, del 18 de Noviembre de 1815.

ANTOLOGÍA

(TOMO IV)



FRAY CAYETANO JOSÉ RODRIGUEZ

VIDA DE DOÑA MARÍA SAN DIEGO OJEDA *

INVOCACIÓN Á LAS MUSAS

(INÉDITA)

INVOCACIÓN

Oh efluvio celestial, suave rocío!
Divino númen del castálio coro
En que envuelta se da fecunda Clío
Que brota perlas en cadencias de oro;
Cuyas aras venera el culto mío,
Cuya sacra expresión rendido adoro,
Espárcete abundante en modos sabios
Por el ácido campo de mis labios.

Que atrevimiento fuera, ninfa bella,
Pisar la cima del dorado monte
Donde habitas de asiento, hermosa estrella,
Y los rayos superas de Faetonte:
Donde bebes las luces que destella
Desde su alto cenit hasta horizonte,
Sin besar reverente el soberano
Campo de nieve de tu blanca mano.

---

* La composición está dedicada al M. R. P. señor José Tomás Ramirez, Lector jubilado, Ex-definidor, etc.. y firmada en Córdoba del Tucumán el 17 de Febrero de 1790.

Copiada de un autógrafo inédito de Fr. Cayetano Rodríguez, existente en un tomo titulado «Colección de poesías y versos impresos en Buenos Aires ó escritos por argentinos» coleccionados por don Juan María Gutiérrez, el cual forma ahora parte de la Biblioteca del Senado Nacional.

A tí pues, sola invoco, dulce, suave,
Objeto grato de mi fantasía:
A tí, sola, fugaz, canora ave,
Depósito inmortal de la ambrosía,
Rinde tributos en cadencia grave
Con épica expresión la musa mía,
Suplicándote apliques á ardor tanto
En sílabas de luz tu sabio encanto.

ASUNTO

Canto una historia (musa, mejor fuera
Llamarla trágico, lastimoso evento),
Que mejor que mi labio descubriera
La elocuente expresión del sentimiento:
Pues quizá no será la vez primera
Que usurpa al labio voces el tormento,
O que hablan expresivos de los ojos
Los mudos, tiernos, líquidos despojos.

Canto una historia, tristes aventuras
De inocente paloma en propio nido,
Que mil mares surcando de amarguras
Fué juguete del hado enfurecido;
Siendo su pecho en tantas desventuras
Animado bajel tan combatido,
Que en golfo tan destrecho y borrascoso
Ya se hunde infeliz, ya escapa airoso.

Canto una historia en fín, tan peregrina,
Que encadena sucesos tan extraños,

Que parece que el cielo la destina
Para pauta común de desengaños,
O bien para mostrar (¡bondad divina!)
Que labra bienes de los propios daños:
Pues de todo es capaz la providencia
Inclinada al amor y á la clemencia.

INTRODUCCIÓN

En Puerto Rico, pues, isla situada
A la entrada del golfo Mejicano
Al oriente de la isla celebrada
Que dió principio al mundo americano, (1)
Una ciudad se ostenta bien formada,
De aire nada templado, pero sano,
Donde vió la primera luz del día
Entre el llanto común Doña María. (2)

Describir de sus padres la nobleza
Fuera inútil empeño de la pluma,
Cuando arrastra con gages de grandeza
De honoríficos rasgos breve suma,
Brillando en los honores su limpieza
Mas que brilla la luz en blanca espuma,
Y más que en clara, cristalina fuente
Hace visos el sol sobre su oriente. (3)

---

(1) Puerto Rico ó San Juan de Puerto Rico, isla situada sobre el mar del Norte, hacia la América, á la entrada del golfo Mejicano, al oriente de la isla Española ó de Santo Domingo.

(2) Doña María San Diego Ojeda hija de D. Luis Ojeda, natural de Málaga, y doña Teresa Ramirez, natural de Cumaná, nació en Puerto Rico por los años de 1759.

(3) Su padre habiendo estudiado leyes y formándose letrado pasó de asesor del gobernador de Puerto Rico. Volvió después á España y fué provisto Corregidor de la provincia de Porco en el Perú.

Anticipadas luces patentizan
En la niña feliz entendimiento,
Vislumbres celestiales profetizan
Las que brillan después de su talento;
Y aunque ciertas señales claro avisan
En presentes indicios un portento,
Oculto queda bajo el blanco velo
Que de sus mismas luces forma el cielo.

Apenas cuenta de su edad florida
Siete años tiernos aunque no cabales,
Cual débil fortaleza acometida
De acampados ejércitos rivales,
Muy cerca estuvo de pagar su vida
El tributo común de los mortales;
Pero vive feliz, porque un portento
Dió á su muerta salud nuevo incremento (1)

Su padre en este tiempo determina
(¡Oh nunca hubiera tal determinado!)
Pasar á Porco, donde lo destina
Su suerte ingrata, su inconstante hado: (2)
A Ciudad de los Reyes se encamina
Sirviéndole de norte su cuidado,

(1) Acometiola un tabardillo tan fuerte que fué para ella enfermedad de muerte. Se hicieron los mayores esfuerzos por su salud; pero sin efecto favorable. Por último la encomendaron sus cristianos padres á un crucifijo llamado comunmente El Señor de la Salud, y se graduó por milagro de su bondad el haber mejorado instantáneamente.

(2) Estando su padre de Asesor del Gobernador de Puerto Rico, regresó á España, donde consiguió el correjimiento de Porco, y determinó pasar á él con su familia.

Y en pocos dias de inquietud prolija
A Curaçao arriba, con su hija. (1)

Desde aquí se dirige á Porto-Velo,
(Felice Puerto para mejor suerte)
En cuya dirección se explica el cielo
Con ceño airado, con rigor tan fuerte, (2)
Que en ellos viera su infeliz desvelo
Figurados anuncios de su muerte,
Si en el prólogo infausto de sus males
No encontrara el remedio en casos tales.

En el prólogo digo, sí; pues, cuando
Malicioso piloto el rumbo yerra. (3)
Por incógnitos mares navegando
Arribaron felices á una tierra
En cuyos habitantes nunca blando
Se admira el génio, porque siempre aterra; (4)
Y hubieran fallecido si un acaso
No prolongase de su vida el plazo. (5)

---

(1) Quiere emprender el viaje para Lima en prosecusión de su corregimiento, pero el Gobernador, á quien D. Luis era poco grato, prohibió al capitán del navío (que era del Rey), llevar á bordo suyo aquella familia. Compró entonces una balandra en Vera Cruz, y se embarcó con su mujer, sus hijas, esta niña y una tia suya llamada doña Juana Ramirez, y arribaron à Curaçao.

(2) A poca distancia les sobrevinieron copiosas lluvias, se rompieron las velas, se rindió el palo mayor y hubo de venirse sobre la embarcación, y se acabaron los víveres.

(3) Hízose de intento perdidiso el Piloto: ignora Da. María el motivo, ello es que los condujo por unos mares muy distantes de los que debian guiar á su destino.

(4) Arribaron casualmente á una isla llamada de los Indios Mosquitos; indios feroces y de mala condición.

(5) Hubieran sido despojo de su furor á no ser la casualidad de estar ocupados en la pesca de tortugas, en la parte opuesta de la isla.

Aquí nuevos reciben bastimentos,
Corto sufragio, provisión escasa. (1)
Y queriendo evadir los sentimientos,
Que intrépido furor les amenaza,
El reducir á efecto sus intentos
Su ardua ejecución les embaraza,
Pues se encuentran sin rumbo, sin camino,
Sin dirección, sin norte, sin destino.

En tan urgente apuro, providencia
Benigna siempre, siempre generosa,
Del seno oculto de la omnipotencia
Les facilita medios oficiosa.
En la acuosa región (confusa herencia
De inconstante Neptuno) recelosa
Ligera embarcación se les presenta. (2)
Con cuya vista su valor se alienta.

Hacia ella se dirigen presurosos
En las alas veloces del deseo
Por inconstantes piélagos undosos
Verdaderos retratos del Letheo.
Allí adquieren noticias deseosos
De seguir el destino de su empleo;

(1) En esta isla estuvieron ocho ó nueve dias. De ella no sacaron más de agua, leña y muchos cocos que traían en lanchadas, casi único alimento con que subvenian á su urgente necesidad.

(2) Estando indecisos sin saber el rumbo que guiaba á Porto-Velo, vieron una tarde un bulto en el mar, y conocieron que era un paquebot. Este apenas divisó la embarcación de D. Luis, procuró ocultarse en un islote, temiendo (como digeron después) que fuese algun corsario.

Y según las distancias que adivinan
De Porto-Velo al rumbo se encaminan. (1)

Aquí de repetido crüel pecado
Su padre toma regular venganza. (2)
Y en nueva casa portátil embarcado
Fija su vida, su cuidado afianza,
Dirigiéndose ardiente en mar helado
Hasta el puerto de Cruces, su esperanza,
A Chagres pasa, y en felice norte
A Panamá después con su consorte.

De Panamá por líquida corriente
A Paita se dirigen presurosos,
Sin que el seno del húmedo tridente
Vomite furias, soplos venenosos.
Sobre intrépido curso permanente
Arriban al Callao venturosos. (3)
Y en breves dias entre luces bellas
En Lima imprimen sus doradas huellas.

Pero Lima impropicia, Lima ingrata,
Avara siempre de lustrosa suerte,

(1) Mandó D. Luis que en la lancha se embarcase gente para reconocerle. Quiso el piloto lleno de malicia embarcarse para este efecto con solo sus aliados. Conoció D. Luis la maldad, y mandó con él algunos de su satisfacción, en particular al contramaestre que también hablaba inglés. Los del paquebot les dieron la dirección de sus operaciones que debían hacer y les regalaron dos tortugas. Con esto se alentaron, compusieron el barco y volvieron la proa á Porto-Velo.

(2) En Porto-Velo se querelló D. Luis ante el Gobernador contra el piloto por haber éste intentado perderlo dos ocasiones. Castigó el Gobernador su torcida intención remitiéndole á España bajo partida de Registro. Aquí vendió D. Luis su embarcación y hizo su derrota en una lancha.

(3) La madre de la niña que había enfermado en Paita, recayó gravemente en el Callao. Púsose en cura y no hallando mejoría determinaron pasar á Lima.

Trueca atrevida con pensión barata
La mejor vida por temprana muerte.
La vida de su madre se arrebata, (1)
¡Inopinado acaso! trance fuerte!
Y enriquece los dípticos que dora,
Con el nuevo tesoro que atesora.

Este impensado lance (consecuencia
De la mutabilidad de nuestra vida)
Les obliga á pensar de cierta ciencia
En prolongar más tiempo su partida, (2)
Entretanto que llora la inocencia
En un golfo de penas sumergida;
Que entre lágrimas nace cruel tormento
Lo que se ha concebido sentimiento.

Al fin mitiga tan acerba pena
El fugaz tiempo que sepulta todo,
Y el trágico principio de esta escena
Fenece luego por arcano modo:
Enjúganse las lágrimas, y ordena
Elegir la razón nuevo período:
El viaje emprenden, y veloces pisan
De Porco el suelo que feliz divisan. (3)

(1) A los catorce dias de haber llegado á Lima, murió su madre, sin haber podido librarla las precauciones que se tomaron para el fomento de su salud.

(2) Con ocasión de la muerte de su madre se detuvieron en Lima cerca de seis meses, como lo pedían las circunstancias de un lance tan impensado cuyas consecuencias llenaron de dolor al padre de la niña.

(3) De Lima salieron por tierra á Porco donde tomó posesión D. Luis de su Corregimiento, habiendo estado con la niña y demás hijos suyos, un poco tiempo antes en Potosí, esperando concluyera su tiempo el actual Corregidor.

En esta nueva tierra que acumula
Causas al dulce plácido sociego,
Donde el ócio dulcísimo estimula
A dar al alma más fecundo riego;
Con la viva enseñanza que pulula
Permanente instrucción en blando fuego,
Grabar en su hija el padre solicita
La doctrina más sabia y exquisita. (1)

Ya fecunda con sabias instrucciones
Su memoria tenaz, su entendimiento,
Ya modera fogosas propensiones
(Lúgubre efecto de dañado aliento),
Y la fuerte impresión de sus razones
Logra tan grave, tan feliz evento,
Que, en poco tiempo de tan noble lídia
El tiempo mismo su instrucción envidia. (2)

Pero Porco prosigue decisivo
La que en Lima empezó funesta escena,
Y olvidando cruel lo compasivo
A un gozo substituye duple pena;
Desnuda el vigoroso prescisivo
Inflexible puñal, y en ruda arena

---

(1) Como única hija entre cuatro hermanos varones, era el objeto del cariño de su padre, y éste como hombre instruido puso el mayor esmero en hacerla mujer, en cuanto cabe, adornada de las habilidades de que era capaz según su estado.

(2) De hecho la enseñó á leer y escribir, é hizo que la enseñasen á coser, bordar, curar y otras curiosidades, lo que hasta el día hace con perfección. Por últimó la puso á aprender gramática, de la que solo le ha quedado el leer perfectamente el latín.

La muerte renovando de su madre
Con pálida señal sepulta al padre. (1)

Sin vida llora al que le dió la vida,
Sin más padre que Dios.... ¡que mejor suerte!
Su sacra providencia la convida
Para fácil consuelo de tal muerte
Con un nuevo tutor, que fiel decida
En la impensada confusión que advierte. (2)
A Potosí la lleva, y muy gustosa
Con un sobrino suyo la desposa.

Cuatro hijos unen con un tierno abrazo
Sus nobles, fieles, dulces corazones. (3)
Y en el verde pensil de su regazo
Fuertes fija el amor sus impresiones:
De tan sagrada unión al primer paso
Por acordes de amor disposiciones
A Lipes parten luego en seguimiento
Del mismo, que le dan Corregimiento. (4)

¡Oh Lipes! teatro el más sangriento
Que pudieron mirar humanos ojos,
Donde la aguda pena, el sentimiento,

---

(1) Poco tiempo le duró á la niña la compañía de su padre. A los cuatro años de Corregidor murió sin hacer testamento, renovando su muerte la memoria de la de su madre.

(2) La justicia le nombró por tutor y curador á D. Pedro de la Revilla. Este se la trajo con un hermano á Potosí. Allí tuvo varios pretendientes para desposarse con ella; pero el tutor la casó con un sobrino suyo D. Francisco Diaz de la Revilla. Tenía ella catorce años de edad.

(3) De este matrimonio tuvo tres partos estando aun en Potosí, y ellos cuatro hijos porque uno fué de mellizos.

(4) El tutor, ya su tío, consiguió el Corregimiento de Lipes para su marido, y ella pasó á el en su compañía, llevando consigo á su tia Da. Juana Ramirez que la acompañó siempre.

Han sido del furor tristes despojos.
!Oh Lipes, Lipes! (cuyo amargo acento
Si acumula dolor patenta enojos)
¿Como hiciste verter con tanta pena
Lágrimas tristes sobre vana arena?

Es el caso que estando ya de asiento
En su Corregimiento ambos esposos
Disfrutando felices el contento
Hijo castizo de inocentes gozos,
Sopla violento repentino viento,
Cuyos hálitos fieros, venenosos,
De tanta paz infestan el sosiego,
Sembrando yelos que vomitan fuego. (1)

Fogosos movimientos intestinos
Inquietan al Perú, tan presurosos,
Que cerrando al remedio los caminos
(Para la perdición tan espaciosos),
Por modos, por ocultos peregrinos,
A males los abrió más espantosos.
Reina el furor y muere la inocencia,
A manos del rigor y la violencia. (2)

---

(1) Estando descansados en su Corregimiento disfrutando las delicias con que les convidaban el sosiego, la paz y el mútuo amor que se tenían, se tumultuó el Perú: se alzaron sus indios á influjos del revelde Tupac-Amarú entrando á sangre y fuego por las más de sus provincias, especialmente á los Corregidores, á quienes suponían principales agentes de su opresión. Se vió entonces representar la escena mas lastimosa y sangrienta en que después fueron reos los mismos actores de ella. Esparcían por todas partes la deslealtad y desamor al Soberano, siendo efectos de este atentado la revelión, la guerra y un derramamiento espantoso de sangre. Triste original de que hubo antes y habrá en lo sucesivo raras copias,

(2) Como en tragedia tan lastimosa solo reinaba el furor y la violencia, apoyados en el seno de la discordia, era consiguiente que el mal fuese común al inocente y al culpado. Así se vió descargar el golpe sobre lo más sagrado, sin que valiera para evitarlo su inmunidad.

Resuena en Lipes eco lastimoso
De tanto golpe, de desgracia tanta
Y al reflejo voraz de mal tan fiero
Su intrépido valor, aunque se espanta,
O bien rehusa creerlo verdadero
O seguro quizá victoria canta, (1)
Hasta que en Lipes sé repara luego
Arder incendio lo que empieza fuego.

Ya llegó en fin, el triste, decisivo,
Trágico instante de su suerte impía;
Quisieron escapar, y ejecutivo,
Le sobreviene parto el mismo día:
Un acaso infeliz le quita esquivo
El único consuelo que tenía; (2)
Y á ser (¡que dolor!) se vió obligada
Madre y partera de su prole amada. (3)

La revelión se explica en este instante
Cerca de Lipes, teatro de esta escena: (4)
El confuso tropel sin semejante
Los campos cubre, los caminos llena;

---

(1) Aunque llegó á Lipes la noticia de esta rebelión, nunca pensó D. Francisco sentir sobre si los efectos de ella. Invitabale su mujer á que saliesen de la Provincia precaviendo cualquier insulto, pero sordo á sus ruegos le ocultaba las cartas de algunos sujetos que le aconsejaban su retiro, asegurándole que en ninguna parte estaban mas seguros que en Lipes. Estaba ella entonces en término de parir.

(2) Cede á los ruegos de su mujer D. Francisco, pero queriendo marchar le sobreviene instantáneamente el parto. Quiere su marido (único auxilio que tenía en aquel aprieto) favorecerla: pero un accidente repentino lo dejó inmoble en su presencia.

(3) En estas circunstancias se halló sola. Su marido medio muerto á sus pies. La criatura que nacía de pies se hallaba detenida por el pescuezo en el mismo nacedero. Entonces la afligida madre hizo consigo misma el oficio de partera, ayudada del valor que le infundió la misma necesidad.

(4) Todo esto pasó en las casas de su ingenio, algo retirado de Lipes.

El furor acomete ya triunfante,
Sordo á las voces de la amarga pena;
Derrama piedras y en cada una vierte
La que quiere inferir infausta muerte. (1)

Al duro golpe, ya mortal herida,
Semivivo su esposo titubea
Y el fomento mendiga de su vida
En el último aliento que escasea. (2)
En brazos de su esposa condolida
Agua le pide que beber desea,
Y ella le niega, sin querer negarle
Este postrer favor por no dejarle. (3)

Ah! invoca de Jesús ¡que dulce acento!
Con la expresión le alienta de su boca,
Y al compás de su acerbo sentimiento
Al dolor de sus culpas le provoca:
Pero apenas esfuerza de su aliento
Los moribundos ecos, y le invoca,
Entre sus mismos brazos con fiereza
De los hombros dividen su cabeza. (4)

---

(1) Al dia y medio siguiente llegaron los indios; acometieron á la casa y llovían las piedras de las hondas sobre sus inocentes habitadores.

(2) Diéronle al Corregidor D. Francisco con una piedra en la sien, con otras en un lado la cara, en la cabeza y en las piernas, con que cayó en tierra casi muerto. Pidió confesión y se la negaron.

(3) Doña María recien parida se levantó de la cama media desnuda á dar favor á su moribundo esposo. Este entre sus brazos le pide agua: teme dejarlo solo y no se atreve á traersela.

(4) En este estado llegaron los traidores é inhumanos indios y quitaronsele de sus brazos, á presencia suya, con la mayor crueldad lo degollaron, y arrojándole la cabeza á los pies de la media moribunda señora, la dejaron sin más consuelo que ver el trunco cadáver de su esposo sin cabeza, diciéndole el indio que la llevaba: «Esto es lo que yo quería».

Sin vida cae el alma de su vida,
Desangrase á sus piés su esposo muerto,
Resonando los ecos de su herida
En su fiel corazón ya casi yerto.
Observa pesarosa y afligida,
Que el alboroto crece sin concierto,
Esperando por horas ser despojo
Del ímpetu infernal de tanto enojo. (1)

Sobresaltada queda y temerosa
Expuesta al rigor y á la violencia;
Dos veces un puñal, arma alevosa
Desenvaina contra ella su inclemencia: (2)
Al resto de su vida lastimosa
Echando suertes, burlan su inocencia: (3)
Pero escapa milagrosamente
De riesgo tan fatal, tan inminente. (4).

---

(1) A la vista de tanta crueldad temió muchas veces doña María que la ejecutasen con ella. Creció el alboroto y se encendia mas el fuego. Pusieron los indios la cabeza de su Merced en una caja de plata, y allí la tuvieron ocho dias, y asegura la señora que luego que la separaron del cuerpo tenía los ojos cerrados, pero al sacarla de la caja los tenía abiertos y claros como cuando estaba vivo. Pasó á más la crueldad de los indios: Pusieron grillos á un hermano de los suyos, llamado Manuel, á quien quitaron la vida á los cinco dias después de la muerte de su marido. No querían que éste se enterrase en sagrado, y lo sepultaron al pié de una cruz en medio de la plaza del Pueblo, hasta que el Cura á muchas instancias que hizo á los indios consiguió darle decente sepultura. Todo esto aumentaba el dolor de Da. María que sobresaltada y temerosa esperaba por instantes acompañar en la tragedia á su difundo marido.

(2) Por dos veces entró un indio á matarla estando en la cama. La primera la acometió con un alfanje, y viéndose en aquel aprieto, no tuvo mas arbitrio que dejarse caer con su hijito del otro lado de la cama. La segunda la acometió con un puñal pero los golpes solo hirieron la colcha que la cubría.

(3) Dividiéronse en pareceres los indios acerca de su vida, sorteándola según sus ideas. Unos decían que había de morir, otros que no, Pero uno que era teniente de Gobernador y su Compañante la aseguró que la defendería. El Padre Cura que era un religioso mercenario llamado Fr. Justo Arguello, pidió á los indios que le dejasen llevar á su casa á la Corregidora, pero no se lo permitieron. Ella, por ver si se amainaba aquella furia, dejó su ropa y se vistió á usanza de los indios. Pero quedó tan asustada que á cada instante la acometía un furioso accidente y viéndose en este estado se daba terribles golpes de pecho, de que después padeció muchos dolores.

(4) Confiesa Da. María haber experimentado en todos estos pasajes milagros patentes del cielo.

Después de cinco lastimosos días
De tragedia tan triste y espantosa,
Circundada de guardias y de espías,
De morir á sus manos recelosa,
Por Punas tan penosas y tan frías,
A Lipes la encaminan presurosa,
Conducida de un indio, en cuyo viaje
Casi fenece á manos de un ultraje. (1).

En Lipes se discurre variamente
Sobre la ejecución de su destino: (2)
Un antojo ordinario é imprudente
Un raro casamiento le previno;
Queda frustrado porque no consiente,
Y se libra de un modo peregrino. (3)
La conducen en fin, á un pueblo en donde
De tanta confusión luego se esconde. (4)

---

(1) A los cinco dias después de la tragedia é inmediatamente después de la muerte de su hermano, cuando todavía se hallaba en cama de resultas de su parto y agravada de sus enfermedades y dolores, la hicieron montar á caballo, por fuerza, para llevarla al pueblo de Lipes que estaba algo distante de las casas de su ingenio. Un indio tiraba del cabresto, llevando ella su tierno hijito en los brazos, sin mas auxilio que el del cielo, y al bajar un derrumbadero de los muchos y peligrosos de que abundan los caminos de aquella provincia, se le fueron á la mula los lomillos ó aparejo al pescuezo, con tan aparente peligro de su vida que confiesa ella misma haberse librado por especial providencia de Dios. Y es menester persuadirse de esa verdad, prescindiendo de todas sus circunstancias, al ver los fines para que la ha destinado.

(2) Llegó á la casa de una india principal motora de todas estas bullas, y se enojó mucho porque no habían quitado la vida á su Corregidora; pero después mudó de semblante quizá por el buen servicio que experimentó con la nueva criada. Aquí estuvo cerca de un mes con nuevos sustos y peligros de la vida, sin resolverse los indios á darle fijo destino, quisieron llevarla á Potosí ó Chuquisaca para ponerla en un convento; ignora Da María el fin de esta determinación, pero ella se resistió temiendo la mandasen engañada para quitarle la vida los mismos que la llevasen, ó que otros indios del tránsito saliesen al camino y la matasen.

(3) En este tiempo le propuso la india, su ama, que para estar segura, el mejor medio era casarse con un indio. Resistióse ella resuelta primero á perder la vida. El cura para desuadir á la india, le expuso que, si se casaba, el indio perdería lo que le habían robado al difunto; y desistió al momento.

(4) Por último pasaron á Da. María al pueblo de San Cristobal.

Aqui parece que piadoso el cielo
De su bondad pretende hacer alarde;
Y aunque la sedición se quita el velo
Tanto fuego para ella ya no arde.
Al compasivo cuidadoso celo
(Reflexivo talvez, talvez cobarde) (1)
De algunos españoles, al fin debe
No ser despojo de traición aleve.

Después de varias suaves tentativas
Y artificiosos modos no logrados, (2)
Súplicas olvidando persuasivas,
A vengar tantos males esforzados,
Entre sangrientas competencias vivas, (3)
Á morir ó vencer determinados

(1) En el pueblo de San Cristobal en donde estuvo algún tiempo, se vió libre de las pasadas violencias aunque siempre temerosa. Algunos españoles, Cholos, se empeñaron en sacarla. En efecto llegaron disimulados, diciendo que huían de los españoles por que les obligaban á tomar las armas contra los indios. Los hospedaron, y sabiendo donde estaba la Corregidora, se fueron á ella con disimulo. Entraron á la cocina de la casa y una mujer (se cree fué su negra) dió aviso á Da. María, y aunque ésta se vió con ellos, no pudieron hablarla por que á la sazon había indios que la observasen. Otra ocasión quisieron también sacarla, pero no quiso salir sin su tia, su negra y el mulato que la acompañaba, temiendo que con su fuga quitasen la vida á estos tres miserables. Al fin por entonces, ó bien por cobardía ó por prudencia, omitieron el sacarla dejando para otra ocasión la ejecución de este designio.

(2) Nada consiguieron los españoles en las primeras entradas que hicieron para sacar á Da. Maria.

(3) Al fin aburridos de tanto sufrimiento, armaron gente para entrar en busca de la señora, y vengar sus agravios. Llegaron á un pueblo (Se ignora si fué S. Pablo, cuando estaba ella en San Cristobal ó al contrario). Allí vieron á un indio que iba del pueblo á donde estaba la Corregidora: Le corrieron y lo mataron, temiendo con mucha razón que si volviese al pueblo diese aviso, y con el se pusiese en nuevo riesgo la vida de Da. María. Llegaron por último los españoles al pueblo sin ser sentidos, cuando estaban los indios mas descuidados. A la vocería y algazara que estos armaron al alba á usanza de su país, quedó desmayada por mucho tiempo, pensando llegaba el último término de su vida. Cuando Dios quiso volvió en sí, y vió haber sido fortuna lo que el miedo le hizo creer desgracia. Hallarónla los españoles con vida, y en término de quince dias que allí estuvieron ahorcaron á muchos indios, castigando su insolencia.

La sacan libre (1), cuando solo goza
Obscura palidez la que era rosa.

Efecto fué sin duda lastimoso
De sus tragedias nunca interrumpidas,
Que cundiendo cual fuego vigoroso,
Fueron capaces de asolar mil vidas,
Consiguiente fatal rasgo penoso
Que firmaron con sangre sus heridas,
Y que llegaron á atenuarla tanto
Que daba compasión, causaba espanto. (2)

En este miserable triste estado,
Por rumbo desigual marcha precisa
En alas de su aliento su cuidado,
Corta el viento veloz, llega á Tupiza. (3)
Aqui de las reliquias del pasado
Duro invierno que á su suerte eriza,
Algo restablecida y reforzada,
Dirige á Buenos Aires su jornada.

Apenas hollan sus felices plantas
De esta ciudad ilustre las arenas,
Recopilando luego en breve, tantas

---

(1) Por último la libertaron de la esclavitud.

(2) Estaba tan desfigurada Da. María y tan atenuada, como lo prometían los soles, frios, sustos, tragedías, tiranías, ultrajes y enfermedades en una niña de veinte y un años, descalza en pié y pierna, como la encontraron los españoles. Llegó á tanto su debilidad, que á pocos dias de haber parido se le retiró la leche, y vió con dolor, perecer entre sus manos á su tiernecito hijo, por falta de alimento.

(3) Con la misma gente que la sacó se vino á Tupiza sin llegar á Potosí ni á Chuquisaca, desde donde, después de algunos meses se dispuso á pasar á Buenos Aires.

Como había padecido amargas penas,
Desata de sus labios fieles, cuantas
Le puso su dolor duras cadenas;
Y presentes las hace al Soberano
Ya que besar no puede su real mano. (1)

No fué vana su humilde confianza,
Y en la verificación de sus efectos
Halló feliz apoyo su esperanza,
Pasando los favores á preceptos.
Una pensión le asigna con que alcanza
Establecer de nuevo sus proyectos, (2)
Y á pasar se resuelve desde luego
Su vida en Buenos Aires con sociego. (3)

Aqui la voz de Dios se significa
En internos impulsos vigorosos,
A percibirla luego ella se aplica
Atenta, diligente y cuidadosa,
Y conoce en el modo que se explica
Que la elije (¡que dicha!) por esposa;
Y inundando su pecho de consuelo
Adora humilde la elección del cielo. (4)

(1) Llegó á Buenos Aires y determinó pasar á España á echarse á los pies del Rey, de quien obtuvo la licencia para este efecto, con prevención de que la llevasen de cuenta del Real Erario; pero viéndose sumamente enferma, suspendió su viaje, é informó al Soberano por medio del Excmo. señor Vertiz, virrey entonces en Buenos Aires.

(2) Condolido S. M. vino en concederle 600 reales anuales que se le daban por las Cajas de Buenos Aires tres plazos de 200 rs. cada uno.

(3) Determina acabar su vida en Buenos Aires.

(4) En este tiempo la llamó Dios para esposa suya en la religión del Cármen.

Pero no se resuelve, no, al instante
A seguir sus designios imprudente,
Conociendo que hay luz que aunque brillante
Ofuzca al corazón mas diligente.
En negocio tan arduo é interesante
A la oración recurre permanente,
Haciendo de su cuerpo un sacrificio
Al retiro, al ayuno y al cilicio. (1)

Al padre espiritual en fin recurre
Y éste le aprueba vocación tan clara, (2)
Y á pocos medios que el amor discurre
De Teresa el pensil se le prepara;
Se disipa uno ú otro que le ocurre
Inconveniente, que jamás pensára
Poder vencer, si en áspero camino
Su auxilio fuera menos que divino.

A Córdoba por último se escribe
Donde ardiente se mira de Teresa

---

(1) Procuró madurar su vocación sin participarla á persona alguna. Dióse al retiro en su casa, al silencio y abstracción de las gentes del siglo, á las mortificaciones penales, ayunos etc., hasta llegar al extremo de no tener cama en que dormir, ni usar camisa.

(2) Cuando ya pensó poner en práctica su vocación la consultó con su Padre Espiritual, que lo era entonces el R. M. P. Fr. José Tomás Ramírez del Orden de San Francisco, quien aprobó su resolución, después de ponderar maduramente todas sus circunstancias.

No tenía mucho que detenerse en pesar el espíritu de doña María quien la había dirigido tanto tiempo.

Sus manifiestas mortificaciones y extremado retiro deponían á su favor sin dejar lugar á la sospecha, además de que, desde su tierna edad dió indicios de esta vocación; porque habiéndola mandado su padre desde Porco á Potosí para que se criase con las monjas Teresas, no pudiendo lograrse el intento por ciertas circunstancias, se compuso ella secretamente con las monjas para entrarse al monasterio. En efecto, fué ella con sus hermanos ignorantes de su determinación; y abierta de intento la puerta por las monjas, se hubiera entrado, á no haberlo impedido sus hermanos, que con violencia y muchos esfuerzos tiraban de ella de la parte de afuera.

El animado espíritu, en que vive,
De su nuevo instituto la firmeza. (1)
Competencias venciendo, (2) al fin recibe
Aquel *sí* tan dichoso en que interesa
No menos que el sosiego que asegura
En dulces ócios, su inmortal ventura.

Al instante su viaje determina (3)
Y á Córdoba dirige fiel sus pasos,
De Teresa al convento se encamina
Y sin que nuevos obsten embarazos,
Se une á su esposo, con tan peregrina
Dulcísima adhesión entre sus brazos,
Que hasta hoy la admira superior desvelo
Muerta á la tierra, cuando viva al cielo. (4)

---

(1) El padre espiritual y ella escribieron á la Prelada del monasterio de carmelitas de Córdoba del Tucumán, y llegaron tan á buena sazón las cartas, que estuvo despachada á los ocho días de escritas en Buenos Aires. Porque el día 16 de Abril de 1789 salió de Buenos Aires el correo, y llegó el 24 del mismo, día en que se efectuó el despacho.

(2) Ocurrió en él una circunstancia digna de más que regular reflexión. Este monasterio de Teresas (en quienes se admira todo el espíritu de su Sta. Reformadora) tiene número señalado de religiosas, que es el de veintiuno. Solo había una vacante, y para ella estaba presentada una niña natural de Córdoba, parienta de los fundadores del monasterio, desde el 26 de Enero del mismo año. El mismo día 24 estaba citado el Dean y Cabildo para darle á la cordobesa la licencia para completar el número. A este tiempo se presentaron las citadas cartas con memorial de la madre Priora del monasterio; y dispuso Dios mover los ánimos de los señores del Cabildo, para que se le diese el lugar vaco, no á la cordobesa presentada, sino á doña María, que de nuevo ocurría desde tan lejos.

(3) Apenas recibieron las cartas de la madre Priora en las que llamaba con instancia á doña María, salió de Buenos Aires con su confesor (que recién electo Visitador General de su Provincia, pasaba á visitar su convento de Córdoba) y su tía doña Juana Ramírez, el día 6 de Agosto, y llegó el 7 de Setiembre. Se hospedó en el mismo monasterio, donde tomó el hábito de manos de su Confesor, llena de aclamaciones, con edificación de todo el pueblo, el día 20 del mismo mes, siendo su padrino el señor Marqués de Sobremonte, gobernador Intendente de la Provincia.

(4) Persevera hasta el día de hoy dando el mayor ejemplo de religiosa observancia á sus mas antíguas hermanas.

Pluguiera á Dios que en tan seguro puerto
Se encuentre siempre firme su confianza,
Y que en premio feliz de tanto acierto
Logre constante plácida bonanza!
¡Oh! en el inculto lóbrego desierto
Del mundo, gire norte su esperanza,
Y obtenga en gajes tan cabal victoria
Corona inmarcesible allá en la gloria.

POEMA *

QUE UN AMANTE DE LA PATRIA CONSAGRA AL SOLEMNE SORTEO CELEBRADO EN LA PLAZA MAYOR DE BUENOS AIRES, PARA LA LIBERTAD DE LOS ESCLAVOS QUE PELEARON EN SU DEFENSA.

Llegó el felice día,
Oh! pueblo á todas luces venturoso
En que la musa mia,
(Cediendo sus temores á su gozo)
Puede cantar tu triunfo, tu victoria,
Tu mas heróica acción, tu mayor gloria.

---

* Se publicó en hoja suelta el año 1807 por la Imprenta de los Niños Expósitos, sin firma de autor. Existe un original en la B. N. (Impreso No 3893) al pie del cual se ha escrito una nota que dice que: «se atribuye con fundamento á Fr. Cayetano.»

Don J. M. Gutierrez dice lo siguiente, en un ensayo titulado «Bibliografía de la primera imprenta de Buenos Aires, desde su fundación hasta el año 1810 inclusive», que publicó en la Rev. de Bs. As. (ver Tom. 9 pág. 640): «Este *poema* está escrito en estrofas regulares de á seis versos, y aunque

Para ceñir tus sienes
Esta piedra faltaba á tu corona.
!Oh pueblo! ya la tienes,
Y ella es sin duda la que mas te abona;
Pues al nombre de fiel y valeroso
El dictado te añade de piadoso.

Disfrutabas contento
De dulce paz, efecto de tu brazo,
Tu victorioso aliento
Te preparó morada en su regazo
Pero esta gloria fuera muy menguada,
Si tu piedad quedase desairada.

Tú, sin par generoso,
Por un rasgo de honor inimitable,

---

el autor quiso ocultar su nombre, dejóle traslucir en el estilo, en la tímida templanza de las imágenes, y en lo poco lleno del verso. Atribuíamos esta composición á Fr. Cayetano Rodriguez, antes de tener una prueba que da realidad á la sospecha.

Un testigo presencial de los hechos de aquella época en Buenos Aires, ha dejado una colección de impresos relativos á las invasiones inglesas, y en ella, al margen de un ejemplar de este poema, se lee la siguiente nota escrita de puño y letra del colector: «compuesto por Fray Cayetano Rodriguez.»

Este dignísimo varón, la flor del claustro, no se sintió inspirado por la victoria que costaba sangre, sino por la magnanimidad que desataba cadenas del pie del hombre esclavo. El negro devuelto á su dignidad y á la posesión de sí mismo, le conmovió como á cristiano y como á un amigo de la igualdad, y escondiéndose, como lo tuvo siempre de costumbre para obrar el bien, confortó la virtud pública, mostrando en sentidos versos toda la hermosura moral de que se vestía Buenos Aires rescatando á los desgraciados de la vergüenza de tener amos.

La aurora de la revolución baña ya con su luz azulada las estrofas del franciscano, como se nota en la siguiente del poema:

Jamás te ha amanecido
Buenos Aires feliz, más claro día,
Que aquel en que has sabido
Los llantos convertir en alegría,
A tantos redimiendo del pesado
Yugo de esclavitud que habian cargado.

Véase «Rev. del Río de la Plata» N° 22. Tom. 6, donde se dá una biografía completa de Fr. Cayetano y se transcribe la composición «El sueño de Eulalia cantado á Flora.»

Realzando lo piadoso
Te prestas á favor del miserable,
Dejando de algún modo satisfechos
De libre condición justos derechos.

Mas humano que aquella
Antigua Roma, la ciudad del mundo,
Tu honor piedades sella
Que te hacen el primero sin segundo;
Pues si Roma forjó cadenas tantas,
Tú, vencedor, con gloria las quebrantas.

No dicta sabia Atenas
Dictámenes mas bellos. Tu has formado,
De amor y piedad llenas,
Leyes que al oprimido han sublevado,
Consagrando á su alivio y su consuelo,
Tu gratitud, tus bienes y tu celo.

El secreto has hallado
De aumentarte celosos defensores,
Pues también has pagado
De su inculto valor raros primores.
Ni saben cual es más al mejorarlos,
Si haberte libertado ó libertarlos.

No gima ya la triste
Humilde condición del miserable,
Pues que desde hoy ya viste
Librea nueva, de honor mas respetable.
A su heróico valor se lo ha debido,
Y á tu piedad, ¡oh pueblo agradecido!

Jamás te ha amanecido,
Buenos Aires feliz, mas claro día,
Que aquel en que has sabido
Los llantos convertir en alegría,
A tantos redimiendo del pesado
Yugo de esclavitud que habían cargado.

Esta acción te coloca
Al lado de Mentor, del sabio Minos:
Como á ellos dar te toca
De gobierno dictámenes divinos:
Pues es menos vencer, puesto en partido,
Que premios saber dar al que ha vencido.

Doquiera que el sol luce,
Y de esta noble acción se haga memoria,
Al punto se trasluce,
Tu fama, tu piedad, tu honor, tu gloria;
Y envueltas quedan en conceptos vagos
Las Espartas, las Romas, las Cartagos.

No ya solemnes vivas
Escuches de los pueblos mas lejanos,
Ni plácemes recibas,
Porque heróico venciste á los britanos:
Que más gloria te da lo generoso,
Que la nota de invicto ó victorioso.

En tu intrépido aliento
De Sagunto y Numancia copia fuiste,
Y quizá algún momento,

Tan valientes excesos excediste;
Mas, en premiar del pobre el heroismo,
Eres ejemplo, copia de tí mismo.

Aunque te son debidas,
Están demás columnas é inscripciones:
Que están bien esculpidas
En el alma de todos tus acciones;
Pero ésta solo erige un monumento,
Que por único y raro es un portento.

Si á la par de tu anhelo
Acreciera tu haber hasta lo inmenso,
Ejercicio tu celo
Hallará en tus piedades mas extenso.
¡Y qué fuera, si fuera tu tesoro
El encantado vellocino de oro!

Tanta piedad consuela
A quién el hado barajó la suerte,
Y fino se desvela
Por motivo mas noble en defenderte;
Reputando quizá yugo suave
El que antes soportó molesto y grave.

Esto hace tu decoro,
¡Oh pueblo fiel! y acción de tanto grado
Es la manzana de oro,
Que te hará en ambos mundos envidiado;
Ni será la discordia por ganarte,
Si, por tener la gloria de imitarte.

Del Argentino río
Las aguas publicaron tu victoria;
Pero á esta acción le fío
Que eternice en el globo tu memoria:
Asi resonará de polo á polo
Con crédito inmortal tu nombre solo.

¡Oh! quiera grato el cielo
Impartir premios con benigna mano,
Dando á tu heróico celo
Guirnalda eterna, premio soberano,
Porque una acción que en sí todas encierra,
Recompensa no tiene acá en la tierra.

Entretanto, recibe
El aplauso común, pues él te aclama:
Feliz, descansa y vive
En brazos del honor y de la fama,
Y sea tu nombre célebre y famoso,
El pueblo fiel, valiente y generoso.

SONETO *

(INÉDITO)

Á UN VIEJO CON MOTIVO DE UNA ERUPCIÓN ESPANTOSA EN LA CABEZA

¿En que consiste amigo, en que consiste
Lo fecundo y feraz de tu cabeza,
Que aunque anciana, con garbo y gentileza
Cual nueva vid de pámpanos se viste?

¿Dónde tan fértil jugo recibiste
Que en llenarte de frutos se interesa,
Y en tu calvicie estéril, allí expresa
Los verdores de antaño en que viviste?

De dónde brotes tales, tan extraños?
De dónde una erupción tan portentosa
En el seco período de tres años?

¡Válgame Dios! ¿Diré la cosi-cosa?
De que eres palma macho en primavera,
Que nunca frutos da sin compañera.

* Copiado del manuscrito autógrafo de D. J. M. Gutiérrez, núm. 58 del catálogo de sus obras existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

SONETO *

(INÉDITO)

AL MISMO VIEJO, DESENGAÑÁNDOLO DE QUE NO ERA EL AUTOR DEL ANTERIOR SONETO EL QUE ÉL PENSABA

No mi amigo Rivera, no; te engañas
Cuando las culpas á fulano echaste;
Por esta vez en tu concepto erraste,
No tiene el pobre, no, tan malas mañas.

Es otro que te estudia las entrañas,
Y en el que tú sin duda no pensaste,
Con quien la pava alguna vez pelaste,
Que está en el pormenor de tus marañas.

¿Lo conoces ahora, lo conoces?
¿No lo divisas aún por estas señas?
¿Quieres que te lo grite y diga á voces?

Va una seña mortal, ya que te empeñas:
Es otra palma macho que quisiera
Hacer suya tu palma compañera.

* Copiado de un manuscrito autógrafo de D. J. M. Gutiérrez, núm. 58 del catálogo de sus obras existentes en la Biblioteca del Senado Nacional.

SONETO *

Á UNA MOZA MUY HABLATIVA

Asombrado me tiene, Pancha mía,
Tu charlar eterno y portentoso,
Ese habladero cruel, tan afanoso
Que toca en los extremos de manía.

Hablas, mi Pancha, hablas noche y día,
Ora agitada estés, ora en reposo;
Así tu labio nunca está mohoso,
Y tu lengua jamás con perlesía.

¡Prodigioso charlar! Si la escultura
El busto de un locuaz hacer quisiera,
Que original mejor que tu figura?

Entonces, con asombro el mundo viera,
Que hasta el sólido mármol, ¡cosa rara!
Por ser tu copia, sin cesar charlara.

---

* Copiado de un manuscrito de D. J. M. Gutiérrez, núm. 58 del catálogo de sus obras existentes en la Biblioteca del Senado Nacional.

SONETO *

Á LA DIGNA MEMORIA DEL DR. D. MARIANO MORENO

Arrebató la parca... (parca fiera,
Del joven más cabal vil homicida!)
Cortó el hilo dorado de una vida
Que su guadaña respetar debiera.

La negra envidia. Cielos quien pudiera
Una mano cortar tan fementida!
A la patria ha inferido horrenda herida
Que el rival más rival no la infiriera.

Oh tú! que amante de tu patria aspiras
A hacer faustos sus hados, rinde honores
Al joven héroe que ya el orbe aclama.

Si la espada le ha dado defensores,
Del cañón de su pluma (oh pluma!) admiras
Vivo fuego brotar que los inflama.

---

* Este soneto está en la Lira Argentina, pág. 33 sin firma. No está en la Colección de Poesías Patrióticas. En el tomito manuscrito de las poesías de Fr. Cayetano, recopiladas por D. J. M. Gutiérrez, se le ha incluído, pero tiene la siguiente nota : «Se atribuye esta poesía á Fr. Cayetano Rodríguez. Por temor de Saavedra no pudo imprimirse por entonces, mas después de la caida de éste, fué publicada con otras poesías dedicadas *á la memoria del Dr. D. Mariano Moreno*, y se hallan en la obra interesante titulada *Lira Argentina*. (1)

(1) Prefacio del Editor de la *Colección de arengas en el foro y escritos* del Dr. D. Mariano Moreno.

EL ANZUELO *

A las orillas del mar
Ví á Lice pescando un día,
Sin que ayudarla á pescar
Pudiera la suerte mía.
Yo, por cierto dudaría,
Según mis inclinaciones,
Si en las dulces variaciones
Conque el anzuelo arrojaba,
Acaso peces pescaba,
O pescaba corazones.

A UN SUSPIRO **

(INÉDITO)

(IMPROVISACIÓN)

¡Ay suspiro, solo vos,
Como que del alma sales,
Sabes los acerbos males
Que padecemos los dos!

---

* Copiada del tomito de poesías manuscrito por D. J. M. Guriérrez, titulado: «Algunas poesías del R. P. Fr. C. J. Rodríguez», núm. 58 del catálogo de sus obras existentes en la Biblioteca del Senado Nacional.

Tiene una nota que dice que fué publicado por primera vez en el periódico «La brisa» único número del 4 de Setiembre de 1852.

Fué reproducido despuésen «El Plata Científico y Literario» Tom. IV página 155.

En el tomo de «Opúsculos» 1807-1862 D. J. M. Gutiérrez menciona una nota puesta por D. Vicente F. López en un cuaderno de apuntes, de su puño y letra, que dice que: esta poesía fué escrita á instancia del célebre oficial real Casamayor, con destino á la Sra. Da María del Rosario Belgrano (entonces joven), que pescaba en el río, delante de la chacra de Medrano, en la costa.

** Copiado del manuscristo de D. J. M. Gutiérrez, núm. 58 del catálogo de sus obras existente en la Biblioteca Nacional.

SONETO *

Á UNA JOVEN HÁBIL EN LA MÚSICA

(INÉDITO)

Tocas tan suavemente el forte-piano,
Bella Vicenta, por felice suerte,
Que deja el instrumento de ser fuerte
Cuando se pulsa por tu diestra mano.

Acreedora te has hecho muy temprano
A aquellos premios que has de merecerte,
Si por tu aplicación llegas á verte
En la cumbre del arte soberano.

Sigas, oh joven, en tan dulce empleo,
Para envidia mortal de quien te admíra
Y estímulo tenaz de su deseo.

Que si tu empeño tan dichoso gira
Que á ser maestra te eleva según creo,
Aufión colgará su dulce lira.

* Copiado del tomito m. s. de Dn. J. M. G. No. 58 del catálogo de sus obras existente en la Bibl. del Sen. Nac.

AL RIO DE LA PLATA *

Sagrado río, émulo glorioso
Del vasto mar en donde te sepultas,
Piélago dulce que soberbio insultas
Al piélago salobre y espumoso.

Argentino raudal, que presuroso
Derramando riquezas que en tí ocultas,
Giras en ondas que erizado abultas
Y nuestras playas bañas majestuoso.

Corre, no te detengas, y en llegando
Del hondo mar á la suprema altura,
A sus vivientes con murmurio blando

Cuenta mi mal, mi pena y desventura,
Y cuéntalo á sus aguas, protestando
Que más que su amargor, es mi amargura.

* Se publicó por primera vez en el periódico «La brisa» el año 1852. Lo copio del m. s. de D. J. M. G. «Poesías de Fr. C. J. Rodríguez», N.° 58 del catálogo de sus obras existentes en la Bibl. del Sen. Nac.

EL ESCARMIENTO *

(INÉDITO)

Amable soledad, ¡ay! suspirada
De un corazón de amor esclavizado,
Asilo fué de un pecho atribulado
Dulce descanso, áncora sagrada.

Anhela por tí un alma que cansada
De sufrir los reveses de su hado,
Arrepentida está de haber amado,
Como de haber amado escarmentada.

Y tú, tirano amor, basta, no intentes
Eternizar mi pena y mi quebranto:
Déjame respirar libre: no cuentes

Con quien por tí ¡infeliz! padece tanto,
Y no quieras que arroje en dos torrentes
Desleído el corazón en triste llanto.

---

* Lo copio del m. s. de Dn. J. M. G. «Poesías de Fr. C. J. Rodríguez» N.° 58 del cat. de sus obs. en la Bibl. del Sen. Nal.

CONSEJO Á LA MADRE ESPAÑA *

¡Nueva feliz! Península quejosa,
Nobles hijos del trueno, ¡feliz nueva!
Vuestra felicidad desde hoy se eleva
A una altura gigante y prodigiosa.

«La América, decís, es ominosa
A nuestra población: ella nos lleva
Nuestros hijos»..... Callad, nadie se mueva,
Vuestra generación ya en paz reposa.

Creced, multiplicad, llenad el suelo
Que en suerte os ha tocado. El gran Neptuno
Por mares nos divide. Quiera el cielo

Daros por su bondad ciento por uno;
Y que sea, en vuestro bien, tal vuestro celo,
Que no dejeis pasar aquí á ninguno.

---

* Lo copio del m. s. de Dn. J. M. G. cit.
El P. Fray P. Otero ha publicado este soneto formando parte de una composición de 5 sonetos que se supone hecha en 1810.

CONVITE UNIVERSAL *

(INÉDITO)

Oh de la libertad sabios amantes
Que anhelando vivis don tan precioso,
Venid del Sud al hemisfério hermoso
Do moran tus alumnos mas constantes.

No más correr el vasto globo errantes,
Fijad destino. Nunca más glorioso
Que en el bello país donde en reposo
Respiran libres ya sus habitantes.

Hoy el Sud os convida. El ha quebrado
El ominoso yugo que oprimía
El cuello americano. El ha jurado

Ser libre ó no existir en este día.
Venid todos, venid. Nada es vedado
A los que odian como él la tiranía.

* Copiado de M. S. cit. de Dn. J. M. G. Tiene una nota al pié, del mismo Sr. Gutiérrez, que dice que, probablemente este soneto fué escrito el año 1816, con motivo de la declaración de la independencia.

A LA CIUDAD DE BUENOS AIRES *

Buenos Aires feliz fuiste algún día,
Mil laureles tus sienes coronaron,
Las naciones que absortas te miraron
Emularon tus glorias á porfía.

Viste nacer el sol. ¡Con qué alegría!
Sus luces tu valor preconizaron,
Y con puros destellos celebraron
La muerte de la atroz, cruel tiranía.

Mas ¡ay de tí, infelice! Se ha volcado
Para tu mal, el carro de tus glorias;
El sol antes risueño se ha enlutado.

Los viles sobre tí cantan victorias,
Y por despojos solo te han quedado
De tu antiguo esplendor tristes memorias.

---

* Cop. del tomo m. s. de Dn. J. M. G. quien lo copió del original autógrafo, y dice haber sido compuesto el año 1820.

AL PARTIR DE BUENOS AIRES Á TUCUMÁN *

La ausencia de mi amor, mi bien, mi encanto,
Apenas deja aliento al pecho mío,
Apenas deja acción á mi albedrío
Para poner represas á mi llanto.

Las sombras cubren con su negro manto
Mi mustio corazón pálido y frío,
Un humor melancólico y sombrio
En el país me coloca del espanto.

Huye de mí la paz, huye el consuelo,
Huye la dulce y apacible calma;
Todo es llanto, dolor, angustia y duelo.

Perdió al fin el amor (¡oh amor!) la palma,
¿Y, porqué tal contraste justo cielo?
Porque me voy, y se me queda el alma.

---

* Lo copio del vol. de poesías de Fr. Cayetano, m. s. del señor don J. M. Gutiérrez, No. 58 cit.
En la recopilación de las poesías del P. Rodríguez hecha por su hermano en religión, Fr. Pacífico Otero, se ha incluído también este soneto (pág. 120), pero se ha alterado el primero y el último verso. Como la fuente de donde Fr. P. Otero lo hubo, es la misma de donde nosotros lo tomamos, podemos asegurar que la variante es apócrifa.

AL PODER EXTRAORDINARIO DE UNA JOVEN *

(INÉDITO)

No se que don, Mauricia, en alto grado
Tienes de enamorar hacia lo lejos,
Y hacer reverdecer á los añejos
A quienes ya el vivir les es pesado.

Esto en buen castellano y bien parlado,
Se llama prender fuego en leños viejos,
Y con cuatro posturas y gracejos
Hacer que hierva el mar estando helado.

¡Estupendo poder! Pero lo tienes,
Mauricia, por virtud desconocida;
Y si á lo lejos tal volcan previenes

Que hasta á los viejos tu calor da vida,
¡Ay de aquel que se acerque! Me persuado
Que con tu vista morirá abrasado.

---

* Cop. del vol. m. s. de don J. M. G. No. 58 cit.

Á UN ATROZ MURMURANTE *

Moldes, joven procaz, desvanecido
Narciso, de tí mismo enamorado,
Joven mordaz, de labio envenenado,
Enemigo del hombre decidido.

Caco desvergonzado y atrevido,
Ladrón de famas, genio preparado
A tirar piedras á mejor tejado,
Siendo el tuyo de vidrio percudido.

Víbora de morder nunca cansada,
Sanguijuela de sangre humana henchida,
Espada para herir siempre afilada.

Sabe que una cuestión hay muy reñida,
(De tu alma negra claro testimonio):
¿Cuál de los dos es peor, tú ó el demonio?

* Cop. del tomo m. s. del señor J. M. G. cit.
En la recopilación del P. Fr. P. Otero, está incluído este soneto en la pág. 122, con el título «A Moldes», no dándose razón del cambio.

Á UNA ESCAPADA FELIZ *

(INÉDITO)

Al fin, Crisanta bella, al fin saliste
A la plaza de amor engalanada,
Y entre quiero y no quiero ser pillada,
Por un casual traspiés, casi lo fuiste.

Muy cerquita de tí ya al toro viste,
Que por un tris te pega una cornada;
Pero tú le jugaste una capeada
Y de sus embestidas te reiste.

Cantaste el triunfo ufana, sí, cantaste,
De un toro que otra vez batirte espera;
Pero si la primera le capeaste

La segunda será cual la primera:
Pues hacen ver los lances que jugaste,
Que naciste ¡qué horror! para torera.

---

* Cop. del vol. m. s. de don J. M. G. No. 58 cit. de la Biblioteca del Senado Nacional.

SONETO *

En llanto amargo América gemía
Bajo opresores grillos agobiada,
Sujeta, oh Dios, á venerar postrada
Los tiránicos golpes que sufría.

Su dolor al Olimpo enternecía,
Mas el ibero, con injusta espada,
La libertad le niega suspirada
Por sostener su orgullo y tiranía.

¡ Oh duro estado! Mas, llegó el momento
Y día *Veinte y cinco* reservado,
En que cayó de un golpe aquel cimiento

Que al despotismo tuvo entronizado,
Y en que la Libertad subió á su asiento
Y á un trono por tres siglos usurpado.

---

* Está en la Lira Argentina, pág. 30. Con otro soneto más, que es inferior á este, y allí se dice que ambos se pusieron en dos grandes targetas al frente de la Recoba, el año 1812.

No está en la Colección.

El señor Reynal O'Connor en su obra «Los Poetas Argentinos» T. I. pág. 353, lo trae con algunas alteraciones.

SONETOS

AL QUE DESMAYA EN NUESTRO SISTEMA POR LOS CONTRASTES QUE HA PADECIDO *

I

¿Del gran sistema la contraria suerte
Tanto te sobrecoge y te intimida?
¿Más que la libertad amas la vida?
¿Eliges la cadena, y no la muerte?

El contraste no aflije al varón fuerte;
El á mayor peligro le convida:
Dijo perezca el cruel, y no trepida;
Y en león libio, en furia se convierte.

Su sangre á borbotones mancha el suelo:
El la mira, y el pecho se le inflama,
Y allí su atropellar, allí su anhelo.

Al espirar á sus amigos llama,
Y despreciando tan funesto duelo
Himnos entona que admiró la fama.

* Está en la Lira Argentina, pág. 67, sin firma.

II

¿Tú, lleno de pavor pasas el día
Los males de tu patria contemplando,
Y huyendo de un amigo al ruego blando
Buscas ansioso la melancolía?

¿Que hiciste, infeliz hombre, tu alegría,
Los grillos al romper? ¿á dó temblando
Llevas la planta con tu sombra hablando?
¡Infeliz patria si de tí confía!

Húndete miserable; á tus hermanos
Devuélveles tu mal ceñida espada,
No la profanen tus cobardes manos.

La augusta libertad con faz airada
Te apartará de sus americanos,
Y en su templo jamás tendrás entrada. (1)

(1) Está en la Lira Argentina, pág. 67, sin firma.

AL SEÑOR DON CARLOS MARÍA DE ALVEAR

POR SU JORNADA EN MONTEVIDEO

SONETO *

Lo arduo de la acción mas peligrosa
Que en el teatro de Marte se contiene,
El heróico ardimiento no detiene
Del general, ni su legión honrosa.

A conseguir la hazaña más gloriosa
Que en ambos mundos la memoria obtiene,
El la estimula. Decidida viene
A su voz, cual trueno poderosa.

Al uno, á la otra el heroismo anima,
Y el ardor de su pecho prevenido
A la plaza se avanzan con presteza.

A su presencia el enemigo erguido
Trepida, se confunde, desanima,
Y plaza, y todo, de la patria es presa.

* Está en la Lira Argentina, pág. 34, sin firma. No está en la Colección.

LLANTO DE PEZUELA *

Recostado en un sofá
Con la mano en la mejilla,
En acción de quien se humilla
O que ya humillado está,
Pezuela, viendo que ya,
Su gloria se va eclipsando,
Sentidos ayes lanzando,
Indices de su tormento,
Su apurado sentimiento
Así desahoga llorando:

Ay de mí! ya no puedo
Con mi suerte infelice,
Que en muda voz me dice:
Visir vas á espirar;
Es llegada tu hora,
Gime, suspira y llora.
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Cruelmente atormentado
De tristes pensamientos,
Y de presentimientos,
De un mal que ha de llegar;

Cop. del tom. m. s. de D. J. M. G., existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

Sí, lloro sin consuelo
Viendo contra mi el cielo:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Un nuevo teatro se abre
En que se representa
La tragedia violenta
Que yo debo esperar;
Para mi ya no hay gusto,
Todo es pesar y susto:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Los fundamentos todos
De mi imperio vacilan,
Mis fuerzas se aniquilan
Por tierra y por el mar.
Todo, en fin, se aparta
De una manera ingrata:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Sobre mí está pendiente
La americana espada,
Tiempo ha desenvainada
Y amagando cortar;
¡Ay! de mi vida el hilo
Está bajo su filo:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

A la raíz del árbol
La segur está puesta.
¡Pobre de mí! ¿qué resta?....
El golpe descargar.
¡Oh golpe duro y fiero!
Sin remedio lo espero:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Aquel marcial aliento
Que animaba mi pecho,
¡Cielos! á mi despecho
Me quiere abandonar.
Desfallezco mirando
Que el fin se va acercando:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

¡Que trueque! me acongoja
La punzante memoria
De mi pasada gloria,
Con angustia y pesar.
Mi soberbia abatida
Acibara mi vida.
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

¿Quien á Pezuela pudo
Con su espada imponer?
¿Quien se pudo atrever
En su presencia á hablar?

Mas ¡ay! llegó el momento
En que esto experimento:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Quienes (dicen), nacieron
Para viles esclavos,
Ya atrevidos y bravos
Me atacan sin cesar.
Todo á su brazo cede,
Todo su valor puede:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

El argentino tiende
Redes, astuto y vivo,
Naturalmente activo
Y emprendedor sin par.
Sin duda soy la presa
Primera en que interesa:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Con astucia indecible,
Introduce en mi seno,
Un oculto veneno
Que me ha de emponzoñar.
Sus síntomas presiento
En mi cruel desaliento:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

En la llama que activa
Su incesante desvelo
Justamente recelo
Que al fin me ha de abrasar.
Las aguas de mi llanto
No apagan fuego tanto:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

¡Oh argentino! sufriste
El sarcasmo atrevido,
Que al mundo habias nacido
Tan solo á vegetar.
Ya el insulto castigas,
Y lo harás mientras vivas:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Mas, no del argentino,
De tí Lima, incidiosa,
Me quejo, pues mañosa
Me intentas destronar.
En tu seno se abriga
La mas funesta liga:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Pensé fueses la egida
De mi tenaz defensa;
Pero ¡ay! del que en ti piensa
Su pecho abroquelar;

Presto será vendido
Como tiempo ha lo he sido:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

¡Justo cielo! ¿á que trance
Tu rigor me destina?
¿Que cáliz me propina
Que yo debo apurar?
Sin duda injusto he sido,
Gran culpa he cometido:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

¡Oh Fortuna voltaria!
Como has abandonado
A quien ha degollado
Víctimas en tu altar?
Insensibles á mi quejas
En el ahogo me dejas:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

En tu honor he cantado
Triunfos á la victoria:
¡Oh funesta memoria!
¡Oh lúgubre cantar!
Fué anuncio, dura pena,
De mi trágica escena:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Chacabuco .... ¡que nombre!
El eco me atormenta.
¡Oh pérdida sin cuenta
Que no he de reparar!
Fortuna, te aburriste
De dar favor á un triste;
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

En Maipo mi esperanza
De un golpe feneció;
Ninguna me quedó
De volver á triunfar.
¡Llanos infortunados,
Para mi mal pisados!
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Así los elementos
Contra mí se conjuran,
Y por los dioses juran
Mi imperio aniquilar.
Decretan mi castigo
A par de mi enemigo:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Ayohuma, Vilcapugio,
¿No os acordais de mí?
Si gané, ya perdí
Para nunca ganar:

Ingrato y duro el hado
Mi ruina ha decretado.
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

De allí volví triunfante,
De laurel coronado,
A Scipión comparado:
Que mas podía desear?
Todo fué encantamiento;
Prestigio de un momento;
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Hijo de la victoria
A una voz me aclamaron;
Lisonjeros gritaron:
El nos debe mandar.
Hoy gritan: muera, muera,
El que mandarnos quiera.
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Muera pues, si no es otro
El signo de mi suerte;
Muera, si con mi muerte
La furia ha de calmar.
¡Oh Lima! así lo clamas;
A los rebeldes llamas:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Que vengan y consumen
El sacrificio incruento
Que de mi sentimiento
Les quiero consagrar.
Venid que os es llegado
El momento deseado,
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Aunque anegado en llanto
Vuelvo mis tristes ojos
A los ricos despojos
Que voy á abandonar,
Su vista me atormenta
Y mi llanto se aumenta:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Lloraré sin consuelo,
Lloraré mi vergüenza,
Pues cuando España piensa
Por mis armas triunfar,
Ve que fueron fallidas
Mis astutas medidas:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

¡Oh Justicia! tu peso
Inclinó la balanza,
Que una injusta pujanza
No dejaba inclinar;

Vuelve con noble empeño
La América á su dueño:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Tiempo es de confesarlo:
Injusticias, violencias,
Forzadas obediencias
¿En qué habían de parar?
El cielo fiel testigo,
Al fin mandó el castigo.
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Este inocente suelo
Tiranamente hollado
El término ha tocado
De tanto suspirar.
¿Había de ser eterno
Su duro, cruel invierno?
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

¡Oh España! y aun persistes
En tu tenaz encono?
¿Aun intenta tu trono
El Sud avasallar?
¡Oh más que loco intento!
¡Oh estulto pensamiento!
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

¡Ah! ¿la América acaso,
Aunque tres siglos cuenta,
Su conquista sangrienta
Ha podido olvidar?
Mira con duro ceño
A tan tirano dueño:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

No existirá primero
Que dejarte aunque quieras,
Tus altivas banderas
En el Sud tremolar.
Si es que al fin la dominas
Dominarás sus ruinas:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Muy cara le has vendido
La fé que le trajiste
Pues tu logro quisiste
De su fé reportar.
Tan infernal codicia
Clama al cielo justicia.
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Llegó pues el momento,
Se trocaron los hados,
Los que estaban hollados
Hoy aspirar á hollar.

Los amos obedezcan,
Humillense ó perezcan,
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Maldito sea mil veces
El español desgreño,
Y el malicioso empeño
De así tiranizar.
La patria escarnecida
Pagado ha su pecado:
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

En este agrio conflicto,
En este vil estado
Abatido y vejado,
¿Qué le resta? Llorar.
Pues llore inconsolable
Su mal irremediable.
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

Le acompaño en su llanto
Y á más la venia pido
A tantos que he inferido
El último pesar.
Pagaré con mi vida
Tan enorme partida.
¿Y yo, orgulloso y vano
Aun pienso dominar?

En la losa que cubra
A mi cadáver frío,
Para deshonor mío
Con sangre han de grabar,
Este epitafio horrible,
Que me haga aborrecible,
Pues quien tanto mal hizo
Así debe pagar:

INSCRIPCIÓN SEPULCRAL

Bajo esta losa fría
En podre y gusanos se aposenta
Pezuela, á quien venía
Angosto el globo, y más, según su cuenta.
Si vive más, revienta
De un acceso de rabia acometido,
Porque al fin no ha podido,
Atar al carro de su gloria vana
A la noble nación Americana.
Hizo cuanto mal pudo, y más no hizo
Porque no pudo más, aunque más quiso.
Sus manos homicidas
Sacrificaron mil preciosas vidas;
Sanguinario por génio, regó el suelo
De sangre humana. Lo perdone el cielo,
O venga sobre su alma la inocente
Sangre que hizo verter impunemente:
Descanse en esta fosa
Y en el Sud sea su memoria odiosa.

EL SUEÑO DE EULADIA

CONTADO Á FLORA *

Amiga, ya no puedo, ni es posible
Calmar mis inquietudes,
Y será muy factible
Que si á mi corazón pronto no acudes,
El desfallezca, al fin, sobrecogido
De un pavoroso sueño que he tenido.

—Amiga, dime, ¿qué te ha sucedido?
—Sabe Flora, del alma,
Que cierta noche de un alegre día,
Cuando en la dulce calma
De un suave sueño plácida yacía,
De repente me ví, ¡más, con que susto!
Ante el solio real de Jove augusto.

Atónita quedé, pasmada, yerta,
Y perdido el aliento;
Por instantes pensé mi muerte cierta,
Y hasta ahora, amiga, siento
Un *no se qué*, que el alma me devora.
¡Ay! no quiero acordarme, amada Flora!

No me es dado el pintarte
El rostro airado de aquel dios severo,
Ni sabré ponderarte

* Fué publicado por primera vez por Dn. J. M. Gutiérrez, en la Revista del Río de la Plata. Vol. 6, pg. 175.

Sus miradas de horror, su ceño fiero;
Solo puedo decirte que sus ojos
Eran un Etna que vibraba enojos.

Lo miré, me miraba de hito en hito,
Y cuando pensé menos,
Dió un penetrante y majestuoso grito,
Que resonó en los senos
Profundos del abismo, y salió luego
Un otro que él, brotando vivo fuego.

Era el tal un testigo
De mis obras, palabras, pensamientos,
Y el mas crudo enemigo
De nuestros consabidos sentimientos.
Te acuerdas, Flora? ¡Oh mal haya sea!
¡Cuanto me amarga tan funesta idea!

He aquí, dijo Plutón, ¡Oh padre augusto
De los dioses! la sabia
(Y se precia de tal) que tiene el gusto
De desplegar su labia
En público atentando y en secreto
Contra tu liberal justo decreto.

Tú desde el alto cielo,
Tus ojos inclinaste compasivo
Al vespuciano suelo.
Sensible á su clamor doliente y vivo,
Dijiste en tono grave é imponente:
¡Libres, hijos del sol, eternamente!

Lo dijiste, y el dios que en paz domina
La extensión de los mares,
A tu voz elocuente determina,
A pesar de pesares,
Formar del golfo con su gran tridente
Muro de división de gente á gente.

El astro luminoso
Que con sus luces baña aqueste suelo,
Ve derramado el gozo
Sobre su hermosa faz. Un nuevo cielo
Cubre sus habitantes, y á porfía
Himnos te cantan, Jove, noche y día.

Solo el sexo bello..... ¡quien creyera!
Hay sirtes peligrosos
En que encalla la suerte lisonjera;
Hay genios escabrosos,
Hay corazones que resisten vanos
El bien que has dispensado á los humanos.

Hay astutas Pándoras
Que pérfidas derraman el veneno,
Y á la patria traidoras
Infestan con su aliento el propio seno.
Castiga ¡oh Jove! vibra un rayo activo
Que las hiera de muerte en lo más vivo.

Así dijo Plutón. No sé, mi Flora,
Si Júpiter airado
El rayo disparó, ni puedo ahora

Contar lo que ha pasado,
Apenas sé, ni sé, si es cosa cierta,
Que caí desmayada y casi muerta.

En este parasismo
Quedó despierto el interior sentido.
¡Ay mi amiga! en que abismo
De confusión y horrores sumergido
Sentí mi corazón. ¡Qué especies, Flora,
Ocurrieron al alma en aquella hora!

Cuantas (¡con qué placer!) conversaciones
Tuvimos, Flora mía,
En que con mil y mil y más razones
(De nuestra fantasía)
Burlamos el sistema,
Dándole el nombre de *locura* y *tema*.

Cuantas burlas y apodos,
Poseídas del furor más insolente,
Hicimos por mil modos,
Más de una vez á la patricia gente;
Llamándolos criollos, carniceros,
Indecentes, canallas, cuchilleros.

Cuantos, te acordarás, cuantos deseos
De ver entre *dos palos*,
A aquellos consabidos fariseos,
A aquellos hombres malos.....
Tú me entiendes. ¡Oh, que amarga historia!
Todo, amiga, me vino á la memoria.

Así estaba esperando
Entre crueles síntomas de muerte,
Mi último fallo, cuando
Atentó decir Plutón mi suerte:
Sepultémosla, dijo, en el Leteo
Donde perezcan ella y su deseo.

No, no, — repuso Jove, en tono grave.
— ¿Como ha de sepultarse
En olvido un delito que no cabe.....
Ni aún puede imaginarse?
Aquel que de su patria es enemigo
Dcbe sobrevivir á su castigo.

Pudiera con un rayo
Reducirla á ceniza en un momento;
Pero, válgale Mayo,
Válgale ser mujer, y que es mi intento
De tal modo aplicarle penitencia
Que sea víctima cruel de su conciencia.

Será pues, mi decreto irrevocable
Para eterno escarmiento,
Antes que castigarla á fuego ó sable,
Entregarla al momento
A los muchachos; ellos darán cuenta
De su bulto, de modo que lo sienta.

¡Muchachos, — dijo, ¡ay Flora!
Humillante invención, palabra impura!
¡Muchachos!..... Hasta ahora

No se ha impuesto á mujer pena más dura.
Pensé que el orbe todo se venía
Sobre mí y que el alma me oprimía.

Aunque exámine al golpe de la pena,
Volví á Jove los ojos:
(¡Ojalá hubiera sido en hora buena!)
Queriendo á sus enojos
Poner calma, ¡oh amiga! ¡Que esperanza!
En el fallo de Jove no hay mudanza.

—¡A los muchachos!—repitió imperioso
—Se entregue luego, luego:
Ellos pondrán al claro, sin rebozo,
El desenfreno ciego
Con que insultó á su patria. Cruel, ingrata,
A burlas muera quien á burlas mata.

—Mi Flora, no quisiera
Lo que siguió á esta escena referirte.
¡Cielos quien me dijera!
Mas, ¿cómo he de callar? No he de decirte
La historia de mi mal? Oye mi cuento,
Te servirá siquiera de escarmiento.

Habló imperioso Jove, y al instante
Una chusma atrevida
De muchachos se puso por delante:
Quedé despavorida,
Pues después de una lluvia que da el cielo
No tantas sabandijas brota el suelo.

¡Aquí de mis trabajos!
¡Aquí mis ansias y sudores fríos!
¡Ay de mí! ¿son tan bajos
(Para mí dije) los principios míos?
¿Tan poco por mi sangre se me debe,
Que me hacen el trompillo de esta plebe?

Así fué, Flora. ¿Quienes más bribones?
Me prenden, me rodean,
Me dan mil indiscretos empujones,
Me urgan, me manosean.....
O vergüenza, ó pudor, ó mi decoro!.....
La tragedia fué en sueño y aún la lloro.

En seguida una danza
Arman al rededor.... ¡danza maldita!
Cuanto su voz alcanza
Mueven el aire con inmensa grita,
Y repiten ¡oh Dios! á boca llena:
Muera la picarona sarracena.

En un papel de estraza despreciable,
Para hacer mi pudor más espectable,
Mi agravio más sensible,
Escribieron un rótulo indecente
Que luego lo fijaron en mi frente.

Decía: Alerta, alerta.
¡Bomba! Aquí va la gran criollaza
En europea injerta,
Que reniega impaciente de su raza

Y que quiere antes ser sucia gallega
Que criolla con honor, casa y talega.

Luego pusieron en mi diestra mano,
Una caña nudosa
Con un cuerno en la punta liso y llano.
¡Divisa vergonzosa!
Sufrí el insulto, ví la picardía.....
Sabes que no soy tonta, amiga mía.

No fué esto solamente:
Mi humillación subió mas alto punto,
Que no fué otro, no, según barrunto,
Que aquel... aquel.... amiga, no lo nombro;
Te ha de causar su atrevimiento asombro.

Se llegó á mí este vil, pillo, indecente,
Cuando más angustiada,
Y á la vista (oh pudor) de tante gente,
Como si no hiciera nada
Me alzó por la trasera la camisa,
Me hizo tres muecas y soltó la risa.

Contempla mi figura,
Amada Flora mía; con un lema
De expresión la más dura
Que adversa me publica al gran sistema,
Una caña y un cuerno por divisa,
¡Y por detrás alzada la camisa!

¿No es buena perspectiva? Así en volandas
Entre inmensa algazara,

Me llevan por las calles como en andas:
Santa con duple cara,
Una llena de angustia, llanto y pena;
Otra de infame desvergüenza llena.

En cada esquina..... ¡crueles!
Hacen alto, y allí más y más gentes;
Y á la decencia infieles,
Mil cantares y apodos insolentes
Me echan en rostro como está de moda:
¡Gallega; loca; sarracena; goda!

Al fin llegué con todos..... ¡Qué cansada!
A la erguida columna
De todos los patriotas celebrada;
Allí otra vez, á una, gritan: muera,
Muera la sarracena,
O eche un «¡Viva la patria!» aunque no quiera.

Esto es, tras de cornuda
Apaleada.... ¿Qué tal, amiga Flora?
— Malo, Eulalia, sí muda;
Y peor hablando. Oh maldita hora,
En que ocupé millares de momentos
En callar y en hablar mis sentimientos.

¡Qué tortura, que angustia y compromiso,
Verse el pecho obligado
A brotar expresiones que no quiso
Ni aún haber escuchado!

Me resistí por tanto en tono fiero
Y á voz en cuello respondí: «¡no quiero!»

No bien así entonada
Reproché la propuesta majadera,
Cuando una gran palmada
Me asentaron de lleno en la trasera,
Y fué tan recio el golpe, que al llevarlo,
Grité: ¡que viva! sin querer gritarlo.

¡Feliz palmada, amiga, santo grito!
A ruído tan ingente
Debió mi escena ver mi finiquito.
Desperté de repente,
Me ví sola, sin luz, y en el empeño
De juzgar realidad lo que era sueño,

¡Ay de mí! solté el llanto
Opreso el corazón, yerto el sentido.
¡Oh cuanto, cuesta, cuanto,
Un empeño tenaz mal dirigido!
Estoy tal, que rebusco á toda prisa
Y no encuentro el faldón de la camisa.

Quiero apartar de mí, pero no puedo,
Esta funesta idea;
Sobrecogida estoy de susto y miedo.
Muy bien que sueño sea;
Pero Eulalia, tu amiga hasta las aras,
No se mete en camisa de once varas.

Dejémonos de cuentos:
Hay jóvenes resueltos al castigo;
Hay Plutones á cientos,
Cada cual el que más nuestro enemigo,
Cañas á miles, cuernos en subasta
Y hay muchachos hasta decir basta.

Y pues sueño tan raro y tan extremo
Puede ser un anuncio,
Que nos sirva á las dos de desengaño:
¿No te place? Renuncio
Mi modo de pensar; quédate sola;
Como yo pase bien, corra la bola.

1812.

AL PASO DE LOS ANDES Y VICTORIA DE CHACABUCO *

ODA

¡Antiguo capitán, héroe famoso,
Admiración del mundo,
Bravo Africano, Anibal valeroso,
Hasta hoy con el respeto más profundo
En el orbe nombrado,
Y de edad en edad preconizado!

* La copio del tomo de poesías de Fr. C. J. Rodriguez, manuscrito de D. J. M. Gutiérrez citado.

¡Emulo fiel de Aníbal!... mal he dicho,
¡Vencedor de su gloria,
(Si bien víctima hoy día del capricho
De la suerte inconstante y transitoria);
Eterno honor de Marte,
Primer genio del mundo, Bonaparte!

Campeones inmortales, cuyo nombre
En las rocas grabado
De los Alpes, no hay alma que no asombre
Y la infunda un pavor como sagrado:
Ved aquí, heroes grandes,
Vuestra copia mejor sobre los Andes.

Magnánimo, animoso, imperturbable,
Lleno de odio al tirano,
Al tirano opresor de nuestra amable
Libertad, el Anibal colombiano,
El Napoleón moderno,
Salva escollos, imagen del averno.

San Martín, de su ejército á la frente,
Y en brazos sostenido
De su virtud, tramonta la eminente
Nevada cordillera, el más erguido
De los montes del mundo:
¡Grande hazaña, prodigio sin segundo!

La artillería, que jamás se mueve
Sin pena, aun en el llano,
Su región disputando al vapor leve,

A esfuerzos de este noble americano,
La vasta espalda oprime
De esa sierra asperísima y sublime.

¿Qué importa que al intrépido viajero
Talvez el paso ataje?
¿Qué importa que no admita su sendero
Acaso más de un hombre? El gran coraje
De San Martín, legiones
Llevará por allí, como cañones.

Parece que las nieves, que los mismos
Peñascos eminentes,
Que los profundos, hórridos abismos,
A su valor se muestran obedientes,
Y que las altas cumbres y cuchillas
Mientras él pasa, doblan las rodillas.

Domada, pues, así naturaleza,
Pisa el fértil, ameno
Chile, cuyo esplendor, cuya belleza,
Profanó con su planta el sarraceno:
Los ánimos se exaltan,
La esperanza renace, todos saltan.

Los más bellos y rápidos sucesos
Colman luego los votos:
¡Hijo del Sud, vengad ya los excesos
De esos falsos, cruelísimos devotos;
Esa sangre inocente
Que clama con la voz mas elocuente.

¡Musa, aquí sobre todo, aquí me inflama!...
El doce de Febrero
(Fausto mes ya otro tiempo), el bronce brama,
Se esgrime el vengador templado acero,
Se oyen gritos, gemidos
Ya del que vence, ya de los vencidos.

La gloria al fin, señala al campo bello
De Chacabuco ¡oh día,
Dulce luz, placidísimo destello,
Que has hecho revivir nuestra alegría!
Objeto de nuestra ansia
Tú vas á dar al Sur nueva importancia.

Centenares de muertos, prisioneros,
Armamentos, banderas,
Vestuarios, equipajes y dineros,
Municiones, la tierra toda entera
Han sido los trofeos
De un triunfo que ha llenado los deseos.

Su libertad recobra el bello Chile:
¡Quiera el cielo piadoso
Que á sus fieros tiranos aniquile,
Y sus derechos goce con reposo!
¡Que jure su exterminio,
Ya que ha probado su feroz dominio!

Entre tanto, una diosa que desciende
De la celeste esfera,
La sien del vencedor orna y defiende

De un cerco de laurel, y placentera
Dice: *Al invicto hijo de la gloria,*
Sobre el campo de Chile da victoria.

LAS MADRES CAPUCHINAS DE BUENOS AIRES AL GRAL. SAN MARTÍN *

CANTO ENCOMIÁSTICO GRATULATORIO.

Las que siguiendo impulso soberano
Y huyendo de este siglo, en él estamos,
Y hábito franciscano
Con vida anacoreta profesamos,
Poseídas del mas alto patriotismo,
Cantamos tu virtud, tu honor, tu heroismo.

No invocamos á Jove ni á Minerva,
Deidades falsas, títulos paganos,
Que la ilustre caterva
De cantores piadosos y cristianos
Invocan y predican en sus cantos,
Por no invocar los nombres sacrosantos.

Invocamos á Cristo, Dios y hombre,
Vencedor de la muerte, hijo del Padre,
Que encarnó y tuvo madre,

* Copiada del tomo de poesías de Fr. C. J. Rodríguez, manuscrito de D. J. M. Gutiérrez, núm. 58 de la Biblioteca del Senado Nacional

Para que todo racional se asombre
Al ver que solo El y solo ella,
Son el Marte sagrado y Palas bella.

No ha sido Marte, no, ni ese tonante
Júpiter, ni los dioses mentirosos;
Fueron nuestros sollozos
Los que al fin desarmaron al amante,
Dios, trino, omnipotente, justo, amable,
Que dió la fuerza al brazo, filo al sable.

San Martín, eres tú; eso te basta
Para servir á la patria, ese es tu encomio;
Y el jefe Macedonio
Que te hizo hijo de Dios, por no ser casta
De su padre Filipo, es documento
Que deberá servirte de escarmiento.

No imites á gentiles ni á paganos,
Ni quieras admitir comparaciones
De tus grandes acciones
Con las de griegos, godos y romanos;
San Martín eres tú, eres cristiano,
Sois un bravo y prudente americano.

Como bravo manejas bien la espada,
Como prudente debes humillarte,
Teniendo por baluarte
Tu esperanza y tu fé, muy cimentada
En el Dios que os dirige en la pelea,
Y todo á tu favor su brazo emplea.

Disperso te miraste en el momento
En que tragar á Osorio imaginaste.
¡Oh Dios, cómo quedaste
Burlado, en el mayor abatimiento!
¡Solo Dios y su brazo soberano
Revivir hizo al muerto americano!

Para siempre de Dios sea la gloria,
Tuya la confusión pura y sincera;
Ni tu soberbia quiera
Traer jamás este triunfo á la memoria,
Sino para besar con rendimiento
Del sacro templo el sacro pavimento.

Celebrar de otro modo las victorias
Es atribuirlo todo á nuestra hazaña,
A la moda de España;
Pero serían esas unas glorias
Tan percudidas, como las de Europa
En cuyas guerras la razón es poca.

A LA DIGNA MEMORIA DEL DOCTOR DON MARIANO MORENO *

Oh nobles compatriotas,
Cantemos á una voz

* Está en La Lira Argentina pg. 31 sin firma. No está en la Colección. O'Connor ob. cda. pg. 358, la trae alterada y mutilada; y dice que fué puesta en música por el maestro Parera.

Al héroe de la patria
La mas dulce canción.

Cantemos nuestra gloria,
Cantemos nuestro honor,
Pues que Grecia no tuvo,
Ni Roma otro mayor.

Su gloriosa memoria
Nos recuerda un blazón
Que él ennoblece solo
Al suelo en que nació.

Su talento, sus luces,
Su noble corazón,
Todo dice á la patria
El gran bien que perdió.

¡Oh suelo venturoso
Que tal héroe nos dió,
Infelice momento
En que se le ausentó!

Eujugue nuestro llanto
Saber que nos dejó
En su valiente pluma
Notas de su valor.

Su nombre reproduce
Los fastos del honor,
Asi jamás se escucha
Sin nueva admiración.

Envidia nuestra suerte
Toda culta nación,
Pues nos ve enriquecidos
Con tan precioso don.

Oh jóven siempre invicto
A quien nunca insultó
Con sus aleves tiros
La negra emulación.

Oh jóven generoso,
Imagen del valor,
Envidia del talento,
Norma de la razón.

Oh jóven nunca visto,
En cuyo corazón
El vergonzoso miedo
Jamás se aposentó.

Oh jóven ilustrado
Con numen superior,
Que aun hoy despide rayos
Su rara ilustración.

Tu sola sombra, oh jóven,
Con valiente primor,
Enérgicos empeños
Inspira con tesón.

Vivas, vivas eterno
Para inmortal blasón
De un pueblo que te ofrece
Primicias de su amor.

SONETO *

¡*Veinte y cinco* feliz! Hoy tu victoria
Derrocó la soberbia de un tirano,
Y levantó con triunfo soberano
A nuestra patria al colmo de la gloria.

La época empezaste de una historia
En que pudo el humilde americano
Desatar la cadena de su mano
Llenando de grandeza su memoria.

¡Oh día grande, heróico y memorable!
¡Oh día de virtud! ¡qué regocijo,
Al oir tan solo tu renombre amable

De la América siente el ínclito hijo!
Tú mereces loores cuanto es dable,
Pues que el Dios de la patria te bendijo.

* Está en La Lira Argentina, pg. 30, sin firma. No está en la Colección.

También lo trae el Sr. Reynal O'Connor en su obra *Los poetas argentinos*, y también lo ha alterado.

CANCION PATRIÓTICA *

EN CELEBRACIÓN DEL 25 DE MAYO DE 1812

CORO

A las armas corramos, ciudadanos,
Escúchese el bronce y oígase el tambor,
Convocando á la lid generosa
A nuestros hermanos; en alegre unión.

Volvió otra vez el venturoso día,
En que libre la patria del tirano,
Nos produjo brillante la alegría:
Hoy á la sombra de un gobierno humano,
Renacerá la unión en nuestro suelo,
Y el despotismo abatirá su vuelo.

Emulos de atenienses y espartanos,
Nuestro nombre elevemos hasta el cielo,
Imitando el valor de los romanos:
Defendamos la causa con desvelo,
Sin duda lograremos la victoria
Siendo de Europa horror, del Perú gloria.

De pasadas hazañas no olvidados
Al Luso resistamos atrevidos;
Vuelva el fiero á su hogar escarmentado,

---

* Está en la Lira Arg. pg. 25, sin firma de autor, Dn. J. M. Gutiérrez lo incluye en su cuaderno de *poesías de Fray Cayetano.*

Todos para la empresa reunidos
Las órdenes sigamos del gobierno
Y el argentino nombre será eterno.

Tened pues el fusil, ceñid la espada,
Argentinos leales y valientes;
Quede la libertad asegurada:
Sed unidos, benignos y obedientes;
Acudid de la patria á la defensa,
Y mueran los que fueren en su ofensa.

Que aun entre las cenizas del sistema
Fénix la libertad se reproduzca;
Muera el tirano y su ruina tema,
Y al templo de la gloria nos conduzca
El sabio tribunal del Triunvirato,
Del honor y justicia fiel retrato.

CUENTO AL CASO *

Sabe, si no lo sabes
Oh mi querido Arquinto,
Que cierto noble güaso
De aquellos que el destino
Al suelo tucumano
Le dió por domicilio,
Montado en su caballo

* Está composición apareció por primera vez en «El Grito del Sud», Tom 1, núm. 21, pg. 161, del Martes 10 de Dic. de 1812.
Está incluida en la Lira Argentina en la pg. 47.

Que el macedonio mismo
Se lo hubiera envidiado
Por brioso y por lindo,
Sin otro ajuar ni adorno
Que un bozal repulido,
Un par de guardamontes,
Unos bastos estribos,
Una usada carona
Y un recado mezquino,
Mas orondo que el héroe
De la Mancha, y mas fijo
(Como buen tucumano)
Que aquel en el designio
De enderezar entuertos,
Que sufrieron tres siglos;
Mas tieso que aquel otro
Que, como un poeta dijo,
Almorzaba asadores
En lugar de pepinos;
Mas astuto que el zorro,
Humilde como el mismo;
Mas tenaz......pero, basta:
¿Lo conoces, Arquinto?
¡Y tanto lo conoces,
Que quizás es tu amigo!
A éste pues, que vagaba
Solo, consigo mismo,
Por uno de estos montes
(Insensibles testigos
Del denuedo y empeño

De tanto fiel patricio
Sucesores de Marte),
Se le hizo encontradizo
Con síntomas de guapo,
Un orgulloso esbirro,
Bostezando bravuras,
Y jurando exterminios,
Con el rey en el cuerpo,
La mano en el gatillo
De una armada pistola,
Y queriendo que al grito
De su ronca bocina
Quedase el güaso mio
Extático, pasmado,
Confuso y aturdido.
Y cuando asi lo juzga,
Con tono duro, altivo,
Le intima que se rinda
Víctima de su brío.
¡Oh que insulto! ¿Sufrieras
Otro tanto, mi Arquinto?
¿Sufrieras que entonado
Un humilde cerrillo
Al altivo Aconquija
Intimase atrevido,
Que rindiera su cima
Al despreciable risco?
¡Oh cielos! ¿No han bastado
Tantos años y siglos?
¿Aun se atreve el orgullo

A levantar el grito,
E intimar rendiciones
En su suelo nativo
(Violando sus derechos)
A los nobles patricios?
¿Aun Hesperia se atreve
Bajo el nombre fingido
De un rey que ella desprecia,
A dar en tono frío
La ley, que ella debiera
Recibir del destino?
¡Amargas reflecciones!
Arquinto, amado Arquinto.
Ellas parece, ocurren
Al corazón sencillo
Del insultado güaso;
Y dueño de sí mismo,
Dando vuelcos al alma
Y terror al sentido,
Al escuchar idiomas
Ahora desconocidos,
Con un *no* más redondo
Que un esférico ovillo,
Contesta al arrogante
Oficial presumido.
Este, guapo y fullero,
Herido en lo mas vivo
De lo que llama el mundo
Honor (y es el mas fino
Y refinado orgullo)

Del incauto patricio
Asesta luego el pecho,
Queriendo con un tiro
Dar pábulo á su saña,
Y á su rabia ejercicio.
Aquí de Dios. El güaso,
Que advierte su peligro,
A su valor é industria
Llama luego en auxilio.
Echa mano al cabresto
(Instrumento sencillo,
Pero que en mano diestra
Desempeña el oficio),
Y fijando sus ojos
En el casco vacío
(Así lo tienen todos)
Del insultado esbirro,
Le imprime los ramales
Con tan valiente estilo,
Que si le deja sesos
Le quita todo el juicio,
Divirtiendo mañoso
La dirección del tiro.
¡Víctor! ¡Que acción tan bella!
Quedó el hombre lucido.
Troncos, expectadores
De pasaje tan lindo,
No permitais se hunda
En el caos del olvido;
Quede en vuestras cortezas

Menudamente escrito
Paro escarmiento eterno
De tontos atrevidos.
Vosotros, si, vosotros
Fuisteis fieles testigos
Así de tanto orgullo
Como del valor frío
Con que supo humillarlo
Un resuelto patricio.
Visteis con nuevo asombro
Caer luego de improviso,
Aquel monte de carne
Despojo del invicto
Y mas heróico brazo.
Visteis que, compasivo
Al paso que valiente,
El vencedor no quiso
Usar de represalia
Con el pobre vencido.
Héroe, hasta en ser humano,
Venciéndose á sí mismo,
Le regaló una vida
Sujeta ya á su arbitrio.
¡Acción noble y bizarra!
¿Hubo, mi caro Arquinto,
Quien puesto en igual caso,
Cortase un retacito
Del manto majestuoso
De su incauto enemigo,
Para señal, que pudo

Y que no quiso herirlo?
Generoso igualmente
Aunque por otro estilo,
Nuestro valiente güaso
Reduce su castigo
A dejar para ejemplo
Al guapo presumido
Con solo la camisa
Que hubo recien nacido.
Cuando él, vuelto del susto,
Y vuelto en su sentido,
Se ve entre el cielo y tierra
Como Eva en el Paraíso,
De los cuatro elementos
Espectáculo indigno,
Juzgando ojos y lenguas
En los troncos vecinos,
Y que todos burlaban
Figurón tan supino:
¿ No te parece lance
Gracioso, Arquinto mio?
Asustadas las aves
De todo aquel recinto
(Asi me lo figuro),
Con notables chillidos
Extrañando un fantasma
Hasta entonces no visto,
Ya se acercan, ya huyen,
Ya acometen con vivos
Y clamorosos ecos,

Y aun afilan sus picos......
¡Qué escena para el guapo
Que se precia de lindo!
Si acaso (como creo)
Entre alegre y mohino,
El mas que astuto guaso
Se mantuvo escondido,
Observando de cerca
De tanto desatino
El fausto resultado......
Contémplalo. Yo mismo,
Suelto una carcajada,
Como él quizá lo hizo.
Pero entretanto, sabe
Oh mi querido Arquinto,
(Y esto cede en tu gloria),
Que los campos Eliseos
Son el teatro vistoso
De acto tan peregrino.

AL BRIGADIER DON CARLOS MARÍA DE ALVEAR *

ODA

Gran capital del Sud, emporio, cuna
De valientes campeones,
Émulos de la gloria y la fortuna,
Que en ínclitas legiones,
Reunidos con industria, ciencia y arte,
Miedos dan al valor, celos á Marte.

Honores soberanos
A tí sean dados en el fausto día,
Que resueltos y ufanos,
Con denuedo sin par noble osadía,
Al rival de tu honor con fuerza alterna
Dieron golpe mortal, herida eterna.

No vuelves una vez sola tus ojos
Al luminoso oriente,
Que no adviertas festiva los despojos
Del vigor mas ingente,
De la acción militar mas atrevida,
Árbitra de la muerte y de la vida.

Para eterna memoria
Debe esculpirse en bronce perdurable

---

* Está en la Lira Argentina, pag. 37, sin firma. Dn. J. M. Gutiérrez la incluye entre las poesías de Fray Cayetano.

Un hecho que la historia
Contará sin ejemplo, inimitable.
¡Oh Buenos Aires! triunfo tan cumplido
Al mejor de tus hijos es debido.

De todos fué el valor, el ardimiento,
De todos el empeño;
De éste solo la táctica, el talento,
Con que al fin se hizo dueño
De la importante plaza respetable,
Mas que antigua Numancia inconquistable.

Sus murallas temblaron
Al oir el nombre del campeón guerrero,
Y luego se auguraron
Víctima noble de su ardor primero.
De ellas ha sido el lauro. Recibieron
Al héroe de la patria que temieron.

Augusta Jove para hacer sus glorias
Depositó en sus manos
Los rayos, los triunfos, las victorias:
(Premios americanos)
Ellos labran coronas á sus sienes;
Se deben al autor de tantos bienes.

El majestuoso río
Espectador ufano de su aliento,
De aquel arresto y brío,
Único, raro rasgo de un momento,

Al valeroso jefe mira, admira,
Mudamente saluda y se retira.

El astro hermoso que preside el día
Celebró al argentino
Joven, que emula luces á porfía;
Y obsequio peregrino
Le tributa quizá, por vez tercera,
Absorto suspendiendo su carrera.

En triunfos tan extraños
Ya vencidos conocen sus rivales
Que no es dado á los años
Formar los héroes, grandes generales;
El talento, el valor, el genio, el alma,
Tejen para los hombres esta palma.

El temor, el peligro, el susto, el miedo,
El apuro, el conflicto,
En que fracasa superior denuedo,
Lejos del héroe invicto.
El riesgo lo estimula á la victoria;
Da ejercicio al valor, canta la gloria.

Con ardor se abre paso
Al centro mismo de sus enemigos.
Vió el orgullo su ocaso;
Y ellos de su valor fueron testigos.
Un momento feliz de que fué dueño
Consuma la obra de mayor empeño.

Benigno, generoso é indulgente,
Dado á justo partido,
Abre su corazón á toda gente;
Y hundiendo en el olvido
Intrigas y caprichos de la guerra,
A unos franquea el mar, á otros la tierra.

Así en el seno mismo
Del odio y del furor ha dado asiento
Al bello patriotismo
De su táctica eterno monumento,
Dejando á las edades en proverbio:
La Patria libertó, rindió al soberbio.

¡Salve guerrero ilustre, sin segundo!
Tu nombre es tu divisa.
(Nombre expresivo, práctico, fecundo).
El sol te eterniza.
Do quiera que de Alvear se haga memoria
Ideas resultarán de triunfo y gloria.

Otros triunfos te llaman.
Los honores te buscan. La fortuna
Y el mérito te aclaman.
La ocasión se presenta, ¡qué oportuna!
Serás nuevo Alejandro en lides nuevas.
Si no su nombre, su carácter llevas.

Recordarán con gloria tus hazañas
Las futuras edades,
Para otros raras, para tí no extrañas:

Y al ver tus propiedades
Admirarán unidos en tí solo
Minerva, Marte, Júpiter y Apolo.

¡Oh tú, fecundo suelo,
Que brotas héroes de la patria dignos;
Héroes que son del cielo
Rico presente en lances peregrinos.
Uno por mil, valiente, cortesano....
En tu fecundidad gozate ufano!

HIMNO Á LA PATRIA *

CORO

Salve patria dichosa,
Oh dulce patria, salve,
Y por siglos eternos
Se cuenten tus edades.

Libre é independiente
De tiranos rivales
Al templo de la gloria
Te diriges constante.
¡Qué bellos son tus pasos!
¡Te los envidia Marte!

(*) Colección de Poesías Patrióticas pag. 11. La primera vez se publicó en hoja suelta. No está en la Lira.

CORO

Sin libertad cautiva
Hasta aquí suspirante,
Llegaron los momentos
Al fin, de tu rescate.
¡Hija del sol, sacude
Un yugo tan infame!

CORO

Si es que asoma la aurora,
Es ya para admirarte,
Que en la cima del riesgo
Naces libre y triunfante.
¡Oh natalicio hermoso!
¡Oh libertad amable!

CORO

El sol que en tu hemisferio
Se remonta brillante
No ya á viles esclavos
Su bella luz reparte:
Hombres libres saludan
Al astro cuando nace.

CORO

Grávese, no ya en cedro,
En bronce perdurable,
Epoca la más digna
Que vieron las edades.
¡Oh Sud, viste de gala,
Ya cesaron tus ayes!

CORO

No la triste memoria
De pasados contrastes
El contento perturbe
Que baña tu semblante.
No hollarán más tu suelo
Enemigas falanges.

CORO

Si intrépida Belona
Osa surcar tus mares,
No besará tus playas
Sin que tributo pague;
Con guirnalda y corona
Te rendirá homenaje.

CORO

Expectador ufano
De ruidosos combates,
A la patria laureles
Es justo le prepares,
Diademas á sus hijos,
Renuevos inmortales.

CORO

No más despida rayos
El Júpiter tonante,
Ni empuñe más la espada
El belígero Marte:
¡Oh patria, de tus hijos
Son las heroicidades!

CORO

La libertad fué siempre
Tu numen adorable;
El honor y la gloria
Tus genios tutelares:
Caerán en tu presencia
Rendidos tus rivales.

CORO

Roma, Cartago, Esparta,
Callen sus hechos, callen;
Emulas de tus glorias
Tus virtudes aclamen:
Si aquellas son heroicas,
Estas inimitables.

CORO

Si las naciones cultas
Miraron vacilantes
Tus nativos derechos,
Justos, incontestables,
Ya es tiempo te saluden:
¡Oh pueblo libre, Salve!

CORO

Las Gracias se reunan
Para felicitarte,
Y obsequiosas las musas
Compongan himnos suaves:
Pulse su lira Apolo,
Y Orfeo dulce cante.

CORO

Así con paso augusto
Entre dulces cantares
Del Olimpo á la cumbre
Trepando infatigable,
Señora de tí misma
Vivas eternidades.

HIMNO AL 25 DE MAYO *

CORO

Aplaudid la aurora
Del dia glorioso
Que al pueblo animoso
Dichas anunció.

Del celestial orbe
Bajó la victoria
Su nube de gloria
Las armas cubrió.
Sembró de laureles
Nuevos y triunfales

* Esta poesía se publicó por primera vez el Sabado 27 de Mayo de 1815 con el título: «Himno á las fiestas Mayas».
Está incluída en La Colección, en la pg. 16.
Está en La Lira, en la pg. 88. Sin firma.
Aun cuando se publicara el año 15, esta composición pertenece al año 13, pues en La Colección esta fechada el 27 de Mayo de 1813.

Las sendas marciales
De nuestro valor.

CORO

La sonora trompa
Sonó de tu fama,
Y su voz proclama
La nueva nación.
Al oirla, tiembla
La antigua malicia,
La ibera injusticia,
E ibero furor.

CORO

Más toda la tierra
Con rara alegría
Celebra el gran día
Que grillos rompió.
A hacer cosas árduas
Preparóse el genio,
Y previó el ingenio
Futuro esplendor.

CORO

Vió caer el muro
Porfiado y adverso,
Nido del perverso,
Y de obstinación;
Vió escenas brillantes
De valor y saña:

El miró á la España
Y se sonrió.

CORO

Al ver moribunda
Aquella potencia,
Sin fuerza, sin ciencia,
Riqueza ni honor,
Caer sin consejo,
De abismo, en abismo,
Por su fanatismo
Y ciega ambición.

CORO

Más, dejad que lance
Su furor insano,
Que al americano
Jamás se atrevió.
Si lo hizo opulento
La naturaleza,
Con igual franqueza
Constancia le dió.

CORO

Digno es su esfuerzo,
El formar naciones
Y á grandes pasiones
Poner sujeción.
Es la obra más grande
Hacer libre á un mundo

Que en sueño profundo
Tres siglos durmió.

CORO

Logró sorprenderlo
En débil infancia
Bárbara arrogancia
De un vil invasor.
Fué pequeña gloria
Así esclavizarlo,
Más es libertarlo
Y darle instrucción.

CORO

¡Oh que perspectiva
Tan grata y risueña,
Cuanto es halagüeña
Para el corazón!
Y pues es el día
Digno de memoria
En que á tanta gloria
La patria aspiró.

AL AUGUSTO DÍA DE LA PATRIA *

ODA

¡Veinte y cinco de Mayo, fausto día!
El alma se enajena
Al pronunciarlo. ¡Ah! de la alegría
La suave voz resuena,
Cuyos ecos cubriendo el continente
La hacen pasar veloz de gente en gente.

¡Veinte y cinco de Mayo!... dulce acento
Por quinta vez se escucha,
¡Con qué gozo y placer! Primer momento
De la constante lucha
En que el más inconcuso, fiel derecho,
Empeña al noble americano pecho.

¡Veinte y cinco de Mayo! sí, ¡gran día!
En que ve ¡con que pena!,
De su período el fin la tiranía.
¡Día de gloria! en que estrena
En nuevo, bello y prodigioso gusto,
La santa libertad su traje augusto.

No en marmóreas pirámides tus glorias
Esculpas; no, no intentes

* Está en la Lira Argentina pg. 58, sin firma. Dn. J. M. Gutiérrez la incluye entre las poesías de Fray Cayetano.

Eternizar en bronce tus memorias.
Para ser permanentes
Tu nombre es solo la inscripción más bella,
Que más que en bronce y piedra el tiempo sella.

Suspendase el tañido majestuoso
Que se desprende ufano
Del alto Capitolio. Más hermoso,
Más vivo y soberano,
Es el acento de tu nombre solo:
Lo entona Orfeo y lo repite Apolo.

Tú eres y serás siempre el respetable
Único patrio día
De América en los fastos memorable,
Contra la tiranía
Triaca eficaz, antídoto divino,
Que justo Jove quiso y le previno.

En tí todo tirano que deserte
De la causa sagrada,
Escollará y al fin verá su muerte.
A tierra, á polvo y nada,
Quedará reducido por un rayo
De tantos que fulmina el sol de Mayo

En una de tus horas, claro día,
Se oyó la vez primera
Aquella grata voz que repetía
En torno de la esfera,
En ecos dulces, tiernos, soberanos:
Libertad, libertad, americanos.

Desde aquellos momentos ya te miras
Por rara simpatía,
Cual genio superior, que hasta ahora inspiras
A la patria energía;
Cual animado numen, que en victorias
Formas el capital para tus glorias.

Cuando se acerca de tu luz la aurora,
Se aproximan las dichas;
Y apenas nuestro suelo Febo dora,
Resultan entredichas
Las sombras, las desgracias, la apatía.
¡Tan enérgico eres, oh gran día!

Los azares no sufren de la suerte
Varia, inconstante, impía:
No hay tan récio aquilón, austro tan fuerte,
Que no calme este día!
Una aura suave, blanda y placentera.
.... (1)

Que de ultramar el eco clamoroso
Retumbe en nuestro suelo:
Que atente perturbar nuestro reposo
El insaciable anhelo
De la injusta ambición: en este día
Se estrellará su necia, cruel porfía.

Que de la patria en el oculto seno
Nascan ingratos hijos,
Que abrigando mortífero veneno
Contra principios fijos

(1) Falta un verso en el texto de La Lira En algunas transcripciones han suplido esta deficiencia con el verso: *Nacida en nuestra abrupta cordillera*, que debe considerarse apócrifo.

Sus entrañas devoren. ¡Cruel intento!
Ellos tendrán en Mayo su escarmiento.

Que tienda allá entre sombras, sí, que tienda
Sus redes la malicia,
Arme sus lazos, pérfida sorprenda
O vuelque la justicia;
¡Oh! el mes de la patria en que ella fía
El denso velo alzó que los cubría.

¡Oh venturoso mes! ¡Oh día sagrado!
¡Oh de la patria digno
A sus triunfos y glorias consagrado!
Tú serás siempre el signo,
Tú la divisa, tú la ejecutoria,
Que alarme á la defensa y la victoria.

¡Yo te saludo, sí, oh día divino!
Saludo al astro bello
Que hoy fija con su luz nuestro destino.
¡Ah! su hermoso destello
Es muda voz que dice: Americanos,
No es este el día, nó, de los tiranos.

La pública fortuna, deidad pía,
Mereció le erigiese
Antigua Roma, aras este día;
Si ella cultos merece,
Eterno loor á tí, día soberano,
Nueva deidad del culto americano.

Los laureles, las palmas, las olivas,
La cívica corona
Tejen al Sud, que con alegres vivas,
Tu apoteosis pregona,
Y juran sostener la causa santa
En el templo de honor que hoy te levanta.

LA MUNICIPALIDAD DE BUENOS AIRES

AL GENERAL DON JOSÉ DE SAN MARTIN

CANCIÓN ENCOMIÀSTICA *

Al ínclito, valiente americano,
Al argentino Marte, al invencible
Domador del hispano,
Impávido guerrero, al mas temible
Que la patria registra en sus anales,
Glorias, laureles, palmas inmortales,

Al vencedor de Chacabuco, al noble
General San Martín, bravo soldado,
Que con esfuerzo doble
Con árduo empeño, con valor osado
En Maypo se labró nueva corona,
Vivas y lauros, que el honor le abona.

---

* Está en la Lira, pág. 153, sin firma, fechada en 1818.
Está incluída en la Colección de poesías patrióticas en la pág. 63, y allí aparece firmada por Fr. Cayetano.

Nunca con brío tal, con tal denuedo
Vibró su espada el jefe Macedonio:
Jamás con menos miedo
Se ha dado del valor un testimonio.
A San Martín se dió por raro modo
Copiarlo en parte, superarlo en todo.

Sus bravos aguerridos enemigos
De su marcial furor tristes despojos,
Serán fieles testigos
De sus ardientes bélicos arrojos;
De aquella intrepidez inimitable
Con que sabe vencer á fuego y sable.

Harán honor de publicar rendidos,
Sus esfuerzos, sus armas, sus banderas,
Sus jefes distinguidos,
Sus esperanzas todas lisonjeras
Al valiente campeón, atleta invicto,
Superior á Alejandro en el conflicto.

Ellos le vieron recoger los restos
De unas huestes antes dispersadas,
Y con nuevos aprestos
Presentarlas con arte organizadas......
¡Acción gloriosa! digna de la historia,
Que sola vale toda la victoria.

Ellos le vieron con terror y espanto
Al frente de sus ínclitas legiones
Por un secreto encanto

Con un *Viva* alentar sus corazones,
Mostrándoles escrito en su semblante
El triunfo, que temieron vacilante.

Ellos le vieron ¡vista pavorosa!
Con valor frío, con sereno aliento,
Con marcha majestuosa,
Sin trepidar un punto, ni un momento,
Dirigirse á sus filas. Si...lo vieron...
Vieron que no temía, y le temieron.

Ellos vieron al fin un rayo activo,
A *San Martín*, al genio destinado
Para herir en lo vivo
Al visir orgulloso, que ha jurado
En los excesos de un furor insano
Borrar del Sud el nombre americano.

Un rayo, sí, un rayo disparado
Del seno del honor. Tal fué al momento,
Que en la acción empeñado,
Dando á su intrepidez nuevo incremento,
Descargó á su rival con brazo fuerte
Los trágicos horrores de la muerte.

En los llanos de Maypo, allí le vieron
Blandir la espada con feroz aliento.
A su impulso mordieron
Envueltos en su sangre el pavimento,
Los robustos de Hesperia, las terribles
Huestes de Burgos, huestes *invencibles*.

¡O parca! justa ahora, tú le diste
Tu afilada guadaña. Le obligaste,
Mejor diré, tú fuiste
Quien á su voz con furia la vibraste,
Para asi castigar un loco empeño,
Y darle un triunfo, de que ya era dueño.

Llanos de Maypo! vuestro nombre solo
En las páginas todas de la historia
Se oirá de polo á polo,
Sofocarán sus ecos la memoria
Del ejército grande, que en cruel guerra
Con sus victorias abrumó la tierra.

¡Llanos de Maypo! mapa delineado
Con la sangre de injustos. Campo hermoso,
Donde ha recuperado
Sus derechos la patria; donde el gozo
Ha sucedido al llanto, y donde todo
Tornó á su libre ser por raro modo.

Obra fué tuya, héroe sin segundo,
Y de tus bravas bélicas legiones.
Todo este Nuevo Mundo
Aclama tu valor. Tú das lecciones
Al mundo antiguo, que aunque siempre vano,
Ya te apellida: *Marte Americano.*

Marte mismo te observa, y queda absorto
Envidioso quizá de tal proeza,
Viendo en tí un raro aborto

De virtud, de valor, de gentileza;
Y que cuando vencer resuelto tratas
Sus vengativos rayos le arrebatas.

Negra envidia, furia del abismo,
No atentes contra el héroe. No despliegues
Tu fiero despotismo.
Tus máquinas suspende. No, no llegues
Del templo á los umbrales, donde en calma
Le coronan laurel, oliva y palma.

Deja por esta vez, deja, que todos
Los pueblos de la Unión con tierno acento
Canten por varios modos
Su triunfo en Maypo, su marcial aliento.
Pedid ¡oh pueblos! para tal empleo
Su lira á Apolo y su voz á Orféo.

¡O provincias del Sud! pueblos constantes
Del mérito y valor admiradores!
¡Oh de la patria amantes!
Quemad inciensos, tributad honores
Al héroe vencedor, un templo augusto,
Y por diestro cincel su noble busto.

Su diestra mano empuñará la espada,
En su siniestra tricolor bandera,
Su cabeza adornada
Con bélicos blasones: Una esfera,
En su área azul con cifras de oro un lema:
San Martín vive, todo injusto tema.

Dr. JOSÉ AGUSTÍN MOLINA

OBISPO DE CAMACO

LA JORNADA DE MAIPO *

Las armas de mi patria alegre canto,
Sus combates, sus triunfos, sus victorias,
Sus esfuerzos, su celo ardiente y santo,
Por romper las cadenas vejatorias,
Que le han ajado y oprimido tanto.
¡Oh!, quién para cantar sus bellas glorias,
Todo el astro tuviera que el Parnaso,
En Virgilio encendió, sopló en el Tasso!

Corría felizmente el año octavo,
En que el Sud en América aspiraba
De la afrenta salir de humilde esclavo,
Un congreso en su seno se elevaba,
Dos generales, uno y otro bravo,
La gente de armas y su faz miraba:
Chile por uno de ellos libertado,
Se erige en nuevo, independiente Estado.

Un miserable resto de vencidos,
Escapados por suerte en su derrota,
De Chacabuco existen guarecidos
En un punto, que el mar de un lado azota,
Y muros cercan de otro endurecidos.

---

* Impreso No. 31030 de la Biblioteca Nacional, año 1818.
Está incluída en la Lira Argentina, en la pág. 211.

Incierto su temor mil veces flota,
Cuando se ven en su última trinchera,
Por la gente forzados más guerrera.

Manda socorro Lima.... su tirano
Aquel que aborrecido íntimamente,
Sin virtud, sin talentos, inhumano,
Imbécil, nulo, débil, impotente,
Esclavizar de nuevo piensa ufano,
Todo un inmenso, heróico continente:
¡Pensamiento insensato! Vil Pezuela,
¿Quien detendrá á la América, que vuela?

Reforzados se lanzan del asilo,
Que en Talcahuano halló su cobardía;
Como una inundación, no ya del Nilo,
Sí de un torrente asolador cubría,
Su hueste las campañas, que el tranquilo
Agrónomo labraba noche y día:
Marca de polvo un negro torbellino,
De sus pasos la huella y el camino.

Pasan el Maule, avanzan, siempre incierto
Su ánimo, en Talca busca nuevo abrigo;
Nada se teme más que el descubierto:
¡Despreciable, ridículo enemigo,
Indigno del laurel marcial por cierto!
De la patria un campeón era testigo
De su número, clase y movimientos, (1)
Tan tímidos y cautos, como lentos,

(1) El teniente coronel Freyre (Nota de La Lira).

Al rumor de su marcha, á los primeros
Avisos que se dan de su venida,
Se avanzan á su encuentro bravos, fieros,
El alma en ardor bélico encendida,
Del ejército patrio los guerreros;
San Martín á su frente, aliento y vida
De aquel robusto cuerpo, cuyos brazos
Van á hacer del contrario mil pedazos.

El arriba: su campo se establece
Junto al adverso, bajo de sus ojos:
Le aguarda en un refugio permanente,
Quince días en vano, sus enojos
Provoca y el combate se le ofrece:
Es que trama un ardid, que de sonrojos
Y confusión llenara á otros guerreros
Que no fueran los ínclitos iberos.

La negra noche lóbrega extendía
Sobre el mundo y los crímenes su manto,
Tercera de la vil alevosía,
Rival del proceder honesto y santo.
A su favor la floja cobardía
Flanqueando toda, lánguida de espanto,
Inspira á Osorio la afrentosa empresa
De emplear con su enemigo la sorpresa.

Temer la luz del sol, tan favorable
Al valor verdadero, solo es dado
Al español abyecto y miserable.

¿Qué militar, celoso de su grado,
No procura en la lid ser espectable?
¿Quién no se juzgaría deshonrado
De deber su ganancia ó vencimiento
A un golpe de traición, á un salteamiento?

Le sale bien, dispersa nuestra gente,
Mas la suerte, tal vez, sirve al intento,
Mejor que los consejos del prudente,
« Es verdad, dice el héroe, que un momento
De descuido, ó más bien un accidente,
Que prevenir no pudo el mas atento,
Ha dado una ventaja transitoria
Al tirano, mas nunca una victoria ».

Tranquilo, aunque afligido, da al soldado
A todos un ejemplo de firmeza.
¡Compatriotas! he aquí nuestro dechado,
Modelarse por él, mucho interesa.
¿Por que un suceso salga desgraciado,
Desesperarse debe de la empresa?
¿Seremos á la patria menos fieles
Si tal vez se marchitan sus laureles?

¿Al pájaro medroso imitaremos,
Que del árbol se vuela en el instante,
Que agitado, cual nave de los remos,
Al impulso del viento está flotante?
A extremo riesgo, espíritus extremos;
Digamos siempre en caso semejante:

Encorvado está el árbol solamente,
El volverá á erigirse nuevamente.

« No se ha perdido todo, remediada
« La principal desgracia está en gran parte,
« (Prosigue el jefe de la fuerza aliada),
« La capital es nuestra y, según arte,
« Prontamente será fortificada:
« Ella será nuestro último baluarte,
« Nuestro sepulcro mísero y glorioso,
« Si no lo fuere del tirano odioso ».

« Yo soy el que la guardo y la sostengo;
« Cerca de cuatro mil bravos conmigo
« Para hacer la defensa última tengo;
« Mas, sin dar nuevo ataque al enemigo,
« No volverán al punto que prevengo;
« De su marcial ardor soy fiel testigo;
« Corramos á las armas, ciudadanos,
« Escarmiente la patria á sus tiranos ».

Así habla en el contraste y mala suerte
El ínclito del Sud (¡raro coraje!);
Donde quiera, de un alma grande y fuerte
Tal es el noble, enérgico lenguaje,
Cuando amagada de la misma muerte,
A vista de los riesgos y el carnaje,
Se sostiene en los brazos de su audacia,
Y lucha varonil con la desgracia.

Engreído Osorio con el buen suceso
Del diez y nueve, carga á toda priesa.
¡Insensato!, no lleves al exeso
Una gloria fugaz que se desliza!
Te lisonjeó un instante el hado avieso;
Esta fué como la última sonrisa
Para tí de la pérfida fortuna:
Pronto lo probarás bien importuna.

¡Cinco de Abril! Tú viste finalmente,
Desplegarse en las márgenes ó llano,
Que fecunda el Maipú con su corriente,
El ejército patrio y el hispano.
El hierro de las armas reluciente
Disputa al sol su brillo soberano:
Con su son pavoroso los tambores,
Son de la muerte horribles precursores.

La fiereza, la cólera, el despecho,
La venganza, el orgullo en cada frente,
(Rebosando de lo íntimo del pecho),
Están pintados respectivamente.
El general patricio satisfecho
Ve el aparato bélico imponente
Por el momento, ansiando de un combate
De que pende de América el rescate.

Su corazón se aplaude muy contento
De encontrar en el campo de batalla
Rivales dignos de su heroico aliento:

Donde siempre los quiso, al fin los halla,
(¡Fruto feliz de su envanecimiento!)
Sin parapeto alguno, sin muralla,
Vuelto á los suyos que arden de coraje
Les dirige, en sustancia, este lenguaje:

« Ved ahí al enemigo, ved al godo,
« Que perpetuarse intenta en nuestra tierra;
« Es necesario hoy día, sobre todo,
« O vencer ó morir en esta guerra:
« De nuestra parte es santa en algún modo,
« Pues la defensa natural encierra:
« Soldados, nuestra patria, su esperanza,
« Su libertad vincula en vuestra lanza. »

Sobre un bruto veloz, más que los vientos,
Que fiero con su carga y vanidoso,
La tierra bate acaso en sus cimientos,
Desafiando los riesgos animoso,
Por sus bien ordenados regimientos,
Corre de fila en fila presuroso,
A su lado se ven esos guerreros,
De su gloria y laureles compañeros.

Los Balcarce, los Heras, Alvarados,
Los Quintana, y cada comandante,
Quienes, cerca del héroe colocados,
Aguardan la señal, y en su semblante
Descubrir, les parece, asegurados,
La esperanza y presagio consolante

De un triunfo cierto, grande, ventajoso,
Que de la patria el nombre hará glorioso.

Abatido entretanto Osorio inquieto,
La virtud en su pecho busca en vano:
No la hallará, sin duda, en el aprieto,
Que no en el patrimonio de un tirano.
Su corazón feroz tiembla en secreto,
No esperando que el cielo le de mano
Favorable á sus armas, y propicia,
Porque de ellas conoce la injusticia.

Al Dios de los combates invocando,
Nuestro caudillo, al fin, alarma grita:
Cada hueste, con paso igual marchando,
Sobre la otra á la vez se precipita;
Tiembla el suelo y de polvo levantando
Densa nube, su luz al cielo grita,
Alarmado el Maipú, todo medroso,
Atrás sus ondas torna presuroso.

Al ruido aterrador de los tambores,
De millares de voces al acento,
Al rodar de los carros sonadores,
Retumban hasta el mismo firmamento,
Los Andes, de la lid espectadores:
A este horrísono estrépito violento,
Del plomo destructor se une el silbido,
Que va en la sangre á ser humedecido.

Por todas parte vuela el fatal hierro,
La pólvora, este don funesto, horrible,
De las furias saliendo de su encierro,
Por mil bocas flamea inextinguible.
Su explosión que conmueve el bosque, el cerro,
Forma una nueva tempestad terrible
De balas que esparcidas á la suerte,
En toda dirección llevan la muerte.

Ya se ven los flotantes batallones
Romperse y apretarse en el instante,
Para cubrir, por sabias precauciones,
Los claros que abre el bronce fulminante:
El trueno cesa ya de los cañones;
La bayoneta, el sable centellante,
Suceden en su vez, que muy más duros,
De cerca lanzan golpes más seguros.

Sus gritos el dolor traga y sofoca,
La muerte es desde aquí feroz y muda,
El silencio en su obsequio allí coloca
Su imperio para hacer la lid mas cruda,
Nadie suspira, nadie abre la boca,
Por no causar á su rival sin duda,
La alegría de oir (extraña cosa)
Los ayes de una queja vergonzosa.

Una bravura igual hizo dudoso
El combate hasta entonces: la victoria,
Volando incierta sobre el ominoso,

Ensangrentado campo de la gloria,
De uno y otro partido valeroso,
Pesaba la constancia meritoria,
Y en la sangre que en ondas circulaba,
De ambos lados sus alas empapaba.

Angel que aquel combate presidías,
Genio exterminador que lo inflamaste,
¿De cual héroe, por fin, las valentías
Con el lauro del triunfo coronaste?
¿Cuya causa de lo alto protegías?
¿En que partido la justicia hallaste?
¿Hacia que lado, exenta de venganza,
Se inclinó de los cielos la balanza?

Largo tiempo, cinco horas, el patricio
Y el godo, defendiendo y atacando,
Se disputan el campo. Al fin propicio
Se declara el Eterno á nuestro bando.
Sobre un carro de luz, brillante indicio
De la beldad que en él viene triunfando,
Hiende los aires y á la tierra baja,
La que nos ha obtenido la ventaja.

Esta es la Reina de ángeles y de hombres,
Del universo entero la Señora,
Dulcísima y terrible (no te asombres),
Pues de hueste ordenada y bella aurora
La da divino espíritu los nombres:
Esta es de la nación la protectora

A quien Chile no solo con devotos
Afectos invocó, mas la hizo votos.

Es María ¡gran Madre! á Dios la gloria,
Pero de un corazón reconocido,
A vos hoy consagramos la memoria.
Si nuestro brazo fué fortalecido,
Si alcanzó su denuedo la victoria,
Obra de vuestro amparo todo ha sido.
Bendita seas, ¡oh Judit sagrada,
Por quien se vé la América salvada!

Ya el padre sol, que de sus hijos caros
La intrepidez, gozoso presenciaba,
Templando de su luz los rayos claros,
Del cenit á su ocaso declinaba,
Cuando el furor audaz de los avaros,
A quien la rica presa enajenaba,
Cansado de lidiar sucumbe, cede,
Ve que nuestro valor al suyo excede.

El espanto, el terror y aturdimiento,
De su tropa alarmada se apodera;
Pasa de fila en fila, en un momento
Se extiende á toda su falange entera.
Aquí arrojan el bélico armamento,
Allí abaten al suelo su bandera,
Corren, se chocan, jefes y soldados,
Atónitos, confusos, desolados.

Aquel no manda, este otro no obedece,
Al feliz vencedor todos rendidos,
Cual prisionero á discreción se ofrece,
Cual temblando los ojos abatidos,
Se arrodilla á sus plantas y las mece.
Cubren miles de muertos y de heridos,
El campo de Maipú, que no presenta
Mas que derrota, confusión y afrenta.

Osorio, el orgulloso, el fiero Osorio,
Que su gobierno intruso y usurpado,
Sobre aquel delicioso territorio,
Con sus violencias solo había marcado:
Este hombre, que en un crédito ilusorio
Venía vanamente esperanzado,
Viendo su altiva presunción domada,
Se abandona á una fuga apresurada.

El miedo no ya piés le da para ella,
Sino alas con que vuela más que una ave,
O con la rapidez de una centella,
A ocultar su vergüenza y pena grave,
Acusa á España, quéjase á su estrella.
¿Dónde hallará refugio? No lo sabe.
¡Osorio, Osorio, enseña á los tiranos
A respetar los pueblos soberanos!

El español ejército altanero,
De este modo inaudito sometido,
Deja en el campo del combate fiero,

Triunfante, airoso, del laurel ceñido,
Al valiente, fortísimo guerrero,
Al jefe de la patria esclarecido,
Quien desde el seno del honor y gloria,
Se apresura á anunciar tan gran victoria.

¡Salud, mi dulce patria, una y mil veces,
Salud por el mejor de tus sucesos!
¡Cuánto con él te afianzas y estableces!
¡Cuán rápidos serán de hoy tus progresos!
Del mundo el fallo á tu favor mereces,
Pues, no solo convictos, mas confesos,
Dejas á tus tiránicos rivales,
De las naciones en los tribunales.

Nuevo estado de Chile soberano,
Pueblo eminentemente valeroso,
Acaso superior al espartano,
En virtud, en heroismo generoso,
Tan noble y liberal como cristiano;
Tan bravo, como pío y religioso;
De los pueblos del Sud digno modelo,
¡Suba tu gloria á la región del cielo!

¡San Martín! A tu nombre se arrodilla
De respeto mi voz, calla de pasmo;
Su expresión es muy débil, muy sencilla,
Para tu napoleónico entusiasmo.
El Sud te aclama; el godo se te humilla,
En su boca no se oye ya el sarcasmo;

Ya no somos rebeldes é insurgentes,
Gracias á tus victorias eminentes.

¡Sombras de los Muñecas, los Lucenas, (1)
De los Díaz, Villegas y Beldones (2)
Que, con la sangre ilustre de sus venas,
Levaron nuestra era de blasones!
¡Sombras amadas! ¡Mil enhorabuenas!
En Chile han perecido los tiranos,
Vuestros laureles dieron ya su fruto:
Recibid de venganza este tributo.

Extásiense por fin los corazones
En toda la extensión de mediodía,
Sus pueblos todos, todas sus regiones
Resuenen con los gritos de alegría.,
Con mil vivas y mil aclamaciones:
Júntese la elocuencia á la poesía,
Y eternicen, de acuerdo con la historia,
De la mayor jornada la memoria.

---

(1) Muertos en la jornada del Desaguadero (Nota de La Lira),

(2) Muertos en la batalla de Vilcapujio, sobre las montañas del Perú. (Nota de La Lira).

AL VENCEDOR EN TUCUMÁN Y SALTA *

CANCIÓN.

Canto las grandes célebres victorias
Del Septiembre famoso y del Febrero:
El invencible acero,
La energía, el valor canto, y las glorias
Del almo Americano,
El ínclito, inmortal, bravo Belgrano.
Ninfas, que sois custodias de las fuentes
de *Aconquija* (1) feráz; nuevo Parnaso,
Cuyo raudal escaso
Laureles nutre y cedros eminentes,
Haced que sus cristales
Se truequen de Azanipe en los raudales.
Vuestro influjo celeste humilde imploro,
De laurel, pues, la cítara enramadme.
¡Ah! Ninfas emprestadme
Vuestros cabellos para cuerdas de oro:
Solo así dignamente
Podré cantar al héroe mas valiente.
La América del Sud por un acaso,
Mejor diré, por alta Providencia,
Hacia su independencia

* Se publicó en hoja suelta por la Imprenta de Niños Expósitos. La copio del ejemplar existente en la Biblioteca Nacional.

(1) Nombre del cerro de Tucumán.

Marchaba con veloz, próspero paso,
Libre en la mayor parte
De tiranos, plantaba su estandarte.
  Un accidente triste (¡oh dura pena!)
En medio de sus dias mas hermosos,
Turbó sus puros gozos,
Y la hubo de volver á la cadena:
¡Fatal Desaguadero!,
Tu nos tragaste casi por entero.
  Sin tropas, sin fusil, sin numerario,
Retogradó la patria inmensamente:
Vínose fácilmente
Mas acá de Suipacha el adversario:
Dueño de tanta tierra
De auxilios abundó para la guerra.
  Más y más engrosado y póderoso,
Se pone hacia Jujuy en movimiento:
Aquí á su gran talento
Nuestro jefe recurre valeroso:
Calcula, reflexiona . . .
Se retira y dos pueblos le abandona.
  Prefiere á Tucumán, en él se fija.
(Dejo yo al calculista reflexivo
La razón, ó el motivo:
Péselo todo, y el *por qué* colija).
Ello es, que la experiencia
Mostró el acierto de la preferencia.
  Se fija en Tucumán, albergue, nido
Del valor mas subido,
Del patriótico amor mas generoso;

Madre de corazones,
Que del miedo no admiten impresiones.
  Una elocuente, varonil proclama,
Por bando en la ciudad luego publica,
Ruega en ella, suplica,
Persuade á la defensa, exhorta y llama:
¡Oh! si el transporte vieras,
Con que van á alistarse en sus banderas.
  De la campaña acuden con presteza
Cada cual en el bruto más brioso,
(Por ellos es famoso
Tucumán, que fomenta su nobleza),
Forman de cuero rudo
Nuevo linaje de broquel ó escudo.
  Unidos á los cuerpos militares,
Sin otras armas que la chuza y lanza,
Con tranquila confianza
Se ofrecen á la lid á centenares;
El discreto caudillo
Benigno acoje su valor sencillo.
  Ya el que ilumina al mundo y le rodea
Y en el Pindo preside el sacro coro,
Sobre su plaustro de oro
Se paseaba en los límites de Astréa;
Noche igualando y día,
Cuando el mejor nos trajo que podía.
  Amanece por fin el veinte y cuatro
De Septiembre, y las huestes enemigas,
Como enjambre de hormigas,
Se presentan de Marte en el teatro:

Tremolan las banderas
Sobre el campo inmortal de las Carreras.
  Al reflejo del sol las bayonetas,
Las erizadas picas y los sables,
Con brillos formidables
Deslumbran sin cesar á los atletas,
Formando tantos soles
Cuanto son sus radiantes arreboles.
  De sus filos cubierta la campaña
Estaba, como en tiempo de las mieses
Las espigas á veces
Cubren terrenos de extensión tamaña:
De caballos, de carros,
Llena estaba, y también de hombres bizarros.
  Ya una nube de polvo que se eleva,
De los ojos robando tierra y cielo
Vá con su denso velo:
La muerte sale ya de su honda cueva,
Abre su horrible boca,
Y en medio de las filas se coloca.
  Da orden de avanzar con tono grave
Nuestro intrépido jefe, ya soldado
Tan bravo y denodado,
Que aun más que con la voz, con obra sabe
Persuadir lo que ordena,
Así el primero descendió á la arena.
  Apenas el cañón á obrar empieza,
Cuando al cielo llevando ojos y manos,
Los votos mas cristianos
Con íntimos afectos endereza:

Interpela á María,
De quien la Iglesia celebraba el día.
  Augusta madre de mi Dios, la dice,
Vos veis de nuestra causa la justicia,
Sedme, oh Virgen, propicia;
Que el despotismo más no tiranice
La región que habitamos,
De vos su redención hoy esperamos.
  Vuestro Hijo Eterno con balanza en mano
Es quien regla la suerte en los combates,
Así no nos recates
Para con él tu influjo soberano:
Dadnos pues la victoria,
Vuestro será el honor, vuestra la gloria.
  Dijo, y teniendo en una mano el sable,
Con la otra los diversos puntos muestra,
Que por la gente nuestra
Deben tomarse. Luego en voz afable
A ellos, oh bravos, clama:
¡Cuanto esta voz alienta, cuanto inflama!
  Marte que iba á aplicar ya sus enojos,
La magestad mas fiera en su semblante
Puso en aquel instante,
Y de un fuego divino henchió sus ojos;
Su corazón ardía;
Todo el triunfo y victoria prometía.
  Nada tiene su acción de atropellado,
Todo lo activa, en todo dá la traza,
Con nada se embaraza,
Semejante á una raudal, que aunque cargado

De material ingente,
Cual arista lo arrastra en su corriente.
Repite la señal, airase Marte,
Por un lado la horrenda artillería
Gemir el aire hacía,
Lo mismo que el fusil por otra parte:
El fuego, el viento, el humo,
La confusión y horror lleva á lo sumo.
Hasta el centro la tierra se estremece,
Batida del tenaz cuadrupedante
Impulso del galante
Bruto, que un rayo en lo veloz parece.
¡Oh equitante recluta!
Tu el laurel te mereces sin disputa.
Al bramido del bronce fulminante,
Que se va á desquiciar parece el monte.
Aquel que de Faetonte
Tocar presume la región brillante,
Aconquija que erguido,
Frío especta el combate mas reñido.
Se introduce el desorden y el espanto
En la tropa enemiga, huye medrosa
Cuadrilla numerosa;
¡Cuanto destroso, cuanto estrago, cuanto
Carnage no hace impía
La seca mano de la muerte fría!
Los hombres caen (¡oh infortunio eterno!)
Como caen las hojas del frondoso
Bosque, cuando un furioso
Aquilón lo sacude en el invierno,

Y con bramidos roncos
Hace gemir las ramas y los troncos.
No se oye sino el grito lastimero
Del moribundo aflicto y congojoso,
Y el ruido pavoroso
Del plomo destructor y del acero:
Sobre la verde grama
Corre á arroyos la sangre y se derrama.
Belona y Marte, con las infernales
Furias sus ojos ceban sanguinosos
En los crueles destrozos,
Y á fin de acrecentar tan duros males,
El odio y el despecho
Renuevan de continuo en cada pecho.
Estas fieras deidades de allí alejan
La piedad generosa, el noble agrado,
Al valor moderado,
La dulce humanidad, y solo dejan
El furor, la venganza,
Y por grados aumentan la matanza.
Sucumbe al fin Tristán, el cruel, injusto,
Y no Pío Tristán, autor de daño
Tan crecido y extraño;
Le abandona el valor, le ocupa el susto,
Tiembla en tanta manera,
Que si no fuga, no es por que no quiera.
La desesperación y la vergüenza,
No el coraje tranquilo y sosegado,
Un resto desdichado
Le dá de aliento en ruina tan inmensa;

Puede un tanto rehacerse,
Y los medios arbitra de substraerse.
Cuando su imperio obscuro y tenebroso
En el mundo la noche introducía,
Y en sombra lo envolvía,
Se encomienda, á su abrigo, el orgulloso,
A una fuga cobarde,
Cobarde, aunque haga de ella tanto alarde.
Ya la aurora rosando el horizonte
Abría las puertas del dorado oriente
Al sol resplandeciente;
Ya sus primeros rayos del gran monte
La cumbre coronaban,
Y un nuevo día al mundo presentaban;
Cuando evacuando el campo enteramente
Y libre la ciudad de marcial ira
Se dilata, respira,
Y rinde gracias al Omnipotente.
Valeroso Belgrano:
Vé aquí la obra de tu genio y mano.
Tú eres señor, el héroe verdadero
De nuestra edad brillante. Sí: tu espada
Libró la patria amada
De entre las garras del león ibero:
Tu conducta, tu heroismo,
Remedió su dolor, su parasismo.
Cúbrase con sus alas la victoria,
Y de cuanto laurel cría sus faldas
Anconquija guirnaldas,
Te teja eternizando tu memoria:

Tu nombre inscriba Marte
Con su lanza en el bélico estandarte.
Rara vez en el campo de la guerra
Se cortan de laurel ramos deseados,
Que no están salpicados
Del carmín, que el humano cuerpo incierra;
Los nuestros estuvieron
Con el que algunas víctimas vertieron.
Recógense estos cuerpos inmortales,
Que la madre común hasta hoy lamenta,
Y entre sus héroes cuenta,
Para hacerles honores funerales.
Gozan de Dios sus almas,
Mientras aquí gozamos de sus palmas.
Las armas, equipajes, prisioneros,
Los muertos, los despojos que se aprehenden.
Son tantos que sorprenden;
Lo son no menos hechos verdaderos,
Proezas especiales
De paisanos, soldados, oficiales.
Número seis, morenos, cazadores,
Artilleros y cuerpos de á caballo
Panegéricos no hallo,
Que igualen vuestros bélicos primores:
Vuestras columnas fuertes
Lo han sido de la América en mil suertes.
Y vos heroicos jefes subalternos,
Que del primero los dos brazos fuisteis,
Por lo mucho que hicisteis,
Vuestros nombres serán sin duda eternos;

Claros Balcarce, Velez:
Vos fuerais Alejandros, si yo Apeles.
Se organiza el ejército de nuevo,
Sujétase á incesante disciplina,
Reina el orden, domina
La quietud más tranquila.... aquí me atrevo
A desafiar al mundo,
Si vió en tropa concierto mas profundo.
Entre tanto Tristán, de quien la gente
Se hallaba con exceso minorada,
Trata en su retirada
De reparar en Salta su frangente,
Con halagüeña idea
De sorprendernos aun en la pelea.
A la manera que un león hambriento,
Que repelido del aprisco amado
Vuelve al bosque intrincado,
Entra en su cueva, afila el macilento
Diente y uña espantable,
Nuevo instante aguardando favorable.
No es necesario que el trabajo tenga
De venir otra vez; ya en poso breve
Nuestra gente se mueve,
Sin que estación adversa la detenga:
Sus heroicos alientos
Atropellan los mismos elementos.
Pisan ya los robustos batallones
De la oprimida Salta los umbrales,
Y ya los canibales
Presienten palpitar sus corazones;
Los miedos, los cuidados

En sus rostros se miran retratados.
El fértil Castañares envidioso
Con émulo laudable de la gloria,
Que en la anterior victoria
Consiguió mejor campo, y mas famoso,
Anhela muy de veras
Segundo campo ser de las Carreras.
Bátense en él después que el rubio Febo
Veinte rayos de luz había vibrado
Al Febrero abrasado;
Se baten, digo, con impulso nuevo,
Los ejércitos que antes
Se batieron gallardos y arrogantes.
Triunfa el nuestro (¡oh celeste sacro influjo,
Segunda vez la musa aquí te implora!)
Pero, y pues precursora
De ésta fué la otra acción, (1) quien la produjo,
La preparó y previno,
Ceda su gloria á leyes del destino.
Pintar con extensión, dar el detalle
(Que aun nos falta) de triunfo tan plausible,
Impresa es imposible;
Daré mi númen pues, la musa encalle:
Tanta noticia abruma
El ligero desahogo de mi pluma.
Baste decir que en ella fué rendido.
Con su ejército entero el mismo jefe;
Que porque ir se les deje,

(1) La acción del Tucumán, sin la cual no habría tenido efecto la de Salta.

No ofendernos jurando han prometido,
Y, con cerviz sumisa,
Han devuelto á Jujuy, Salta y Tupiza:
  Que entregaron las armas sin reserva;
Que han oblado los públicos diversos;
Que nuestros prisioneros
Se obligan á volver mientras conserva
Los suyos nuestro estado:
Tal de la acción ha sido el resultado.
  Tal la ventaja grande, la ganancia,
Que acaba de obtener la patria en ella;
Tal la gloria, la estrella,
El mérito del nuestro, la constancia:
¡Oh! varon sin segundo,
Valiente en obras, en valor fecundo.
La nación, no lo dudes, con respeto
Pronuncia ya tu nombre, y con ternura:
¿Qué mucho? Tu bravura
La ha libertado del mayor aprieto,
La ha allanado el camino,
Y ha decidido en suma su destino.
  Tucumán en transportes de alegría
(Cada pueblo sin duda hará lo mismo)
Celebra tu heroismo,
Y hasta su ínfimo vulgo, noche y día,
En rústicas canciones
Te colma sin cesar de aclamaciones.
  Su carnaval de este año no ha tenido
Más asunto que loar nuestras hazañas
De las grandes campañas

Del Tucumán y Salta: los he oído
Cantarlas, una á una,
En verso, que formaban por fortuna.
  Mientras aceptas con semblante grato
Elogios tan sencillos y tan puros;
Mientras á los futuros
Siglos sirve tu busto, á tu retrato
(Colocado en el templo
De la gloria) de asombro, y más de ejemplo;
  Mientras las ninfas ván, del caudaloso,
Antiguo y patrio Paraná juntando
Perlas, y decorando
Nuestras guirnaldas con afán curioso,
Hoy las del Saly (1) escaso
Te ofrecen esta flor de su Parnaso.
  Cedros, mármoles, bronces, aunque noble
Materia, es incapaz de ser llevada
A la eterna morada:
Sobre su firme pedestal inmoble,
Para estatua muda,
Jamás camina sin agena ayuda;
  Mas la divina, la inmortal poesía
Con su armonioso, encantador acento,
Gira en alas del viento
Los luminosos círculos del día:
Vá en el carro de Apolo
(De quien es hija) del uno al otro polo.
  ¡Oh! plegue al cielo que su voz canora

(1) Saly, río del Tucumán.

Por el órgano tosco de mi pluma
De tus hechos la suma
Lleve por todo cuanto el Febo dora;
Y que vaya en mi verso
Perlustrando tu noble el universo.
  Canción, cuando llegares
Al pié de los altares
Del héroe, para quien se ofrece fina
Mi voluntad, incójito, é inclina
Humilde la cabeza,
Y el escabelo de su estatua besa.

Tucumán, Marzo 3 de 1813.

PARA EL DIA DE NAVIDAD *

CORO

Gloria á Dios en las alturas,
Angeles cantad
A Dios; y á los hombres
En la tierra, paz.

Hoy al mundo nace
La mayor beldad,
Lo mas santo y grande
Que en los cielos hay:

Jesús, hijo amado
Del Padre Eternal.

CORO

Hoy sale del seno
Puro y virginal
De la mejor madre
Que se vió jamás,
El Divino Verbo,
La Eterna Verdad.

CORO

Hoy la luz del día
Ve en carne mortal
El que, entre los brillos
De la santidad,
Antes del lucero
Fué enjendrado ya.

CORO

Dichosa mil veces
Belén de Judá!
Que la patria fuisteis
Del rey inmortal;
Oh! feliz pesebre!
Sagrado portal.

CORO

Oh. santos pañales,
Pajas, que el lugar

De cuna tuvisteis
Para un niño tal!
Nadie vuestra dicha
Competir podrá.

CORO

Y veo, reina Augusta,
Virgen singular,
Que á este honor el gozo
De madre pintais;
Nuestros homenajes
Gustosa aceptad.

CORO

José venturoso!
Que verle no osais
Por un santo exceso
De suma humildad;
Venid el primero,
Venidle á adorar.

CORO

Pastores y Magos,
Reyes de Sabá,
Que sois las primicias
De la cristiandad,
Vuestros ricos dones
Venidle á ofertar.

CORO

En fin, fieles todos
Que el gremio formais
De la Santa Iglesia,
Veníos á postrar
Ante el Dios que hoy nace
Lleno de bondad.

CORO

PARA EL DIA DE LA CIRCUNCISIÓN

Hoy, Dios niño, recibiste
De Jesús el dulce nombre,
Como que á salvar al hombre
Del cielo al mundo viniste.

Jesús, á tu nombre eterno,
Con homenaje profundo,
Doble la rodilla el mundo,
La tierra, el cielo, el infierno.

No hay salvación, no hay salud,
Jesús, de un polo á otro polo,
Si no es en tu nombre solo,
O por su fuerza y virtud.

A todo el que te invocare,
Tú, Jesús, lo salvarás:
Dichoso el que te buscare,
Y quien te halle, mucho más.

Al labio decir no es dado
Lo que es amar á Jesús:
Un pecho experimentado
Podrá tan solo dar luz.

Jesús, nada se pronuncia
Mas melodioso que vos:
¡Oh nombre!...¡Nombre de un Dios,
Que paz y salud anuncia!

Jesús, armonioso son,
Miel deliciosa en la boca,
Néctar en el corazón
Del que con amor te invoca.

No sabe amar otra cosa,
Divino Jesús, quien te ama;
Feliz el alma piadosa
Que arde en tu sagrada llama.

¡Oh, cuán rendido te adoro!
¡Cuanto en tu piedad confío!
Salvadme pues, Jesús mío,
Mi amor, mi bien, mi tesoro.

No me juzgues en tu enojo,
Jesús, mi amado Jesús:
A la sombra de tu cruz,
Para aplacarte me acojo.

Muera yo, Dios de bondad,
Muera á Jesús invocando
Para que lo viva amando
Por toda la eternidad.

Año de 1824.

PASTORELA

PARA EL DIA DE NAVIDAD

Criaturas de Dios oid,
Oid el himno angelical:
Gloria sea á Dios en el cielo,
Y al hombre en la tierra, paz.

El mesías prometido
A David, Jacob y Abraham,
El deseado y esperado
Siglos y siglos atras,
Hoy acaba de nacer
De Belén en el portal.

Gloria sea, etc.

Los pastores que guardaban
Sus rebaños por allá,
Corren á ver al hermoso
Hijo del Padre Eternal;
Le ven, le adoran, le alaban
A Dios en él sin cesar.

Gloria sea, etc.

Echadito en un pesebre,
Envuelto en pobre pañal,
María y José á su lado,
Así el niño hermoso está;
Así lo hallan los pastores,
Que un corderito le dan.

Gloria sea, etc.

Una mulita y un buey
Lo vienen á calentar,
Porque en el rigor del frío
Nació el niño celestial.
A su posesor conoce
Hasta el más bruto animal.

Gloria sea, etc.

Tras de los pastores vienen
Ciertos Reyes de Sabá.
Que ven la estrella del niño
En el oriente brillar;
Se postran ante él, le adoran
Con indecible humildad.

Gloria sea, etc.

Abren sus ricos tesoros,
Le ofrecen gran cantidad
De oro, de inciensos, de mirra,
Y alegres después se van.
Burlado dejan á Herodes,
Que quiere al niño matar.

Gloria sea, etc.

Criaturas de Dios inocentes,
Sus alabanzas cantad;
Adorad hoy día á un Dios
Que es de vuestra misma edad;
Y cual ángel bendecid
A Jesús en su natal.

Gloria sea, etc.

María y José que vieron
Prodigio tan celestial,
Lo adoraron los primeros.
Antes que ningún zagal.
Como ellos y los pastores
También venidle á adorar.

Gloria sea, etc.

El os ha dado la vida,
Por vos se hizo hombre mortal,
Y la gloria de su cielo
El también os ha de dar:
Criaturas de Dios! el himno
Del Dios que nace entonad.

Criaturas de Dios! oid,
Oid el himno angelical:
Gloria sea á Dios en el Cielo,
Y al hombre en la tierra paz.

Año 1825.

LETRILLA

CORO

Eterna alabanza,
Loor y gratitud
Sea al Padre dada,
En Cristo Jesús.

Nacida hemos visto,
Por nuestra salud,
Al que hizo los astros,
La aurora y la luz.

CORO

Angélicos coros,
En gran multitud,
Resonar han hecho
La bóveda azul.

CORO

Hoy goza la tierra
Profunda quietud
De oriente á poniente,
Del ártico al sur.

CORO

No se oye en toda ella
Bélico arcabuz,
Nadie esgrime hoy día
Sangrienta segur.

CORO

Hoy se hace Dios hombre
Para el bien común,
Y purgado el suelo
Triunfa la virtud.

CORO

Jesús ha nacido,
Jesús, mi Jesús,
El que por mí un día
Morirá en la cruz.

CORO

Pueblos de la tierra!
Tañed el laud;
Salvador del mundo!
Bendícenos tú.

CORO

Eterna alabanza,
Loor y gratitud
Sea al Padre dada,
En Cristo Jesús.

PARA EL DÍA DE NAVIDAD

CORO

Gloria al eterno Padre,
Gloria á Jesús, mi amor,
Mi Dios recién nacido,
Mi dulce Salvador.

Al fin, al fin los cielos
Vertieron su rocío,
Y al gran Salvador mío
Brotó la tierra al fin,
Sin recíprocos celos;
Justo es, pues, que hoy celebre
La gloria del pesebre
El hombre y Serafín.

CORO

Llegó en bien de la tierra
El día más sagrado,
El día suspirado
De paz y de salud,
El bosque, el valle y sierra,
La cristalina fuente,
Todo alegría siente,
Ternura y gratitud.

CORO

Jesús, que allá en lo eterno
Fué de padre sin madre,
Hoy de madre sin padre
Nace al mundo en Belén:
Infante niño tierno
Se vé envuelto en pañales
Entre dos animales,
Por mi amor y mi bien.

CORO

Su nacimiento augusto
Es á Dios muy glorioso,
Pues le da el más virtuoso
Y digno adorador:
Da al demonio un juez justo,
Al Angel un modelo
Un nuevo Rey al cielo
Y al hombre un Redentor.

CORO

Cuando en brazos le veo
De su madre amadora,
En brazos de la aurora
Juzgo mirar al sol.
¡Sol divino! en quien creo,
A quien adoro fino,
En mi incierto camino
Sed mi antorcha y farol.

CORO

Alábente y bendigan
La tierra, el mar y estrellas,
Plantas y flores bellas,
El bruto, el racional;
« Salve; ¡oh Jesús!, te digan,
¡Salve, Mesías, santo!
Que hoy enjugas el llanto
Del mundo criminal ».

CORO

¡« Salve, gran Dios que vienes
A dar salud al mundo,
Del vientre mas fecundo
Fruto á la vez y flor;
Mar de dichas y bienes!
Bien venido á él hoy seas,
Llena en él tus ideas
De redención y amor ».

CORO

« Y pues naciendo espías
De la tierra el delito,
Sea siempre bendito
Tu sagrado natal;
Borre las culpas mías,
Bórrelas de tal suerte,
Que nazca yo en mi muerte
A tu vida inmortal ».

CORO

Gloria al eterno Padre.
Gloria á Jesús, mi amor,
Mi Dios recién nacido,
Mi dulce Salvador.

Año 1827.

PASTORELA ESPIRITUAL

PARA NATIVIDAD

CORO

En Belén acaba
Jesús de nacer,
Vamos pastorcillas,
Vámosle allí á ver.

Jamás niño más hermoso
Nació debajo del cielo,
Jamás brilló sobre el suelo
Mas peregrina beldad.
Absorto el cielo y gozoso
Contempla su imagen bella,
Por medio de cierta estrella
De admirable caridad.

CORO

Rompiendo el aire á porfía,
Por ver tan divino infante,

Desciende escuadrón brillante
De la esfera celestial.
Con cántico de alegría
Saludan á esa hermosura,
Anet quien parece obscura
Su belleza angelical.

CORO

Esta es la flor de los campos,
Este el lirio de los valles
A quien por plazas y calles
Buscó un día amante fiel.
No igualan su tez los ampos
De la nieve, y el destello
De sus ojos, muy más bello
Es que el de los astros de él.

CORO

Cuanto hay noble y peregrino
En los angélicos coros,
Cuanto hay bello en sus tesoros,
Encierra el genio del bien;
Nada hay que al niño divino
Ser comparado merezca,
Nada que vil no parezca
Junto al dije de Belén.

CORO

Con todo, esta perla hermosa,
¡Donde y de que suerte nace!
En un vil establo yace,

Porque halla otro local.
Fáltale hasta humilde choza;
Y, siendo dueño del mundo,
No halla en él mas que un inmundo
Y abandonado portal.

CORO

El ilustre, el opulento
Del mundo encuentra acogida
En la ciudad conocida
Por la ciudad de David.
Jesús en su nacimiento,
A quien todo se avasalla,
Jesús, él solo no la halla:
¡Cielos! su ultraje sentid.

CORO

Mirad cual viene oficioso
Al pesebre el buey tardío,
Para mitigar el frío
Del niño soplándole.
¡Oh animal sin par dichoso!
Digno de inmortal memoria,
A quien tan preciosa gloria
Concedida entonces fué.

CORO

Oid como los pastores,
A quienes es anunciado
El gozo grande y sagrado,
Conversan de él entre si.

Disipados sus temores:
Vamos, se dicen, *corramos*
Hacia Belén, y veamos
Lo que ha sucedido allí.

CORO

Con pechos menos tranquilos
Echad una atenta ojeada
Sobre la rústica almohada
Que al niño sirve esta vez.
Es de pajas, cuyos filos
Hieren sus sienes divinas,
Preludiando las espinas
Que han de herírselas después.

CORO

Los besos multiplicados,
Que imprimen en su carita
Su dulce papá y mamita,
Con inexprimible amor.
Desquites anticipados
Son también del beso aleve,
Con que ha de venderlo en breve
Un vilísimo traidor.

CORO

Las perlas que de sus ojos
Vierte el Dios que á todos ama,
Las lágrimas que derrama
Apenas es dado á luz,
Presagian piélagos rojos

De esa sangre, que en un día
Hará correr saña impía,
Dándole muerte en la cruz.

CORO

En tanto, cuanto de augusto
En el empíreo se encierra,
Cuanto hay de grande en la tierra,
Angeles, globos de luz,
Monarcas... llenos de gusto,
(Muy más que de ricos dones),
Tributan adoraciones
Al tierno, al bello Jesús.

CORO

En tanto, collados, sotos,
Montes, de puro contento,
Por su feliz nacimiento
Destilan dulzura y miel.
Ya están colmados los votos
Del mundo, ya ha sido dado
A las gentes su deseado,
Y su esperanza á Israel.

CORO

Hermoso, henchido de encanto,
Rey pacífico, clemente,
Humilde, pobre, indigente,
Tal quiso al mundo venir.
Con dones tales y tantos

¿Quién no hambrea por mirarle?
Vamos, vamos á adorarle,
Vámosle el cielo á pedir.

CORO

¡ Pastorcillas ! vamos,
Vamos á Belén,
A ver al Dios niño
Nacido recién.

Año 1828.

PARA EL DIA DE NATIVIDAD

Los dos mas dichosos y entendidos animales del mundo. El buey y el asno del pesebre.

Cognovit Vos possessorem suum et asinus præsepe Domini sui. *Isaiæ cap. 1 y 5.*

El buey conoció á su dueño, y el asno el pesebre de su señor.

Cantar la dicha emprendo
De los dos mas felices animales
Que hubo, según entiendo,
Jamás en la mansión de los mortales:
Cantar su dicha emprendo y su talento,
Superior al humano entendimiento.

Gran luz de ete gran día,
Hombre-Dios que su instinto consagraste,
¡Sed, oh Jesús, mi guía!
Palabra eterna que hoy al mundo hablaste,
Y que á los brutos mismos haces sabios,
Frases dignas de tí pon en mis labios!

Dadme que á corazones,
Por el hálito impuro aun no manchados
De viciosas pasiones,
Instruya con acentos acordados:
Muchachuelas oidme, que ya empiezo
A decir de las bestias de más seso.

Por el campo vecino
A Belén, la ciudad del rey profeta,
Un buey con un pollino,
En unión amigable y paz completa,
Divagaban buscándose la vida,
El sustento, es decir, y la comida.

Hallarlo fácil no era,
Marchito el pasto por do quier estaba,
Pues la estación austera
De los hielos entonces dominaba,
Así es que, en tan adversa coyuntura,
Buscándolo iban solo á la ventura.

Para hacer tolerable
El natural fastidio de la marcha,
En tono lamentable,

Tentando sombras y rompiendo escarcha,
(Era tarde la noche juntamente)
Contábanse sus cuitas mutuamente.

Compañero querido,
Dijo el asno, ¡qué ser mas desdichado
Que yo jamás ha habido!
Como ningún viviente despreciado,
Cuanto más sirvo cuanto más trabajo,
Soy de todos la burla y estropajo.

Es verdad, pero advierte,
El buey le contestó mugiendo triste,
Que muy poco mi suerte
De la tuya discrepa. ¿No me viste
Bajo el yugo continuo forcejeando,
Y el arado á chuzazos arrastrando?

Mal comido y sediento
Muchas veces, y siempre al yugo uncido,
Tiro á cada momento,
Privado del reposo apetecido,
Acaso por distancias las mas largas,
Carros henchidos de pesadas cargas,

Mis lomos entretanto,
Mis infelices ancas y cuadriles
Reciben (¡cielo santo!)
Picanazos por cientos y aun por miles,
Que castigan mi falta de presteza,
Cual si no fuera en mi naturaleza.

Esto es, caro pollino,
Lo menos duro de mi suerte aciaga:
Lo cruel de mi destino
Es que después de tanto afán y plaga,
Vienen mis carnes á servir de plato
Al apetito de mi dueño ingrato.

Calló el buey y anegose
En torrentes de un llanto el mas amargo,
El asno enterneciose;
Si á un mísero (le dijo sin embargo)
Tal vez consuelan de otro las crujías,
Templa, hermano, tus penas con las mías.

Lo que se hace conmigo,
El trato atroz al cual vivo sujeto,
Calcúlalo mi amigo
Del terrible conflicto y grande aprieto
En que Balán á su jumenta puso,
Cuando ésta á la orden del señor se opuso.

Fué tan denso el nublado
De palos y de azotes que el mal hombre
En cólera montado,
Le descargó, que la hizo (no te asombre)
Hablar con voz de humana criatura,
Según lo dice claro la escritura.

Su crueldad le echó en cara,
Recordole su antiguo y buen servicio.
¡Oh buey! ¿Es cosa rara

Que al asno saquen de este modo el juicio?
En esto, amigo, cultos y patanes,
Cual más cual menos, todos son balanes.

Tristes penalizados
Hablando así seguían su camino,
Sin saberlo guiados
Por el impulso del poder divino.
En esto una gran luz ven de repente,
Que los deslumbra y turba vivamente.

No era este nó el destello
De las estrellas con que el cielo brilla,
Era otro muy más bello,
Muy más augusto, que del alma silla
Del trono del Altísimo emanaba:
Era el fulgor de Dios el que brillaba.

Aun él su vista hería;
Y ve aquí que resuena en sus oídos
Una tal melodía,
Cual jamás percibieron los sentidos;
Un canto superior en sus primores,
(Todo el cielo) á los dulces ruiseñores,

Del empireo bajaba;
Inmensa multitud de serafines
A mil voces cantaba,
Y el mundo hasta sus últimos confines,
Y las aves y fuentes y los prados
Saltaban de contento enagenados.

«Gloria á Dios en el cielo,
« Paz al hombre habitante de la tierra;
« No mas oprima al suelo
« El fiero azote de la cruda guerra:
« Goze al menos por ahora de un profundo
« Reposo universal el triste mundo.»

Nuestro buey y jumento
Rodeados de tan vivos resplandores
Y tan celeste acento,
Del sitio del pesebre sabedores,
Como que era de todos conocido,
Iban á él tras del heno apetecído.

Llegan por fin. . .¡oh musa!
¡Oh Jesús! numen solo que hoy imploro,
Mi indignidad escusa
En premio de la fe con que te adoro;
Escúsala, y en este tierno paso
Mi verso exceda al verso del Parnaso.

Asno y buey finalmente
Llegan, digo, al pesebre abandonado.
Mas ¿cuando? Puntualmente
En el mismo momento afortunado,
Que en el seno de mil penalidades
Nacía la beldad de las beldades;

Cuando cumplido el plazo
Del parto de María, en fin, al mundo
De su puro regazo

Sale el hombre segundo sin segundo,
El esplendor del padre, su hijo amado,
El Mesías, el Cristo suspirado.

Al verle sobre pajas,
Niño débil envuelto con pañales
Y pobrísimas pajas,
Pero lleno de encantos celestiales,
Pero enchido de gracias superiores
A todas las bellezas exteriores,

El buey al asno dice:
Compañero, querido compañero,
Ya no soy infelice,
Este hallazgo, este párvulo hechicero,
Borra de mi memoria con sus gracias
El recuerdo de todas mis desgracias.

Que inefable alegría
El corazón me ocupa en este espacio.
¿Es de noche, ó de día?
¿Gruta es esta, ó magnífico palacio?
¿Estamos en la tierra, ó en el cielo?
Tanta gloria á lo menos no es del suelo.

Donde está Dios es claro
Que allí está el cielo, le replica el burro.
Por un cambio el mas raro,
Que solo viene de él, según discurro,
También yo nado en golfos de placeres,
Y el más feliz me juzgo de los seres.

Cuando fué á la morada
De Isabel, el Señor, dentro del seno
De su madre preñada,
Menos feliz que yo fué el asno bueno
Que le llevó sin verle, como ahora
Viendo estoy yo su cara encantadora.

El otro en que montado
Entrará un día en la ciudad ingrata,
Con razón será honrado;
Mas servir á Jesús, cuando se trata
De darle muerte, es gloria de una clase
Inferior á servirlo cuanda nace.

De su preciosa vida
Yo cuido ahora, y dentro de muy breve
En su penosa huida
Para Egipto, cuando un tirano aleve
Quitársela querrá, cruel y ambicioso,
Llevaréle en mis hombros venturoso.

El parejuelo amable,
Penetrado del dulce sentimiento
Y la idea agradable
De su felicidad, con el aliento
Procura defender al Dios naciente
De la ingrata impresión del frío ambiente.

Remueven con la boca
El seco heno, mas no para engullirle,
(Pues ya no les provoca)

Sí para más y más con él cubrirle,
Doblando, en ademán de quien se humilla,
Cada cual ante el Niño la rodilla.

Así fué conocido,
Así adorado fué por las dos bestias
El Dios recién nacido,
Así fué consolado en sus molestias.
Con estas y otras mil demostraciones
Diéronle culto, honor y adoraciones.

¡Oh animales dichosos!
¡Oh irracionales de razón colmados!
¡Oh buey, ó asno preciosos,
De los seres los más privilegiados!
Al veros junto á un Dios infante tierno
Yo me humillo ante vos y me prosterno.

¡Mortales! aprendamos
Del asno y buey, sublime inteligencia;
Vamos anciosos, vamos
Al pesebre do yace á la inclemencia
Del invierno el creador de cielo y mundo,
Rindámosle el respeto más profundo.

Y vosotras, niñuelas,
Angeles bellos de Jesús queridas,
Aprestad las vihuelas,
Y con voces de lo íntimo salidas,
Con la tierna letrilla que os presento,
Cantad su angusto y dulce nacimiento.

Año de 1829.

NENIA Ó CANCIÓN LÚGUBRE

EN LA CUAL LA DIVINA NINFA BUENOS AIRES, RECLINADA Á LAS MÁRGENES DEL FAMOSO ARGENTINO, ELEVA SUS QUEJAS AL SUPREMO JÚPITER, LAMENTANDO LA DESUNIÓN, Y DESBASTACIÓN DE LAS PROVINCIAS DE SUD AMÉRICA, OCASIONADA POR LA DISCORDIA; Y SE QUEJA DE LA INGRATITUD CON QUE LAS PROVINCIAS HAN DESCONOCIDO HABER SIDO PRINCIPALÍSIMO FUNDAMENTO DE SU LIBERTAD DICHOSA.

Del plateado Argentino caudaloso,
En la amena ribera, se presenta
Buenos Aires, cuyo aspecto hermoso,
Su ser divino y magestad ostenta:
Y en medio del dolor que riguroso
La afije, la devora y atormenta,
Que es hija verdadera no desmiente
Del que es de las deidades presidente.
Allí, en la verde grama reclinada
La hermosa ninfa, perlas del Oriente
Hilo á hilo derrama consternada,
Con que aumenta del río la corriente;
De funesto ciprés trae coronada
Por señal de dolor su augusta frente;

* Argentides llama el autor las ninfas del río Argentino: voz hasta aquí desconocida, que como de propia invención sujeta el autor al dictamen de los sabios. (Nota del poeta).

De allí despide, en alas de los vientos,
A las etéreas salas sus lamentos.
Oye el río su voz, su curso para;
Admirado, el asombro le detiene;
Pausa el murmurio, y la deidad repara,
Que magestuosa allí presente tiene;
Su aflicción nota, ve en su hermosa cara,
De perlas el raudal que le previene;
El lo recibe ufano, y reverente;
Torna el murmurio, y sigue su corriente.
Las argentides bellas, los clamores
De la deidad que adoran escuchando,
Con pálidos semblantes plañidores
Del río á las orillas van llegando.
Se acercan, y confusas entre horrores,
Están la aflicta ninfa contemplando.
Su pena crece al contemplarla, tanto,
Que á ser mar pasa el río, con su llanto.
Júpiter soberano ser supremo,
La ninfa esclama, con acento tierno,
A vos me quejo, cuando en este estremo
La confusión me cerca del averno.
Justo sois numen sacro, y ya no temo
Me dejeis sepultada en llanto eterno.
Oid mis quejas, y escuchad atento
La causa de mi pena y mi tormento.
Yo, hija vuestra en un tiempo tan amada,
Vuestra predilección feliz gozando,
Del olimpo á la cima fuí elevada,
Vuestro poder augusto manejando.

Mil fértiles provincias madre amada
Y soberana á un tiempo, me han llamado.
El antártico polo vió gozoso
Ceñir mi frente de laurel glorioso.
No es aura del poder, que al ambicioso
Halaga regalada, y blandamente;
No de señora el título pomposo
Que infatúa al soberbio é imprudente.
Nada es para mí, en fin, tan delicioso,
Nada tan dulce, amable y complaciente,
Y nada que á mi amor mejor le cuadre,
Que el tiernísimo título de madre.
Como madre solícita gemía
El ominoso y duro cautiverio,
Con que el soberbio íbero tenía
Nuestros cuellos sujetos á su imperio.
No así la esclavitud propia sentía,
Cuando al considerar, con juicio serio,
A mis amados hijos entre penas,
De esclavos arrastrando las cadenas.
El maternal amor mi pecho inflama,
Y de mis dulces hijos los gemidos,
El aire son que aumenta más la llama,
Pasando al corazón por los oídos.
Un Vesuvio es ya el pecho, airado brama,
Dando horrísonos, fuertes estallidos.
Las furias me devoran del Cocito,
Y de la libertad levanta el grito.
De las ninfas de América yo he sido
La primera que voz tan dulce ha dado;

Gloria inmortal, que justa he merecido,
Y que no borrará el rigor del hado,
La fama así en su templo lo ha esculpido,
Y en láminas de bronce lo ha grabado,
Para que á Buenos Aires, reverente,
Tribute honor la americana gente.
La libertad aclamo, y generosa,
Prodigo mis tesoros y caudales;
Para comprar la libertad dichosa,
De los que ingratos hoy son mis rivales,
Infatigable, activa y laboriosa,
Mis cuidados destaco principales
A auxiliar las provincias, á quien veo
Ser del fiero opresor triste trofeo.
De mis porteños hijos valerosos,
Que son del duro Marte un fiel traslado,
Escuadrones formando numerosos,
Hace marchar mi amor y mi cuidado.
A contrastar valientes van gozosos,
La furia y el rigor, del cruel hado;
Que en la dura opresión del godo bando,
Tiene á tantas ciudades suspirando.
Las guerreras escuadras, prevenidas,
Del sanguinario Marte á las funciones
Van abundantemente proveídas
De pertrechos de guerra, y municiones.
Fuertes espadas, finas y lucidas
Llevan, obuses, balas y cañones:
Que con bagajes, y demás apresto,
Un inmenso caudal se agota en ésto.

Las ciudades, al verse protejidas
Con socorro tan fuerte y poderoso,
Las humildes cervices abatidas,
Elevan con placer, contento y gozo.
A sacudir se arrojan, atrevidas,
De esclavitud el yugo ignominioso.
Con pecho fuerte y valerosa mano,
Triunfan, vencen y humillan al tirano.
De la vil servidumbre las cadenas
Quebrantan, y entre triunfos y victorias,
En desagravio de pasadas penas,
Laureles ciñen de inmortales glorias.
Del júbilo y placer se ostentan llenas,
Al ver que de sus nombres las memorias
Serán de polo á polo eternamente,
Oidas con asombro reverente.
¿Quién, pues, de tanta gloria la primera
Causa eficiente y fundamento ha sido?
¿Quién del olimpo altivo á la alta esfera
Las argentinas ninfas ha ascendido?
¿Quién arboló primero la bandera
Contra el usurpador cruel y temido?
¿No ha sido Buenos Aires? Sí, la fama,
En ambos hemiferios lo proclama.
Córdoba, Tucumán, Santiago y Salta,
Jujuy, Rïoja, Catamarca, y cuantas
Ciudades bellas, de los Andes la alta
Cordillera postradas ve á sus plantas,
Oigan si el esplendor que hoy las esmalta,
De libertad y de victorias tantas,

A mi amor maternal no la han debido,
Que en su auxilio y amparo siempre ha sido!
La sangre de mis hijos bermejando
Del Perú, Chile, y Lima, en las campañas,
Está en mudo lenguaje publicando
Que esa sangre vertieron mis entrañas;
Que se fué por las venas destilando,
De mis hijos, que son fieras sañas,
Heroicos se arrojaron á la muerte,
Por dar á las provincias mejor suerte.
De Atagualpa á los manes he ofrendado,
De los tiranos godos en las vidas,
Mil víctimas sangrientas, que han pasado
La Estigia de Aqueronte conducidas,
Al reino de Pluton, donde han hallado
De su crueldad las penas merecidas.
Allí de las arpias devorados
Serán por justo juicio atormentados.
¿Y cual, Júpiter santo, cual ha sido
El fruto de trabajos tan gloriosos?
¿Qué digna recompensa ha recibido
De aquellos que por mí fueron dichosos?
El fruto, es el dolor tan desmedido,
Que hoy á mi corazón divide en trozos
Al ver mis tiernas hijas tan amadas
Volver unas contra otras las espadas.
Mirar rota la unión, la unión sagrada,
Principal base y sólido cimiento
De nuestra libertad tan suspirada,
Y de nuestro esplendor y lucimiento:

La unión, en quien se mira vinculada
La gloria y el honor del vencimiento;
La unión, sin la cual somos delirantes,
Tristes aduares de árabes errantes.
La unión, sin cual nunca llegaremos
Al rango y esplendor que en las naciones
Nos de el lugar á que aspirar debemos,
De una nueva nación, entre blasones,
Gloria que conseguir jamás podremos
Divididos en bandos y fracciones.
Bien ser libres podemos, no nación,
Que esta se constituye por la unión.
¿Por qué con tanta saña procuramos
Ir nuestra sangre y fuerzas apocando,
Y envueltos en civiles armas damos
Fuerza y derecho al enemigo bando?
¿Por qué con tal furor despedazamos
Esta unión invencible, condenando
Nuestra causa aprobada y armas justas,
Justificando en esto las injustas?
¿Que rabia, ó que furor desatinado
Habeis contra vosotros concebido,
Que así quereis que el argentino estado
Venga á ser por sus manos destruído,
Y en su virtud y fuerzas sofocado
Quede, con nombre infame confundido?
No rompais la hermandad con torpes modos,
Pues miembros de su cuerpo somos todos.
Ea vosotros volved, no deis oído
De la discordia á embustes y marañas,

Pues ellas os conducen á un partido
Que viene á deslustrar vuestras hazañas.
En virtud de la unión habeis rompido
La ominosa opresión de las Españas;
Por la unión, sereis siempre venturosos,
Respetables, temidos y gloriosos.
Este es, Júpiter sacro, el cruel tormento
Con que más mis entrañas maternales
Hoy despedazan, con furor sangriento,
Las arpias, y furias infernales.
No así el mirar ingratas tanto siento,
Mis infatuadas hijas desleales,
Cuando al verlas, tan tristes divididas,
Y entre sus propias ruinas confundidas.
Siendo la ingratitud con que pregonan
Que usurparles avara he pretendido
La amable libertad de que blasonan,
Y en que la mayor parte yo he tenido,
Feo borrón con que se creen abonan,
El lamentable error que han cometido;
Creyendo que el ser libre consistía
En el funesto horror de la anarquía.
Siento que tanta vida prodigada
De mis nobles porteños, por salvarlas;
Tanta sangre preciosa derramada,
De dura esclavitud por libertarlas;
Tanto caudal y hacienda aniquilada
Con mano liberal por auxiliarlas,
Todo esto y más, por premio haya tenido
La ingratitud, la injuria y el olvido.

Esta pena me aflije; entre tormento
De tanta ingratitud me martiriza;
Mas no es la ingratitud lo que mas siento,
Que otra angustia mayor me tiraniza:
Angustia que ocasiona mi lamento,
Y que á quejarme á voces me precisa.
Lloro los males, la discordia lloro
Con que ultrajan mis hijas su decoro;
Lloro la destrucción, lloro la ruina
De provincias tan fértiles y amenas;
Lloro el furor insano que encamina
Mis hijas á arrastrar nuevas cadenas;
Lloro su deshonor y la intestina
Guerra, que me ocasiona tantas penas:
Guerra fatal, injusta y destructora,
Con que la vil discordia nos devora.
¡Oh labrador eterno cancervero!
¡Oh gran Pluton, rector del bajo infierno!
¡Oh cansado Aqueronte viejo barquero!
Y vos laguna Estigia, y lago Averno,
¡Oh Demogón! Tú pues que lo postrero
Habitas del Tartareo reino eterno,
Y las hirvientes aguas de Aqueronte,
De Leteo, Cocito y Flegetonte.
Vosotras furias que con mil crueldades
Atormentais las ánimas dañadas,
Que aun temen ver las ínferas deidades
Vuestras frentes de vívoras crinadas,
Y vosotras, Gorgóneas potestades,
Por mi llanto y palabras apremiadas,

Llevad á vuestro imperio la discordia,
Y entre nosotros reine la concordia.
Y vos, Júpiter sacro, padre amado,
Que mi angustia mirais y dolor fiero,
De mi lamento y quejas apiadado,
Mostraos vengador, y justiciero:
De ira, venganza y de furor armado,
Sed contra la discordia juez severo.
De ella me quejo á vos, pues ella ha sido
La que la unión dichosa ha destruído.
Restableced la unión, numen sagrado,
Que la discordia avara y envidiosa,
Junto con el honor, nos ha robado,
Causando nuestra ruina vergonzosa:
Piadoso, contemplad el triste estado
De esta parte de América preciosa:
Contemplad mi dolor, mirad mi llanto,
Mi angustia, mi pesar y mi quebranto.
Así exclamó la ninfa y desmayada,
A esfuerzos del dolor que la oprimía,
Quedó en la verde grama reclinada,
Tal, que un yerto cadaver parecía.
Al verla las Argéntides postrada,
Cada cual por su parte absorta huía;
Se altera el Argentino con su llanto,
Y yo, anegado en él, doy fin al canto.

1822.

JOSÉ ANTONIO MIRALLA

ILUSION *

Soñé que la fortuna en lo eminente
Del mas suntuoso trono me ofrecía
El imperio del orbe, y que ceñía
Con diadema inmortal mi augusta frente.

Soñé que del ocaso hasta el oriente
Por muy sabio mi nombre discurria,
Y que del setentrión al mediodía
Mi poder se adoraba humildemente.

De triunfantes despojos revestido,
Soñé que de mi carro rubicundo
Tiraba César con Pompeyo uncido.

Despertóme un estruendo furibundo
Solté la risa, y dije en mi sentido:
¡Así pasan las glorias de este mundo!

---

* Los habaneros incluyen este soneto entre las poesías de Dn. Manuel Zegueira y Arango, y también entre las de Dn. Manuel Justo Rubalcara; pero el autor es Miralla, y fué compuesto sobre el pié forzado: «Así pasan las glorias de este mundo», que le dió su amigo, el poeta García del Río, después de un banquete celebrado en Boston.

Este mismo soneto, con algunas pequeñas variantes, ha sido incluído entre las poesías de Dn. Claudio Mamerto Cuenca (Tom. 3o., Pág. 81) por su editor, Dn. Heraclio C. Fajardo. El érror hace suponer que puedan haber incluído otras poesías agenas entre las de este poeta.

EL CEMENTERIO DE ALDEA

POR TOMÁS GRAY

(Traducción del inglés)

La esquila toca el moribundo día,
La grey mujiendo hácia el redil se aleja,
A casa el labrador sus pasos guía,
Y el mundo á mi y á las tinieblas deja.

La debil luz va del pais faltando,
Y alto silencio en todo el aire veo,
Menos do gira el moscardón zumbando
Y allá, do al parque aduerme el cencerreo;

O en esa torre envuelta en yedra, en donde
El triste buho quéjase á la luna
Del que vagando por donde él se esconde
En su antiguo dominio le importuna.

Bajo esos tilos y olmos sombreados
Do el suelo en varios túmulos ondea,
Para siempre en sus nichos colocados
Duermen los rudos padres de la aldea.

Del alba fresca la incensada pompa,
La golondrina inquieta desde el techo,
Bronco clarín de gallo, eco de trompa,
No más los alzan del humilde lecho.

No arde el hogar para ellos, ni á la tarde
Se afana la mujer, ni á su regreso
Los hijos balbuciando hacen alarde
De trepar sus rodillas por un beso.

¡Cómo las mieses á su hoz cedían,
Y los duros terrones á su arado!
¡Cuán alegres sus yuntas dirigían!
¡Cuántos bosques sus golpes han doblado!

No mofe la ambición caseros bienes
Y oscuras suertes de fatigas tales,
Ni la grandeza escuche con desdenes
Por humildes del pobre los anales.

El boato y el blason, mando envidiable,
Y cuando existe de opulento y pulcro,
Lo mismo tiene su hora inevitable:
La senda de la gloria vá al sepulcro....

No les culpeis, soberbios, si en su tumba
La memoria trofeos no atesora;
Do en larga nave y bóveda retumba
Del alto loor la antífona sonora,

¿Volverá una urna inscrita, un busto airoso,
El fugitivo aliento al pecho inerte?
¿Mueve el honor al polvo silencioso?
¿Cede á la adulación la sorda muerte?

¡Tal vez en este sitio abandonados
Hay pechos donde ardió celestial pira,

Manos capaces de regir estados,
O de extasiar con la animada lira!

Mas, su gran libro, donde el tiempo paga
Tributos, nunca les abrió la escuela;
Su noble ardor fría pobreza apaga,
Y el torrente genial de su alma hiela.

¡Cuánta brillante asaz piedra preciosa
Encierra el hondo mar en negra estancia
¡Cuánta flor, sin ser vista, ruborosa
En un desierto exhala su fragancia!...

Tal vez un Handel rústico aquí se halla
Que al tiranuelo del solar valiente
Resistió; un Milton que sin gloria calla;
De sangre patria un Cronwell inocente....

Oir su aplauso en el Senado atento,
Ruinas y penas echar de su memoria,
La tierra henchir de frutos y contento,
Y en los ojos de un pueblo leer su historia,

Su suerte les vedó; más en su encono
Crímenes y virtudes dejó yertas;
Vedóles ir por la matanza al trono
Y á toda compasión cerrar las puertas;

Callar de la conciencia el fiel murmullo,
Apagar del pudor la ingenua llama,
O el ara henchir del lujo y del orgullo
Con el incienso que la musa inflama....

Léjos del vil furor del vulgo insano,
Nunca en vanos deseos se excedieron;
Y por el valle de un vivir lejano
Su fresca senda sin rumor siguieron.

Mas, protegiendo contra todo insulto
Estos huesos aquél túmulo escaso,
De rústica escultura en verso inculto
Pide el tributo de un suspiro al paso.

Nombre y edad por pobre musa puestos,
Vez de elegía y fama desempeñan;
Y esparcidos en torno, sacros textos,
Que á bien morir al rústico le enseñan.

¿ Pues, quién cedió jamás esta existencia
Inquieta y grata al sordo olvido eterno,
Y dejó de la luz el alma influencia
Sin mirar hácia atrás, lánguido y tierno?

Al irse el alma un caro pecho oprime,
Y llanto pio el ojo mustio aguarda:
Naturaleza aún en la tumba gime,
Y aún en cenizas nuestro fuego guarda.

Por tí, que al muerto abandonado honrando
Su triste historia haces que en verso fluya,
Si acaso solo, pensativo, errando,
Un genio igual pregunta por la tuya,

Tal vez un cano labrador le diga:
«Del alba le hemos visto á la vislumbre,

Sacudiendo el rocío en su fatiga,
Irá encontrar el sol en la alta cumbre.

Allá, al pié de aquel roble que ballesta
Y hondas raíces tuerce caprichoso,
Molesto se tendía por la siesta,
Viendo al vecino arroyo bullicioso.

Ya en ese bosque desdeñoso andaba,
Sus temas murmurando y sonrriendo;
Ya solitario y pálido vagaba,
Como de amor y penas falleciendo.

Faltóme un día en la colina usada,
Junto á su árbol querido, y en la dehesa
Al otro no le hallé, ni en la cascada,
Ni en la alta loma, ni en la selva espesa.

Con ceremonia lúgubre cargada
En el siguiente al cementerio vino,
Lee (pues sabes), lo que está grabado
En esa piedra, bajo aquel espino.»

EPITAFIO

Aquí el ragazo de la tierra oculta
Un joven sin renombre y sin riqueza;
Su humilde cuna vió la ciencia oculta
Y marcóle por suyo la tristeza.

Fué generoso y síncero y el cielo
Pagóle Dios cuanto tenía consigo:
Una lágrima al pobre por consuelo;
Tuvo de Dios cuanto pidió: un amigo.

Su flaqueza y virtud bajo esta losa
No más indagues de la tierra madre:
Con esperanza tímida reposa
Allá en el seno de su Dios y Padre...

A LA TEMPRANA MUERTE DE MR. WILLIAM WINSTON.

De admiración y de tristeza lleno
Te invoco, oh musa, en el lugar sombrío
Que iguala al rico, al pobre, al malo, al bueno.

Aquí, donde el piadoso y el impío
Notan de igual pavor sobrecogida
Su razón que enmudece y pierde el brío;

¡Aqui, observa lo que es la distinguida
Raza del hombre!... ¡polvo, que perdiera
El movimiento que le daba vida!

Vuelve en torno la vista por do quiera
Y dí, si en esta lóbrega morada
El mayor privilegio, no es quimera.

Mira á Winston; su máquina formada
Para vivir mil siglos parecía,
Y un leve soplo convirtióla en nada...

Más robusto que un Hércules tenía
El alto cuerpo, en todo incomparable,
De magestuosa y diestra simetría.

En seis lustros de edad inmarchitable,
El blanco rostro de carmín teñido
De salud era síntoma envidiable;

En virtudes y en ciencias distinguido,
Amable sin igual en sus modales,
Siempre en la sociedad fué preferido:

¡ Destino de los míseros mortales!
¡ Qué fuerza, ó virtud, ó ciencia, alcanza
Contra la ley que á todos hace iguales!

Dióle Temis, por justo, su balanza;
Marte, en el campo le salvó por fuerte;
¡Y Winston, dónde está con su esperanza!...

Va un criminal por sangre ó mejor suerte
Desde el polo á las tórridas regiones,
Y logra el fin sin encontrar la muerte;

Trae Winston humanas intenciones,
Deseo de saber, amistad pura...
Y el inocente espira entre aflicciones.

Llanto, desolación y desventura
Deja á su triste madre, á sus parientes
Y amigos que llenaban su ternura...

Mas, no lloreis desconsoladas gentes,
No penseis que muriera abandonado
A la merced de seres inclementes.

No; que en el clima abrasador ó helado
Es uno, el corazón americano,
Para sentir y para amar formado.

Winston murió: mas no le faltó mano
Que cerrara sus ojos compasiva,
Con el cariño de un sensible hermano:

Su muerte hizo impresión, y tan activa,
Que, yo ví más de un alma consternada
Y mustia como herida sensitiva.

¡Ay! quién sabe, si al fin de mi jornada,
Yo, que llanto por Winston he vertido,
Hallo quien sienta á mi postrer mirada,
O me condenan todos al olvido.

LA LIBERTAD

Á NICE

Gracias á tus engaños,
Al fin respiro, oh Nice,
Al fin de un infelice
Tuvo el amor piedad.
De trabas y sus daños
Libre está el alma mía:
No sueño cual solía,
No sueño libertad.

Cesaron, mis ardores:
Tan tranquilo he quedado,
Que en mí no haya ni enfado
Para disfraz amor:
No mudo ya colores
Con solo oir nombrarte;
Y el pecho ya al mirarte
No late de temor:

Sueño, mas no te veo
Siempre en mi sueño intenso.
Despierto, y ya no pienso
Al despertar en tí.
Lejos de tí paseo
Sin ver que estás ausente;
Y no causas presente
Pena ó placer en mí.

Hablo de tu hermosura,
Ni enternecerme siento;
Mis desvaríos cuento,
Y no me se enfadar;
Si te hallo, por ventura
No alteras mi desvío,
Y al mismo rival mío
De tí podría hablar;

Pónme el semblante airado,
Háblame en tono humano,
Ya tu desprecio es vano,
Es vano tu favor;
Que el mundo acostumbrado
Perdió ya el labio tuyo,
Tu vista, ni la suya
No ya me inspira ardor:

Que esté ó no con disgusto
O triste ó complacido,
Ya no es á tí debido,
Ya culpa tuya no es;
Pues sin tí me da gusto
La selva, el monte, el prado,
Y una mansión de enfado
Me enfada aunque allí estés.

De ingenuo he aquí una prenda,
Aun me pareces bella,
Mas ya no eres aquella
Nice sin parangón:

(La verdad no te enfade),
En tu gallardo cuerpo,
Ya noto algún defecto,
Que creí perfección.

Al romper las cadenas,
(Con rubor lo confieso),
Del dolor al exceso,
Me pareció morir:
Mas por salir de penas
Y de un tirano abismo,
Por volverse á sí mismo,
Todo es dado sufrir:

El jilguero con liga
Alguna vez cogido
Las plumas ha perdido
Lográndose escapar.
Pasada la fatiga
Presto plumas renueva
Y nadie con tal prueba
Le vuelve á aprisionar.

Sé que aún no crees extinto
En mí el antiguo fuego;
Porque hablo de él y luego
No puedo callar yo,
El natural instinto
A hablar Nice me alienta
Con que cualquiera cuenta
Los riesgos que pasó.

Refiere su ardimiento
En combate pasado,
Y muestra así el soldado
De un golpe la señal;
El esclavo contento
Porque salió de pena
Muestra así la cadena
Que arrastró por su mal.

Hablo, mas solo hablando
Mi recreo procuro ;
Hablo, mas yo no juro
Si crédito me dás.
Hablo, mas no demando
Si apruebas mis razones,
Si cuando á hablar te pones
De mí tranquila estás.

Yo pierdo una inconstante,
Tú, un corazón sincero,
Yo no sé quien primero
Se deba consolar;
Se que un tan fiel amante,
No hallarás, Nice, ahora,
Y que otra engañadora
Es fácil encontrar.

Vuelve á mi pecho agitado
La paz, Nice, y tu favor,
Que cuanto canté irritado
Recantar quiero de amor.

Si Metastasio, agitado
Logró de Nice el favor;
A quien nunca te ha irritado
¿Negarás Malvina amor?

PALINODIA

Á NICE

Perdona mis engaños;
El amor, cara Nice,
De un amante infelice,
Es digno de piedad.
Estar libre de daños
Jactóse el alma mía;
Mas ya como solía
Ni aun sueña libertad.

Finge de mis ardores
Tranquilo haber quedado,
Para que asi el enfado
No descubriese amor:
Mas, mude ó no colores
Con solo oir nombrarte,
El pecho sin mirarte
Me late de temor.

Ya despierto y te veo
No solo en sueño intenso

Pues cuanto veo pienso
Que se transforma en tí,
Produce mi paseo
Pena, si estás ausente,
Placer si estás presente,
Y hasta delirio en mí.

Cuando de tu hermosura
No hablo, disgusto siento:
Sin ti placer no cuento,
Todo me hace enfadar:
Tengo por tal ventura
Enmendar mi desvío
Que al mismo rival mío
De tí le suelo hablar.

Ponme el semblante airado
Hablame en tono humano,
Yo me defiendo en vano
De tu ira ó tu favor:
Que en todo acostumbrado
Al dulce imperio tuyo
De toda idea huyo
Que no me inspire ardor.

Todo goce es disgusto
Si no te he complacido
Lo que no te he debido,
Contigo me da gusto
La selva, el monte, el prado,

Y todo me da enfado
Como tú allí no estás.

No solo cara prenda
Tu me pareces bella,
No solo eres aquella
Nice sin parangón,
Sino que (aún cuando ofenda),
En cualquier otro aspecto,
Es para mi un defecto
Lo que en ti perfección.

No rompí las cadenas,
Que en vano (lo confieso)
Intenté aquel exceso,
Pues me creí morir.
Ay! por salir de penas
Toqué, mayor abismo;
Ya ni intentar lo mismo
Podría yo sufrir.

El jilguero con liga
Alguna vez cogido
Las plumas ha perdido
Queriéndose escapar.
Más su inútil fatiga
Sus prisiones renueva,
Y cuanto más lo prueba
Más se hace aprisionar.

No, yo no quiero extinto
En mí el antiguo fuego,

Que aunque lo digo, luego
Ya no lo quiero yo.
Hablar locuaz instinto
A todo amante alienta,
Más mientras su amor cuenta
La llama no pasó.

De Marte el ardimiento
En la lid que ha pasado,
Detesta allí el soldado;
Mas vuelve á la señal
Por costumbre, contento,
El esclavo, y sin pena,
Vuelve así la cadena
Que antes creía un mal.

Hablo más siempre hablando
Hablar de tí procuro;
Yo nuevo amor no curo,
Solo si fé me das.
Hablo, y después demando
Piedad de mis razones,
Do quiera que te pones
Mandándome allí estás.

A quien no es inconstante,
Aun veo tan sincero,
¡Ay! á su amor primero,
¡Ay! vuelve á consolar
Arrepentido amante
Soy, bella Nice, ahora,

Y una alma engañadora
En mi no has de encontrar.

Vuelve á mi pecho agitado
La paz, Nice, y tu favor,
Que cuanto canté irritado
Recantar quiero de amor.
Si Metastasio, agitado
Logró de Nice el favor,
¿A quien nunca te ha irritado
Negarás Malvina amor?

LA PALOMILLA AUSENTE

Amable Citerea
Madre de los placeres,
Por quien todo respira
Y sin quien todo muere;
Que con mayor cariño
Amparas y proteges
Los seres más sensibles
Más tiernos y más fieles;
Que en tu carro de nacar
Sobre todo prefieres
Las mansas palomillas
Que ufanas te preceden;

«De un infeliz palomo
« Las penas compadece
« Y vueve á su nido
« Su palomilla ausente ».
Nacido entre las selvas
Arisco vivió siempre,
Por el sombrío bosque
Y por el prado verde,
Sin sujetarse á nadie,
Ni de amor á las leyes,
Triscaba entre las aves,
Como el céfiro leve
Lo hiciera entre las flores
Que jugueteando mece:
Alguna vez quedose
En los sitios alegres
Con varias palomillas
Gozando los placeres
Que en alternados trinos
Y en juegos inocentes
La sociedad amable
A todos nos ofrece;
Hasta que al fin, Cupido,
Cuyas flechas mil veces
Burlara aquel palomo,
Cogióle con sus redes.
Una hermosa paloma,
De improviso, el aleve,
Le presenta delante,
Que atónito le deja.

Los ojos son centellas
Con un juego celeste,
Cuyas modestas gracias
Animan, hablan, hieren.
Las plumas del contorno
Al oro en nada ceden;
El delicado pico
Ambar y rosas tiene;
El torneado cuello
Es más blanco que nieve,
Y á sus mismas rivales
En todo les parece
Más gallarda que Juno,
Más tierna que Citeres.

Perdona madre mía,
Si el numen encarece
Los dones de que abunda
La palomilla ausente,
Contemplala el palomo
Confuso, humilde, y teme,
Dirijirla un arrullo
De que tal vez se ofenda:

Pero astuto, Cupido,
Le instiga y compromete:
El palomo se aleja,
Da mil giros y vuelve,
Y suspira, y al cabo,
Con la esperanza crece

El animo, y temblando
Le dice que la quiere.

Ella recibe atenta
Obsequios que merece,
Más del amor la llama
En su pecho no prende.
Rendido aquel le jura
Y de nuevo promete,
Fidelidad, cariño,
Constancia hasta la muerte.

La paloma al principio
Las promesas no cree,
Mas casi persuadida...
¡Ay, cielos! de repente
La arrebata Cupido
Y las espaldas vuelve.
El infeliz palomo
Desconsolado hiere
El suelo con sus alas,
Y al contorno conmueve
Con sus tiernos gemidos
Que repiten mil veces:
«Volvedme, justos cielos,
Mi palomilla ausente.»

Ya se figura triste
Que jamás á ver vuelve
Su adorada paloma,

Y que ésta el aire hiende
Tirando de tu carro,
Oh diosa de Citeres,
Del palomo olvidada,
Entre el cortejo alegre.
« Amable Citerea.
« Madre de los placeres »
Si valen de un poeta
Las súplicas y preces,
De un poeta que es tuyo,
De un poeta que siente
El rigor de la ausencia
Pero que no se atreve
A pedirte le vuelvas
A su Malvina ausente,
Pues, aunque tu la mandes,
A tu culto rebelde,
Ninfa que no ha seguido,
Jamás tus dulces leyes,
A tus mismos preceptos
Sería indiferente;
Si valen, madre mía,
Mis súplicas y preces,
« Al infeliz palomo
« Que de pesar fallece,
« Vuélvele condolida
« Su palomilla ausente.

LA PRETENCION POR DESPEDIDA

SONETO

Hércules domador del monstruo fiero
Por Dejanira en puro amor ardia;
Y la ninfa cruel le respondía
« Ser no puedo sensible á un Dios viajero ».

—¡Ingrata! si tu amor fuera sincero,
¿Cómo negarme aquel placer podrías
Con que premia la noble simpatía
Las ansias de un amante verdadero?

—Dijo Alcides, y aun antes que la aurora,
Proseguir le obligara su camino,
Gozó el Dios de la ninfa encantadora;

¡Y yo porque me voy, fiero destino,
Cuando mi pecho á Tirsi bella adora!
¡No he de probar de aquel placer divino!

JUAN GUALBERTO GODOY

DELICIAS DE LA VIDA CAMPESTRE

Deja el mullido lecho,
Lisis graciosa y bella,
Que en el cielo una estrella
No centellea ya;
Tras de la onda azulada
Del mar del occidente,
De la luna fuljente,
El disco oculto está.

Orillas de esta fuente
Sonora y cristalina
La brisa matutina
Ven, Lisis, á aspirar:
Verás mis cabritillos
Triscar por las laderas,
Y mis mansas corderas
Alegres retozar.

De flor en flor vagando
Verás las mariposas,
Y entre aromas y rosas
La abeja voltejear;
Oirás entre el follaje
Blandamente mecido,
Del céfiro el gemido
Que allí viene á espirar.

Bajo los bosquecillos
Que guarnecen la entrada
Del valle, Lisi amada,
Allí te esperaré,
De lindas minituzas
Que esmaltan esta falda
Tejeré una guirnalda
Que á tu sien ceñiré.

Mi cabaña aunque pobre,
Siempre fresca y aseada,
Por árboles sombreada
Asilo te dará:
Do los rayos solares
A penetrar no alcancen
Do tus miembros descancen
Mientras el sol se vá.

Deja, Lisis, que el rico
Inerte se consuma
Sobre lecho de pluma
En su letal sopor.
Nosotros entre tanto
Gocemos la belleza
De la naturaleza
Con el primer albor.

De las grandes ciudades
El morador ignora
Cuan hermosa es la aurora,
Cuan bello el arrebol

Con que esmalta los campos
La luz de la mañana,
Ese fulgor de grana
Con que los dora el sol.

El no sabe cuan grato
Es sobre las colinas
Las brisas matutinas
Venir á respirar;
Ni conoce el aroma
Que el aire perfumado
Por las flores del prado
Derrama sin cesar.

¿Gustó una vez acaso
El agua de la fuente,
Que pura y trasparente
Lamiendo la raíz
De las variadas plantas
Entre algas se desliza,
Y su orilla matiza
De flores un tapiz?

No, Lisis: solo el campo
Ofrece tales goces;
Tú que no lo conoces
Ignoras su valor;
Ven, gusta estas delicias
Que en el alma no dejan,
Si alguna vez se alejan,
Austero sinsabor.

Solo el campo merece
Tenerte entre sus flores,
Para que á sus olores
Tu aliento aromas dé.
Tú que eres peregrina
Cual la flor del desierto,
¡Cuán místico concierto
Harás donde ella esté!

Los valles solitarios
Criólos Providencia
Para que á la inocencia
Seguro asilo den.
En ellos halla el hombre
Que tímido se aleja
Y el torbellino deja
Del mundo, un nuevo Eden.

El aire emponzoñado
Que exalan las ciudades,
No es en las soledades
Do se viene á esparcir:
Allí el grito doliente,
Allí el hondo gemido
Del mísero oprimido
No se dejan sentir.

Cuando ensañado brama
El toro en la alta sierra,
Y entre nubes de tierra

Envuelve su clamor,
El dolor no le arranca
Su mugido sonoro,
No es la espresión del lloro
La voz, es del amor.

Si gime en la espesura
La tórtola inocente,
No se queja doliente
De que haya el cazador
Con tiro inesperado,
Robádole á su nido
El consorte querido,
Objeto de su amor.

El lujo de los grandes
Que en las ciudades brilla
Aquí no nos humilla
Rompiendo la igualdad.
A la joven hermosa
La salud da colores,
Y el campo bellas flores
Que adornen su beldad.

Infame aquí no mancha
El labio la mentira;
Verdad solo respira
Pureza y sencillez;
Es solo en los salones
Do el cortesano mora

Do lengua engañadora
Hace uso del doblez.

La mano ensangrentada
De un tirano no asusta,
Ni sombría ni adusta
Levanta aqui su faz;
Aduladores no halla
Aquí la tiranía;
Ni vil con osadía
Para ser su secuaz.

Como el aire que suelto
Circula en la llanura
Rizando la verdura
Y meciendo al huir
El espeso follaje
Del bosque silencioso,
Y un éco misterioso
Recoge su gemir.

Asi es, Lisis, el hombre
Que en el campo reside:
Su libertad no mide
Ni la ley, ni el poder.
En medio del desierto,
O bajo su cabaña,
La libertad no extraña
Hoy, que gozaba ayer.

Deja el mullido lecho,
Lisis encantadora,
Que ya los prados dora
El rayo matinal.
El cielo y el desierto
Es la hora en que se anegan
En luz, y que despliegan
Grandeza sin igual.

Ven dulce y tierna amiga,
Ven cándida paloma
A henchir de grato aroma
Tu puro corazón;
Ven rosa solitaria
Del escondido valle,
A donde tu alma no halle
Ni engaño, ni ficción.

En las ciudades queden
Los que gustan de engaños,
Pasen alli sus años
Mendigando el favor
Del poderoso esquivo,
Del intrigante artero,
De adulador rastrero,
De dama sin pudor.

Lima, Enero 17 de 1843.

LAS LLANURAS DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

¡Que bello es en la llanura
El despertar de la aurora,
Cuando con su lumbre pura
Las sábanas de verdura
El sol refulgente dora!

Nada á la vista se ofrece
Que estorbe ver descubierto
El sol que por grados crece,
Y cual gigante aparece
Al extremo del desierto.

Aun no muestra en el oriente
El astro de la mañana
Su gran disco refulgente,
Cuando corona su frente
Una aureola de oro y grana.

Cambia este iris sus colores,
Poco á poco, y desde luego,
Se enrojecen los vapores,
Hasta que el sol sus fulgores
Ostenta en un mar de fuego.

Entonces sobre cada hoja
Del trébol y la gramilla,

El rocío que las moja
Al rayo que el astro arroja
Es un diamante que brilla.

Todo entonce en la llanura
Es magnífico y grandioso:
Mece el aire la verdura,
Todo es luz, todo hermosura,
Todo es bello y misterioso.

No es allí donde el oído
Regala el canto armonioso
Del ruiseñor que escondido
Saluda desde su nido
Al luminar majestuoso

En la sábana espaciosa
No hay un árbol verde ó seco,
En cuya rama frondosa
Gima tórtola amorosa
Y su voz repita el eco.

Pero se vé el cuerno erguido
Del toro que con su planta
Cava el suelo embravecido,
Y á la par de su bramido
Nubes de polvo levanta.

Mas allá se vé corriendo
El potro gallardo y bello,
Que las yeguas va siguiendo,

Y mil corvetas haciendo,
Arquea el crinado cuello.

Allí tropa numerosa
De gamos viene pastando,
Y por instinto medrosa,
La cabeza magestuosa
Levanta de cuando en cuando.

Y si en la inmensa pradera
Se siente leve ruido,
Huye con planta lijera,
Y en su rápida carrera
Marcha el escuadrón reunido.

Acá, cual alto plumero
Que reflexible ondea incierto
Sobre el casco de un guerrero,
Muestra el humo el paradero
Del monarca del desierto.

A su alrededor se miran
En distintas direcciones,
Ginetes que el lazo giran,
Que se acercan y retiran
En sus lijeros bridones.

Un escuadrón de repente
Se vé que formado avanza,
Que denodado y valiente
Con bizarro continente
Cada uno lleva su lanza.

El ojo se fija atento
Y entonce á atrever alcanza
Que este bélico armamento
Es de avestruces un ciento,
Y cada cuello una lanza.

Cuando todo en el oriente
Está calmado y sereno,
Negra nube al occidente
Arroja el rayo fulgente
Precursor de horrendo trueno.

El viento por grados crece
Y silva por la llanura
Que obstáculos no le ofrece,
Y el día cambiar parece
De improviso en noche oscura.

Entonce el cuadro grandioso
Toma un aspecto espantable:
Del luminar magestuoso
Cubre el disco luminoso
Negro velo impenetrable.

Cruzan en vuelo lijero
De patos pardas bandadas,
Del Chajá y el terutero
Se oye el grito plañidero
En voces desentonadas.

Brama el toro en modo extraño,
Da el potro extraños bufidos;

Mientras el manso rebaño
Anuncia inminente daño
En lastimosos balidos.

De un momento á otro momento
Brilla el rayo, y desde luego,
Parece que este elemento
Desciende del firmamento
En una lluvia de fuego.

A contemplar respetuosa
El alma se reconcentra
Esta escena portentosa,
Y la mano poderosa
Del Supremo ser encuentra.

Y entonces toda abismada
En religioso fervor,
Ya le bendice humillada,
O ya se eleva confiada
Hasta el trono del Criador.

La calma se restablece
A la par que el viento cesa,
El sol de nuevo aparece,
Y mas risueña se ofrece
Toda la naturaleza.

A lo lejos se divisa,
Del desierto en la ancha falda,
Un iris que el sol matiza,

Y con sus extremos pisa
Sobre un campo de esmeralda.

Rompe las nubes el viento
Do el iris brilló poco antes
Y en grupos de ciento en ciento,
Por la faz del firmamento,
Cruzan cual fieros gigantes.

Baja el sol al occidente
Y antes de haberse escondido
Cubre una nube su frente,
Cual cortinaje esplendente
Con franjas de oro guarnido.

¡Oh cuán bella es la llanura
De la amada patria mía!
¡Mas que sirve su hermosura
Cuando con su planta impura
La oprime la tiranía!

¡Oh cuánto más dulce fuera
Nacer en país menos bello,
Con tal que de él no tuviera
Que huir á tierra extranjera,
O llevar de esclavo el sello!

Mas ya que á esta alternativa
Me ha condenado el destino,
Conservaré mientras viva
Un alma fuerte y altiva
Digna del hombre argentino.

Santiago de Chile, Julio 19 de 1841.

PENSAMIENTOS SOBRE LA AMISTAD

DEDICADOS Á D. MAURICIO RUGENDAS

La vida es mar tempestuoso
De mil escollos cubierto,
En donde hay un solo puerto
Que ofrezca seguridad:
Es entrada la virtud
A ese puerto de salud,
Y este puerto es la amistad.

Más de una soberbia nave
Desafiar tormenta fiera
Ví, con desden altanera,
Este puerto despreciar;
Arreció su furia el Noto,
Y yo ví su casco roto
Hundirse en la onda del mar.

He visto débil barquilla
En el puerto, sin afan,
Más impetuoso huracan
Que esas naves resistir;
Y en más plácido momento,
Tender sus velas al viento
Y su derrota seguir.

Cuando la diosa inconstante
Nos prodiga sus favores,
Los más altivos señores
Disputan nuestra amistad:
Mas si la espalda nos vuelve,
Como el humo se disuelve
Esta mentida lealtad.

Tristes y errantes entonces,
Como el ave de pasaje,
Solitarios nuestro viaje
Tenemos que continuar.
Donde antes la patria fuera
Ahora es tierra extranjera,
Allí no está nuestro hogar.

Mas si en tan fiera borrasca
Vemos una mano amiga,
Que cuidados nos prodiga
Por calmar nuestra aflicción,
A este placer inefable,
No hay un punto comparable
En toda la creación.

La lágrima de un amigo
Cuando el mal nos martiriza,
Bálsamo es que cicatriza
La herida del corazón:
Sus palabras, el consuelo
Que un angel trae del cielo,
En las horas de aflicción.

Aquel seno cariñoso
En que tantas ocasiones
Sus angustias y aflicciones
Mi pecho fué á derramar:
Aquel corazón amigo
Que lloró junto conmigo,
¿Quién lo podrá reemplazar?

Feliz el mortal que alcanza
Que un amigo le dé el cielo,
Mientras que en rápido vuelo
Le arrastra el tiempo tras sí,
Y que las horas amargas
Para el infeliz tan largas,
Acelerar puede así.

Esas horas bulliciosas,
Horas sin repetición,
Horas que en el alma son
De dicha y prosperidad,
Se sienten multiplicarse
Y sabrosas dilatarse
Partidas con la amistad.

Pero si esas mismas horas
Busco y no encuentro al amigo.
Que había de partir conmigo.
Estas horas de embriaguez,
El tiempo que las acecha
En la eternidad las echa
Y no vuelven otra vez.

Esa mágica atracción
Cuya misteriosa influencia,
En toda nuestra existencia
Se siente con tal poder
Que nos arrastra consigo
A buscar un ser amigo
A quien unir nuestro ser;

Esa atmósfera risueña
En que el alma se duplica
Si á otra alma se identifica
Hasta formar la unidad
De dos almas, de tal modo,
Que entre ambas formen un todo,
Esta es solo la amistad.

Mísero aquel que engañado
Por un rastrero egoismo,
Juzga bastarse á sí mismo
Y desdeña la amistad.
De la fortuna enemiga
Un solo vuelco castiga
Su necia temeridad.

Los bienes que la fortuna
Nos prodiga á manos llenas
Pueden convertirse en penas
Quizás una hora después;
Mas si un amigo nos queda,
Bastante es para que pueda
Tal reves, no ser reves.

¡Triste aquel que de amargura
La profunda copa agota,
Y que el dolor gota á gota
Lacera su corazón
Sin que una lágrima vea,
Que signo expresivo sea
De la agena compasión!

Que si en su agonía busca
Quien sus suspiros reciba
Y con mano compasiva
Sus ojos venga á cerrar,
Solo se encuentra á sí mismo
En el borde de un abismo,
Que imposible es evitar!

Solo en vos grata amistad
Quisiera darnos el cielo
Uu asilo sobre el suelo,
Un puerto de salvación,
A do ningún mal alcance,
Y donde su paz afiance
Siempre, siempre, el corazón.

Santiago de Chile, Octubre 17 de 1841.

LA PALMA DEL DESIERTO *

Palma altiva y solitaria
Que en los bosque te presentas,
O en agreste falda ostentas
Tu gigante elevación,
Ese ruido misterioso
Que se escucha en tu ramaje,
¿ Es, acaso, tu lenguaje,
Es tu idioma, es tu expresión ?

Respondes, quizá, y no entiendo
Tu respuesta, palma bella,
Por mas que quisiera en ella
Lo que dices comprender.
Mas yo escucho tu murmullo,
Y que tú me hablas sospecho.
¡ Ay, no puedo, satisfecho,
Tus palabras entender!

---

* *Señor don Carlos Bello :*

Mi querido amigo.

Era muy joven cuando ví por primera vez una palma, y á pesar de haberme hecho la mas profunda impresión su vista, nunca se me había ocurrido cantarla. Ahora lo he hecho; no sé si al dejar correr mi imaginación he llenado mi objeto; pero sea como fuere, le ruego me permita dedicar estos recuerdos de mi primera edad, á la amistad con que Vd. tiene la bondad de honrarme; que aunque recién nacida no por eso deja de tener ya raíces muy profundas en el corazón de su afectísimo amigo.

Q. B. S. M.

JUAN GODOY.

De tus abanicos verdes
Por el céfiro movidos
Los misteriosos sonidos
Creo que palabras son.
Porque, ¿que es la voz humana,
Si palabras articula,
Sinó el aire que modula
El hombre, con precisión?

Si él espresa en sus palabras
Ideas y pensamientos,
¿Quién sabe si tus acentos
Ideas no son también;
Ideas que tú, á tu modo,
Expresas en tu lenguaje,
Modulando en tu ramaje
El aire con tu vaiven?

Pero, sea lo que fuere,
Bástame á mi, para amarte,
Tan gallarda contemplarte,
Tan altiva y tan gentil;
Más sabiendo, que á las naves,
Do truena el bronce oradado,
Jamás una tabla has dado,
Ni á una lanza duro hastil.

Por tí ningún pueblo llora
Los males de la conquista;
Ninguno se halla en la lista
De los esclavos por tí.

Al contrario, al hombre enseñas
Que el primer bien de la vida
Es buscar una querida,
Cuando tú lo haces así.

En vano la primavera
De flores el campo inunda,
Tu cáliz no se fecunda
Si compañera no vés;
Pero si otra copa erguirse
Divisas á la distancia,
Racimos en abundancia
Se desgajan á tus pies.

Alzarse graciosa he visto
Más que el pino tu cabeza,
Y ostentar su gentileza
A orillas del Paraná;
He visto al añoso cedro
Dominar la selva ufano,
Y me ha parecido enano
Siempre que á tu lado está.

Si las aves del desierto
En tu copa hacen su nido,
Jamás al pichón querido
Tu altura le ha sido infiel:
Cuando sus alas implumes
No puede tender al viento,
Entre tus ramas contento
No teme un asalto cruel.

¡Ah! si en ardorosa siesta
Me das tu sombra propicia,
Y el cefirillo acaricia
Tu verde copa al pasar;
¡Cuán dulce, cuán delicioso
Es quedarme allí dormido,
Al son del blando gemido
Que repites sin cesar!

En tí la imagen admiro
Del angel que es mi tesoro,
De la bella que yo adoro
Tú me das la copia fiel
En ese tallo gallardo
Con que se engalana el valle,
De su delicado talle
La redondez veo en él.

La fragancia de tus flores
El aroma es de su aliento,
Que al acercarme á ella siento
Perfumar su alrededor,
Y embriagado al aspirarlo
Es tan dulce su incentivo,
Qne si entonces sé que vivo
Es porque muero de amor.

Cada ramo de tu copa
Que sombrea el tronco bello,
Un rizo es de su cabello
Que el cuello viene á sombrear,

Y los racimos do escondes
Linda palma, tu simiente,
El blanco pecho turgente
Me parecen diseñar.

¡Ojalá que un siglo entero
Te mire verde y frondosa,
Ojalá que magestuosa
Tu tronco eleves galán;
Sin que roedor gusano
Haga de oradarlo ensayo,
Sin que lo consuma el rayo,
Ni lo quiebre el huracán!

Otra fortuna no envidio
Que descansar á tu sombra,
Bajo la olorosa alfombra
De trébol que hay á tu pie.
No importa que sepultura
En la bella patria mia
Me niegue la tiranía,
Con tal que á tu lado esté.

Lima, Mayo 25 de 1848.

SONETO

En los días floridos de mi vida
Mil sueños de placer y bienandanza.
Circundaban mi lecho, y mi esperanza
Verdades los tornaba, fementida.

Destruyeron los años, en seguida,
Mi juvenil y estúpida confianza;
Huyó con mis ensueños la bonanza,
Y mi esperanza los siguió en su huida.

Hoy todo es realidad, y ¿que ha quedado
De lo que en otro tiempo me halagaba?
Un cuerpo envejecido y descarnado;

Un fastidio mortal que no se acaba;
Un corazón marchito y ulcerado;
Un no más esperar lo que esperaba.

Santiago de Chile, Abril 15 de 1849.

Á UNA DESDEÑOSA

(IMITACIÓN DE FRAY LUIS DE LEÓN)

Ese cuello tan erguido
Que el yugo de amor desdeña
Lo he de ver que se domeña,
Y tira el carro á Cupido.
Sé ingrata cuanto quisieres,
Mas no esperes,
Negándome tu favor,
Burlar por eso al amor,
Aunque vayas donde fueres.

Cuando torne el tiempo aleve
Los negros rizos que hoy viste
Tu cabeza en campo triste
Cubierto de blanca nieve;
Cuando en la tersa mejilla,
Sin mancilla,
Tirante, mórbida y fresca
La fea arruga aparezca
Do ahora la rosa brilla;

Cuando el rayo penetrante
De tus ojos anublado
Cada pecho halle cerrado
Porque ya no es tan punzante;

Entonces verás, señora,
Que la hora
De tu poder ha pasado
Y que tu sol ha llegado
Al punto opuesto á su aurora.

Cuando en tu nevado pecho
Las esferas de alabastro
Dejen solo ver el rastro
Del estrago que el tiempo ha hecho,
Sentirás que pereció,
Y acabó,
Cual lluvia de primavera,
Esa hermosura altanera
Que á tantos tormento dió.

Cuando tu planta lijera
Pierda su garbo y soltura,
Y que errante y mal segura
Tropiezos halle do quiera;
En vano te empeñarás,
Más y más,
En buscar amante entonces,
Pues solo pechos de bronce
Triste Celia encontrarás;

Cuando el objeto que adores
Desprecie tu humilde ruego,
Y que de tu amor el fuego
No sienta, por más que llores,

Sabrás cuanto dolor cuesta
Y molesta,
Querer y no ser querido,
Y sentir lo que he sufrido
Por tí en situación como esta.

Por fin cuando cada año,
Cada hora, cada momento,
Te traiga un nuevo escarmiento
Tras un nuevo desengaño,
Entonces dirás, pluguiera
Que volviera
La belleza que he perdido,
O que en el tiempo que ha huído,
Como ahora, amor tuviera.

Mas ya que lloras, Celia mía,
Y me llamas tu enemigo,
Porque la verdad te digo
De lo que será algún día,
No hagas, Celia, algún desliz
Que en un triz
Está todo de ser nada,
Si es que de plata sellada
Te puedes dar un barniz.

Santiago, Mayo 19 de 1839.

EL SUICIDA Y SU PUÑAL

Puñal, ¿para que te quiero?
¿Qué haces ocioso en mi mano,
Si no puedo, todo entero,
Sepultar tu agudo acero
En el pecho del tirano?

¡Ah, si posible me fuera
Hacer que su pecho odiado,
De tu hoja el frio sintiera!
¡Oh puñal afortunado!
Por líneas te introdujera.

Cuando por tu hoja mi mano
Sintiese las convulsiones
De aquel corazón villano,
Y á tu contacto el tirano
Hiciera mil contorsiones:

Entonces, puñal querido,
Mi mano acariciaría
Tu pomo negro y bruñido,
Mientras el feroz bandido
Luchaba con la agonía.

Y cuando viese esparcida
La palidez de la muerte
Sobre su frente fruncida,

E incierta buscar la herida
Su mano torpe é inerte,

De su pecho te arrancara
Destilando sangre roja,
Y al pueblo te presentara
Para que leyese en tu hoja
Que hubo ya quien lo vengara.

¡Pero ay, mi lindo puñal,
Este es un vano delirio!
Mi patria sufrirá el mal,
Y su verdugo brutal
Se gozará en su martirio!

¿Y si mi desgracia es tal,
Que infelice, ya no espero
Ver al hijo de Belial
Dejar por tí de hacer mal,
Puñal, para que te quiero?

Mas ya que ordena el destino
Que no pueda por mi mano
Vengar al pueblo argentino,
Tiñendo tu acero fino
En la sangre del tirano:

Ya que mi patria querida
Debe ser el patrimonio
De su propio parricida,
Y gemir envilecida
A los piés de ese demonio:

Y ya, en fin, que he de arrastrar
La miserable existencia
Del proscrito, sin hallar
En ninguna parte hogar
Do fijar mi residencia:

Será, mi lindo puñal,
Tu delgada hoja de acero,
Ese remedio final,
Que sabe curar el mal
Mas insufrible y severo.

Así hablaba, una vez un argentino
En el silencio de la noche umbría,
Y un puñal en su mano relucía
De bien templado acero damasquino.

Calló el cuitado, y en seguida vino
Un estertor que el aire conducía,
A denunciar que la última agonía
Sellaba, en fin, su mísero destino.

Un silencio siguió, no más turbado;
Mostróse luego el sol en el Oriente
De mil grupos de púrpura cercado;

Su primer rayo reflejó en la frente
De un joven, cuya mano no ha soltado
El puñal que su pecho ya no siente.

Santiago, Enero 19 de 1851.

¡VILLANOS TEMBLAD!

!Pasaron, pasaron los tiempos de gloria,
Período sagrado de ilustre memoria;
Cual sombra pasaron sus héroes también!
La trompa sonora de Marte no suena,
El plomo no silva, el bronce no truena,
La patria en peligro sus hijos no ve.

Junín y Ayacucho, del león de la España
Ahogaron en sangre la furia y la saña,
La tierra del Inca vengada quedó,
Allí de guerreros la sangre vertida
De pueblos distintos, quedó confundida
Y el árbol sagrado unida regó.

Allí cada uno dejó con su espada
Escrito su nombre, su patria afianzada,
Patria que lidiando supiera ganar.
¡Entonce á ninguno le vino á las mientes
Llamar extranjeros aquellos valientes
Que patria, venciendo, supiéronles dar!

¡Empero esos tiempos tan bellos han huído!
¡Azañas y nombres sepulta el olvido;
Y en premio los héroes reciben baldón!
Un pueblo de ingratos los ha reemplazado,
Que, cierto, sin ellos yaciera arrojado,
Sumido en el fango de vil opresión,

Con grito insolente se llama extranjero,
Al bravo que supo blandiendo el acero,
El yugo afrentoso valiente romper!
Y aquellos que entonces hubieran temblado
Al ver el semblante de un hombre enojado
Cual perros rabiosos le quieren morder!

¿Do estabaís vosotros cuando ese guerrero
Cubierto de heridas, cayó prisionero,
Después de haber roto su lanza en Junín?
¡Vosotros! cantabais, tal vez, en la orgía;
Mientras que en peligro la patria ese día,
Lidiaba por ella aquel paladín.

¡Y ahora extranjero llamais al valiente,
Que entonces altivo ceñía su frente
De roble y de encina, de fresco laurel!
¡Vosotros que ahora esclavos, villanos,
Besarais la planta de vuestros tiranos,
Y siervos abyectos murierais sin él!

¿Qué hazaña, qué nombre, qué proeza, qué gloria,
Miserables disteis, que cuente la historia?
Ninguno, ninguno la fama cantó.
Esclavos sumisos de España vivieron,
En tanto que aquellos que patria les dieron,
La sangre vertían que patria les dió.

Callad, miserables, callad que la envidia
Con todo su encono y artera perfidia
No puede en tal héroe echar un borrón,

Hondas cicatrices que el tiempo respeta
La fama aseguran del ínclito atleta,
Su timbre son ellas, su diploma son.

Callad, miserables, callad, insensatos,
No á mas de cobardes paseis por ingratos;
Guardad en secreto la envidia, el rencor;
No echeis en la frente del viejo guerrero
Inmunda saliva; mirad que su acero
Aun guarda sin mancha su antiguo esplendor.

Mirad que aun le ciñe el mismo soldado
De indómito pecho, de brazo esforzado,
Que el golpe primero dió siempre en la lid;
Temblad, si la injuria le inspira venganza,
Si brilla en su mano la fúlgida lanza,
Y cuenta os demanda el bravo adalid.

Lima, Agosto 17 de 1843.

LA BEATA

A mi no me engañas, Juana,
Porque á beata te has metido:
Pues de mujer tan liviana
Como yo te he conocido,
No se hace buena cristiana.

De Marias Magdalenas
Pasó el tiempo; ¡picarona!
Ni se hallan á manos llenas
Margaritas de Cortona,
Aunque hay beatas por centenas.

¿Y no he de estar admirado
Y muy sorprendido, Juana,
Al ver que te has embeatado
De la noche á la mañana,
Siendo de cuarto alquilado?

Pégala, si es lo que quieres,
A hombres de buenas creederas,
Persuadiéndoles que no eres
Lá que ha pocos días eras
Entre las malas mujeres.

Pero á mí, Juana, no intentes,
Con tu vida mojigata
Y modales penitentes
Persuadir te has hecho beata,
Por que te diré que mientes.

De iglesia en iglesia vas
En busca de confesores,
Porque acostumbrada estás
A variar de directores
Para poder pecar más.

¿Crees que ha de santificarte
Tan conitnuo confesar?

No tener de que acusarte
Es lo que debes cuidar,
Si deseas enmendarte.

Pero confesar ahora
Haber hecho algún pecado,
Y antes de pasar una hora
Del vicio que has confesado
Volver á ser pecadora....

Es hacer del Sacramento
Un rídiculo juguete;
O tener el torpe intento
De dar á Dios un moquete,
Y contentarlo al momento.

No solo es irreverencia,
Es sacrílego, mujer,
Hacer de la penitencia,
Una ropa de alquiler
Para la mala conciencia.

A muchos embaucarás,
Juana, con tu beatitud;
Mas no se la pegarás
A Dios, fingiendo virtud
Que no tienes ni tendrás.

¿Sabes? Quiero penetrar
Un secreto que no entiendo,
Tu lo puedes aclarar,

Mas según lo que comprendo,
Juana, te me has de negar.

Tú no tienes plata, Juana,
Hacienda, chacra, ni casas;
¿Cómo es que tan de mañana
Vas al templo y allí pasas
Hasta que te dá la gana?

Allí no vas á coser,
Hilar, ó tejer calcetas;
¿De dónde sacas, mujer,
Una, dos ó tres pesetas
Para vestir ó comer?

Con todo, vistes decente,
Y estás gorda y colorada,
Lo que indica bien que el diente
No pasa sin mascar nada,
Ni el tendero sin que cuente.

¿Dime, mujer del demonio,
Imajinas que harás creer
Al mas simplicio bolonio,
Que tú engordas sin comer
Cuál niño de San Antonio?

Asi pasas la mañana;
Mas luego que las tres dan
Ya estás en el templo, Juana,
Mucho antes que el sacristán
Lo abra ó toque la campana;

Sales de la iglesia fría
Cuando silvan los serenos;
Y luego en la portería
Pasas una hora, lo menos
Y así has completado el día;

Los que así te ven vivir,
Pagar cuarto, usar alhajas,
Razón tienen en decir
Que tú en la cama trabajas,
Y al templo vas á dormir.

Y para ello eres, Juana,
Caricatura de Roma
Viciosa cuando pagana,
Inmoral cuando cristiana,
Y no creas que esto es broma.

De broma entiendo yo jota,
Si crees que de eso se trata;
Te lo advierto, pero nota
Que pasar de p... á beata
Es colgarse en la picota.

Todavía es tiempo, Juana,
De que tal vida abandones:
Oye misa de mañana,
Vé el domingo á las funciones,
Y trabaja en la semana.

Así lograrás dos cosas:
Pasar por mujer honrada,

De costumbres laboriosas,
Y tener vida ajustada
A las reglas religiosas.

Pero estar repantigada
El día entero en la iglesia,
Y Dios sabe en que ocupada,
Vida es rídicula y necia
Para quien no tiene nada.

Bueno es que tengas presente,
Que Dios no le dijo á Adan:
Orarás continuamente,
Sinó, ganarás el pan
Con el sudor de tu frente.

Así quedó establecida
La moda de trabajar
Para ganar la comida,
Y prohibido el petardear,
Para mantener la vida.

No creas al monigote
O al ocioso monacillo
Que diga soy Hugonote,
Que hablo así, porque soy pillo,
Y escomulgado herejote;

No, Juana, la religión
Y la virtud cada día,
Marchan á su perfección:

La tuya es hipocresía
Que no tendrá remisión.

Y advierte que la sotana
Que tal vida te aconseje,
Igual razón tendrá Juana,
Para llamarme á mi hereje,
Como á tí buena cristiana.

Santiago, Setiembre 11 de 1852.

MI PROGRAMA *

Desde ahora quiero entrar
En cuentas conmigo mismo,
Por si llego á gobernar,
Y mi cuenta he de sacar
Aunque tachen de cinismo
Mi manera de contar.

Ea pues, manos á la obra,
No perdamos tiempo en vano,
Que al pobre y al soberano
Jamás el tiempo les sobra
Como al sud americano.

* «El Constitucional de Mendoza» núm. 330.

Entraré pues en materia,
Sin rodeos ni escapadas,
Porque andar con agachadas
Me parece una miseria,
Propia de almas mal templadas.

La política es en suma
El arte de gobernar;
Pues bien, la he de examinar,
He de meterle la pluma
Y ver lo que puede dar,

No en bambolla ni en honores,
Porque esa es paja picada,
Sino en moneda sellada
Y en efectivos valores,
Lo demás no vale nada.

Darame dinero y fama
Esta empresa singular,
Si á este examen puedo dar
El carácter del programa
Con que yo he de gobernar.

Yo al menos así lo espero,
Pero si, mi tal programa,
Tan solo me ha de dar fama
Y no me ha de dar dinero,
Llévese el diablo mi trama.

¿La política, qué importa
Cuando nos da de comer,
Casa, estancias y mujer,
Y á la larga ó á la corta
No nos viene á enriquecer?

Política que se vá,
Solo es para los simplones,
Que suplen los pantalones
Poniéndose chiripá,
Y jamás tienen calzones.

En los veinte años pasados
La cosa no anduvo así;
Que á muchos que conocí
Pelados y muy pelados,
Hechos chiche despues ví.

Y no es decir que robaron,
Según mi cuenta analítica;
Sinó que, de la política
Los tales se aprovecharon,
En lo que no cabe crítica.

Pues mucho más he de hacer
Que aquellos que hicieron más:
Los he de dejar atrás,
Y todo el mundo ha de ver
De lo que yo soy capaz.

A bien que si un ventarrón
De mi puesto me hace á un lado,
No habrá ningún desalmado
Que pida devolución,
Y lo apañado, apañado.

Que los pueblos sufrirán
Me lo enseña la experiencia,
Porque tanta es su paciencia,
Que si de azotes les dan,
Los toman por penitencia.

¿Qué ha sido antes, en sustancia,
La república Argentina?
Lo diré sin repugnancia:
Cada provincia una estancia,
Y cada estancia una mina.

Y si á mi me toca ser
Alguna vez estanciero
¿Por qué no he de ser minero,
Y por lerdo he de perder
La ocasión de hacer dinero?

Los que la echan de modestos,
De patriotas y de honrados,
Son unos diablos menguados,
Que subiendo á buenos puestos
Mandan y salen pelados.

Mas si el hombre de talento
Estos títeres maneja,
Estaca en pared no deja,
Ni piedra sobre su asiento;
Y á todos los empareja.

Elementos he de crearme
Para marchar á mi objeto
Con un éxito completo,
Sin que alguien pueda estorbarme
Llegar donde me prometo.

Los medios que yo emplearé
Para tener servidores
Y buenos sostenedores,
Serán, ser de buena fé,
Caporal de expoliadores.

Dejaré que cada empleado
Pueda esplotar su destino
Y desnudar al vecino,
Sin temer ser acusado
De ladrón, ni de asesino.

Los bobos me ganaré
Fundando fuertes y villas,
Y edificando capillas,
Cuidando que crean, que,
Se pagan á mis costillas.

Y aunque un centavo no emplee
De mis haberes en esto,
No es fácil que haya un molesto
En la sala, que desee
Se me exija presupuesto.

Así quedará cubierto
Todo el gasto que haya habido,
Y el mas leido y escribido
Cuanto es no sabrá de cierto,
Ni de que caja ha salido.

Haré que los ciudadanos
Entren todos á ejercicios
Para corregir los vicios,
Y que por bienes mundanos
Dejen de hacerse perjuicios.

Y mientras cada uno es santo,
Y se ocupa en obras pías,
Siquiera por quince días,
Nadie me estorbará, en tanto,
El hacer yo de las mias.

Así, al mismo tiempo que hago
Sin estorbos mi negocio
Y á la religion me asocio,
Guardo para echar un trago
Y comer bien en el ocio.

Yo formaré compañías,
Para introducir ganado:
El gasto lo hará el estado,
Las ganancias, serán mías,
Y hasta el capital empleado.

Caballos para el arreo,
Los vecinos los darán;
Algunos los cobrarán,
Pero, aunque parezca feo,
Otra vez no los verán.

Todo el pasto necesario
Para engordar esta hacienda,
No buscaré quien lo venda:
Lo pediré al vecindarío,
Y que la cuide y la atienda.

Si de mi familia alguno
Me propone cambalache,
No haya miedo que me empache,
Yo le daré tres por uno,
Y haré que se le despache.

Mas si otros me piden dos
Por un animal de grasa,
Diré, la hacienda está escasa;
Y aunque me clamen por Dios,
Le daré tres al de casa.

A estos arbitrios sencillos,
Que dan clientela y dinero,
Agregarles otros quiero,
Que me llenen los bolsillos,
Solo y sin un compañero.

Mantendré una guarnición
En los fuertes permanente,
Y yo haré la provisión
De vestuario y mantención,
Aunque la tropa reviente.

Y como á nadie le toca
Hacer este negocito,
A muchos, por lo bonito,
Se les hará agua la boca
Por hacerlo, pero, chito...

Y no hay que andar con bullangas,
La cosa ha de ser así,
Porque, yo, entre el y *mí* el *tí*,
Sea por faldas ó mangas,
Me decido por el *mí*.

Una partida de juego
Con carácter oficial,
Es un rico mineral
De plata, con que muy luego
Podré reunir un caudal.

Todo consiste en el modo
Con que la cosa maneje
Para que á salvo me deje
Meter el brazo hasta el codo,
Y que á todos empareje.

Si pierdo, debe jugarse
Hasta haberme desquitado;
Pero cuando haya ganado,
Podrán todos levantarse
Cuando me haya levantado.

Ya se podrá comprender,
Que con tal procedimiento,
Es de apostar uno á ciento
A que no puedo perder,
Y que es bueno el pensamiento.

¡¡Los diezmos!!... esa es manada,
Mistela con bizcochuelos;
Eso es chupar caramelos;
Hallar la breva pelada;
Eso es miel sobre buñuelos.

Siendo yo gobernador,
Y habiendo al remate entrado,
Estoy bien asegurado
De ser el rematador
Sin que nadie haya pujado.

No habrá malos pagadores,
Porque cada decurión
Hará la recaudación,
Para que los labradores
No intenten ocultación.

Siendo juez el que recaude
Y siendo yo su fiscal
Será el recaudo cabal;
Y cuidado que haya fraude
Siquiera de medio real.

En cuanto á la cuatropea,
La masa se contará,
Y el diezmo se sacará
De lo que la masa sea,
Y el fraude se evitará.

Por cualquiera triqui-traque,
¡Zás! una contribución,
Y la orden al decurion
Que sin remisión la saque,
Bajo de multa y prisión.

Y si de caballos es,
Deberán ser escogidos,
Gordos de talla y fornidos,
Sanos de lomos y piés,
Y además bien parecidos.

Llega el·momento de enviarlos,
A los fuertes y cantones,
Y entonces por mancarrones
Se cambian, para librarlos
De pícaros y ladrones.

A más se logran dos cosas:
Tener las fuerzas montadas,
Y vender yo caballadas
Gordas, sanas y famosas,
Que serán muy bien pagadas.

Si una provincia pastora
Me tocare gobernar,
Entonces es otro cantar:
La situación se mejora
Y más se puede luchar.

Ya verán que no me empapo
En materia de adquirir;
A la Sala iré á pedir
Ocho mil leguas de campo,
Y las he de conseguir.

Porque, en esto de las Salas,
He llegado á colegir
Que, no sabiendo elegir,
Todas las Salas son malas,
Porque saben resistir.

Pero cuando la elección
Se hace con algún talento,
Es la Sala un instrumento
Que da la autorización
Para hacer de una hasta ciento.

¡Que agradable será andar
De estancia en estancia, meses,
Y vender á los ingleses,
Sin dejar de gobernar,
Los cueros de cien mil reses!

Y si llegare á faltar
Ganado para el completo,
Tirar al golpe un decreto
Prohibiendo á todos matar,
Hasta salir yo de aprieto.

Lo mismo es si saladero
Tuviere yo establecido,
Y estando comprometido,
Que baje el ganado quiero
Para no verme afligido.

Prohibo entonces trabajar
En todo otro saladero
Que el mío, y sacar un cuero,
Ni aun para hacer un hijar,
O carona un estanciero.

Como con tal prohibición
Ningún estanciero mata,
El que necesita plata
Viene á hacer proposición,
Y por lo que ofrezco trata.

Con solo estas arterías
Basta para enriquecer,
Porque así vienen á ser
Todas las estancias mías,
Sin tenerlas que atender.

Solo queda cierto punto
De la política usual
Sin tocar, y sin el cual,
De mi programa el conjunto
No quedaría cabal.

Este es el de mi familia,
Esa fuente de placer
En que el goce y el deber
Se confunde y se concilia
Entre el hombre y la mujer.

Y para que mis tareas
Tratadas con mano diestra
Puedan dar perfecta muestra
De los designios é ideas
Que he lanzado á la palestra

Y para que todos sepan
Como irán mis procederes
En materia de mujeres,
Y que dudas no les quepan,
Los reduzco á caracteres.

En materias femeniles
Echaré también el resto,
Sin tapujos, ni pretesto,
Puesto que en las varoniles
Dejo el pabellón bien puesto.

Imitaré á los romanos,
Sin detenerme en pamplinas,
Y todas las argentinas
Que pueda haber á las manos,
Serán, para mi, Sabinas.

El más ridiculo tuno
De cuantos me ha precedido,
Tres, cuatro, seis ha exhibido
En público, sin que alguno
Se diese por ofendido.

Y si á gritar llegaron,
Lo hicieron tan en secreto
Y de modo tan discreto,
Que ocasión no presentaron
De tocarles el coleto.

¡Y los pueblos recibieron
Este ejemplo, sin chistar
Los curas, ni predicar
Contra los que así supieron
Su grey escandalizar!

Esos mismos curas, antes,
Llenos de celo divino,
Proclamaron libertino
Al que tuvo en sus estantes
La biblia sin Belarmino.

¿Por qué toleró aquel mal
Sin resollar el pastor?
Por que era gobernador,
O era el Señor general
El escandalizador.

Pues menos no quiero ser,
Siendo también gobernante:
Tendré diez, si esto es bastante,
Y ciento si es menester,
Sin que ninguno se espante.

Así se puede vivir,
Así se puede mandar,
Y gozando, preparar
Un regular porvenir,
Exento de mendigar.

En fin, no por ganar fama
Doy en una obra didáctica,
Como en un manual de táctica,
La espresión en un programa
De mi política práctica.

Y si es que á mi diligencia
Ayuda un poco la suerte,
No me ha de cojer la muerte,
Sin poner en evidencia
Lo que mi programa advierte.

Entonces he de cantar
En un arpa bien templada
Y con voz muy entonada,
La copla que he de dejar
Al fin de estas consignada.

Aprended flores de mí
Lo que va de ayer á hoy:
Ayer era un tararí,
Ved hoy la altura en que estoy,
Y que maravilla soy:
Aprended flores de mí.

Mendoza, Enero 30 de 1853.

EPÍGRAMA

Dice Dolores que siente
Un muslo un poco achacoso,
Y que un médico famoso
Dice ser reuma inocente;
Mas su vecino asegura,
Que el dolor le ha resultado
De un caballo mal domado
Que le dió su tío el cura.

¿A quien debemos creer,
Al doctor, ó á la vecina?
Dice aquel que en medicina
Es profundo su saber;
Mas la vecina asegura,
Que del cuarto de Dolores
Ha visto en paños menores
Salir á deshora al cura.

EPÍGRAMAS

I

Decíale muy formal:
—Tengo que salir á viaje,
Acomoda mi equipaje—
A su esposa un federal;

Y en el tiempo que tardó
En ponerle piedra á un rifle,
La mujer le acomodó
Una baraja y un chifle,
Y con eso se marchó.

II

No hay mujer más hacendosa,
Dice don Zoilo, que Pepa,
Y es preciso que él lo sepa
Porque al fin Pepa es su esposa.
De sus cascos esta idea
Ni el demonio le levanta;
Ni de Pepa en la garganta
Los signos de su tarea.

III

Todo aquel que mira en vos,
A un tiempo, cara y cabeza,
Al punto á dudar empieza
Si son de un tiempo los dos.
Si en la cara puso Dios
Los signos de la vejez,
El peluquero, niñez
A la cabeza le ha dado,
Y desmentir ha logrado
Las arrugas de la tez.

IV

Se nos desmaya Mercedes
Cuando ve una lagartija

Asomar en una endija
De las que hay en las paredes;
Mas de esto lo que disgusta,
Es ver que en su propio cuarto
Abre su cueva un lagarto,
Y Mercedes no se asusta.

V

De cuarenta y cinco pasa
Doña Tomasa, y se irrita
Si en lugar de Tomasita
La llama alguno Tomasa;
Mas es un necio prurito
El que le roba el sosiego,
Cuando la fecha del pliego
La lleva en el sobre escrito.

VI

De su edad en los cincuenta
Toca ya doña Martina,
Pero con todo imagina
Poner solo quince en cuenta.
Si en público se presenta,
Es tomando la actitud
De la tierna juventud
Que los colegios frecuenta;
Pero aquel que toque ahora
El cráneo de don Miguel,
Señales hallará en él
De la edad de su señora.

SONETO CON ESTRAMBOTE

¿Quien al ver tu color aceitunado,
Que no fué por el sol ennegrecido,
Podrá creer que linaje esclarecido
Ha producido un ente tan tostado?

Predicarás en vano, entusiasmado
Por ilustrar tan solo tu apellido,
Que marqueses y condes han vivido
Que el renombre llevaron de *delgado*.

No probarás con eso no ser broza
Salida de indecentes muladares,
Aunque te empeñes en probar tal cosa.

De Leivas, de Manriquez y Aguiláres,
Ponces de León y Hurtados de Mendoza,
Conozco yo centenas de millares;

Pero quiero Mariano que repares,
Que los Leivas y Ponces que he contado,
Son de Leivas y Ponces los lunares,
Canalla de quien nadie se ha cuidado.

Á LA BANDERA ARGENTINA

SONETO

¡Argentinos! Mirad ese estandarte
Que nos abrió á la gloria ancho sendero;
Su vista supo hacer cada guerrero
Más intrépido y bravo que el dios Marte.

A su encuentro fué el león en cualquier parte
Convertido mil veces en cordero,
Y á su sombra forjó el cortante acero
Esta patria, de libres el baluarte.

Le visteis en los Andes tremolando,
Y allá en el Ecuador lleno de gloria
A nuestros enemigos aterrando.

Jurad, si le abandona la victoria,
Que la muerte será, por él lidiando,
El último renglón de vuestra historia.

Mayo de 1823

A LOS

VALIENTES VENCEDORES DE ANGACO

CORO

¡Día grande, de triunfo y de gloria,
De constancia, energía y valor!
Sea eterna tu heroica memoria
Para aquellos que tengan honor.

¿Donde están los feroces esclavos
Del tirano salvaje y sombrío?
¿Donde está su selvático brio,
Do sus huestes soberbias están?
Preguntad á los campos de Angaco
Qué se hicieron sus fuertes legiones,
Donde se hallan los rojos pendones
Signo infame de odioso sultán.

Y en letreros de sangre ese suelo
Y los écos del monte vecino
Os dirán, que el valor argentino
Allí el polvo los hizo morder.
Las pisadas del bruto fogoso
Entre miembros del tronco apartados
Y los huesos doquier hacinados
Del bravo Acha la huella harán ver.

Ya los visteis cual fieros caribes
Con el crimen sus huellas marcar,
Y los campos y aldeas talar
Que lograron sus hordas rendir.
Ya los visteis al hierro homicida
Del rendido entregar la garganta,
Y doquiera su bárbara planta
El espanto y la muerte esparcir.

Ya los visteis en pueblos inermes
Insultar con semblante inhumano,
Ya las canas del trémulo anciano,
Ya del niño inocente el candor.
Ya los visteis teñidos en sangre,
En sus viles y odiosas orgías,
De la virgen con manos impías
Mancillar la virtud y el pudor.

Pero el día llegó de venganza,
Y en Angaco un puñado de bravos
A dos mil y quinientos esclavos
Sus delitos hicieron pagar.
Que no hay nada invencible en la tierra
Para el hombre que empuña la espada,
Por vengar á su patria ultrajada,
O un tirano feroz castigar.

¡Sacro campo de Angaco, que fuiste
Noble teatro de justa venganza,
Do la fúlgida espada y la lanza
Tantos héroes hicieron brillar!

Si en la noche del tiempo futuro
Se escondiese algún día tu gloria,
Con sus rayos el Sol, tu memoria
Cada día sabrá señalar.

Pero aun quedan Oribe y Pacheco
Para oprobio del suelo argentino;
Queda Echagüe, á quien quiso el destino
Por capricho quizás conservar;
Queda Rosas, el bárbaro Rosas,
De las furias aborto funesto,
Todavía sentado en el puesto
De do debe al cadalso pasar.

No habrá patria, renombre, ni gloria,
Mientras monstruo tan bárbaro exista,
Mientras pueda contarse en la lista
De los hombres un solo servil.
En su cueva esos tigres busquemos
Y juremos segar su garganta:
¿A cual hombre su número espanta
Cuando vale cada uno por mil?

A las armas corred. Argentinos,
Que vagais en la tierra extranjera,
Ya tremola la heroica bandera
Que triunfante llegó al Ecuador;
Ya el azul de los cielos y el blanco
A que siempre siguió la victoria,
Nuevos campos señala de gloria
Nuevos días de triunfo y honor.

San Juan, 16 de Agosto de 1841

AL 18 DE SEPTIEMBRE DE 1842

CORO

¡Loor eterno al gran día de Chile,
Hombres libres del mundo, entonad,
Este día que un pueblo oprimido
Proclamó libertad, libertad!

Con sus rayos el sol matutino
De los Andes las cumbres doraba
Este día, y su luz derramaba
Sobre el triste colono español,
Mas los hijos de Chile en sus horas
Las cadenas de afrenta quebraron,
Y en su ocaso este día alumbraron
Hombres libres los rayos del sol.

Desde entonces las madres no vieron
En el blando regazo dormido,
Un esclavo en el hijo querido
Heredero de eterno baldón.
Ciudadanos felices, en ellos,
Contemplaba cada una contenta,
De una patria feliz y opulenta,
De una grande y gloriosa nación.

No ya el hombre afanoso trabaja
Al arado y los bueyes siguiendo,
Ni la tierra fecunda rompiendo
Riega el surco de ardiente sudor,
Para dar oprobioso tributo
Adquirido con rudas fatigas,
En los haces de rubias espigas,
A insolente y avaro señor.

De las ciencias el templo sagrado
Que antes tuvo cerrada la puerta,
Los chilenos la vieron abierta
Este día de eterno blasón;
Y en el sólio do un tiempo tuvieron
Alto asiento ignorantes virreyes,
Un altar sacrosanto á las leyes
Por sus manos alzó la nación.

Sofocar los visires quisieron
En su cuna á este joven gigante
Que ya el cetro fornido y pujante
Del monarca amenaza romper;
Pero entonces la lanza y la espada
Como el rayo inflamado lucieron,
Y á las huestes de esclavos hicieron
En cien campos la espalda volver.

Concepción, Cuchacucha y el Roble,
Y San Carlos, Parral, Yerbas-Buenas,
Membrillar, y los muros y almenas
De Chillan do el chileno triunfó,

Anunciaron al mundo que no era
El mismo hombre que un tiempo la España
A su antojo con bárbara saña.
Como á esclavo infeliz humilló.

La discordia el camino le abriera
Al íbero de Penco á Colchagua,
Y de allí descendiendo á Rancagua,
Impiadosa gran triunfo le dió;
Y hecho dueño de todo, en su encono,
Por doquiera cadalzos se alzaron,
Que al momento en altar se tornaron
Do el patriota la vida ofreció.

Mas un pueblo que libre era entonces
Escuchó del chileno oprimido
El acerbo y profundo gemido,
Y terrible vengarle juró.
Chacabuco y Putaendo le vieron
Descender de los Andes al llano,
Y de un golpe arrojar al tirano
Que al chileno su patria vejó.

Talcahuano, reducto postrero
Del tirano, en la tierra chilena,
Vió en las playas marinas la arena
Inundada de rojo coral;
La Isabel, la Esmeralda, el Callao,
Y de Maipo la heróica victoria,
Frutos fueron de honor y de gloria.

¡Oh gran día! en los fastos de Chile
Será eterna tu ilustre memoria,
Y en tus páginas de oro la historia
Te pondrá su indeleble señal;
Y de edad en edad recorriendo
De los siglos la noche futura,
Otros días de gloria y ventura
Te darán un renombre inmortal!

EL 25 DE MAYO 1849

Este gran día, que otro tiempo fuera
Día de regocijos y contento
Para el hombre nacido en las llanuras
Que ciñe el Plata con su brazo inmenso
Y los Andes gigantes con sus nieves
Soberbios cierran por el otro extremo,
Es hoy para nosotros solamente
Un día de esperanzas y recuerdos,
Un día de amistad, en que proscriptos,
Saludamos la patria desde lejos.

Pasan los años, cual las nubes pasan
Arrebatadas de impetuoso viento,
Dejando trás de sí por do pasaron
De negra oscuridad un denso velo;
Y los hechos ilustres y los hombres,

En este limbo de tiniebla envueltos,
Escondidos quedaran ignorados
O sepultados en olvido eterno.

Si días como el de hoy no los trajeran
Del pasado al presente, para aquellos
Que á la luz de la historia penetrando
En la noche sombría de los tiempos,
De los pocos que el bien ambicionaron
Conocen las tendencias y los hechos,
Y agradecidos, á su vez, entonces
A su virtud consagran un recuerdo.

Quédannos, por fortuna, todavía
Restos preciosos, que respetó el tiempo
Y el cañón enemigo en los combates
De la generación que á nuestro pueblo
En ochocientos diez, en este día,
Dió la primer lección de sus derechos.
Empero, entre aquel tiempo y el presente,
Un período de horror y vilipendio
Se interpone, ¡oh dolor! y de un tirano
La sombra adusta é infernal aliento
Interpuestos también, de aquellas glorias
Solo dejan llegar algún reflejo,
Que nos revela lo que entonces fuimos
Y nos recuerda lo que ser debemos.

Al pensar en la patria que adoramos,
¿Qué argentino no exclama con despecho:

¿Qué se hizo esa nación llena de vida,
Que lanzando doquiera sus guerreros
Orló su frente de inmortal aureola
Y dió la independencia á tantos pueblos?
¿Que es hoy para nosotros esa patria
Que produjo un Belgrano y un Moreno,
Un San Martín, un sabio Rivadavia,
Un Castelli, un Las Heras, un Agüero,
Un Balcarce y un bravo Necochea,
Un Peña, un Monteagudo y otros ciento?
El paraíso perdido es, que lloramos,
Mustia flor que al abrir desecó el hielo,
Y que marchita y encorvada yace;
Libro despedazado por el viento,
Cuyas hojas, dispersas por doquiera,
Lección terrible son para otros pueblos.

Ignorantes colonos de la España,
Respirando las brisas del desierto,
Capaces fuimos de ceñir la espada
Y de blandir la lanza con denuedo
Para triunfar lidiando en las batallas;
Una vez profanado no fué el suelo
De la patria durante la contienda,
Por las legiones del monarca ibero,
Sin que con rudos golpes recibieran
La profunda impresión del escarmiento;
Supimos conquistar la independencia,
Pero para ser libres, inespertos,
La libertad buscamos do no estaba,

Y un tirano salionos al encuentro.
¡De hondo lago de sangre se ha rodeado,
Y de la muerte su instrumento ha hecho!
Empero las ideas no se matan
Como puede matarse un pueblo entero;
Si en un punto, tal vez, la tiranía
A hollarlas llega con su pie de hierro,
En otros mil derriban los tiranos,
Y en repúblicas tornan los imperios.

Veinte años de barbarie se han echado
Sobre el pueblo argentino, mas por eso
No logrará el tirano que lo oprime
Sustraerlo para siempre al movimiento
Que han dado las ideas hoy al mundo:
Su marcha detendrá por algún tiempo,
Como detiene al río la montaña
Que se desploma sobre su sendero;
Mas después, arrastradas por las aguas,
Sus rocas mismas son el pavimento
Por do espumante é impetuoso corre,
Sin obstáculo alguno por su lecho.
El tirano argentino no es mas fuerte
Que los demas tiranos, ni ese pueblo
Es menos susceptible de ser libre
Que otros mil que reclaman sus derechos.

Cada día que el sol la tierra alumbra,
Echa sus rayos de oro desde el cielo
Sobre un pueblo que rompe sus cadenas,

O que conquista parte de los fueros
Que la mano de Dios le diera al hombre
Al formarlo á su imagen. Los perversos
¿Tienen poder acaso que contenga
Tan simultáneo y fuerte movimiento?
¡República! ¡República! es el grito
Que de un polo á otro reproduce el eco:
¿Y el argentino que á este grito santo,
En ochocientos diez, se hizo guerrero,
El único será que no lo escuche,
Y resignado encorve al yugo el cuello?
Si este el hado es que el cielo nos depara,
En tierra extraña queden nuestros huesos.
Pero no será así; y el sol de Mayo
Su luz derramará sobre aquel pueblo
En república grande constituido,
Donde la libertad tenga su asiento;
Y alguno de los que hoy lo saludamos,
Desde el suelo feliz del extranjero,
Bajo del cielo hermoso de la patria
Por muchos años lo saludaremos.
Allí el brazo fraternal reciba
Hasta el calmuco que su hogar paterno
Por nuestra patria deje y ciudadano
Al estampar su planta en aquel suelo,
Argentino se estime, porque goza
Del argentino todos los derechos.

Santiago de Chile, Mayo 23 de 1849.

EL 25 DE MAYO DE 1850

¡Recuerdos de mi patria que tan vivos
Me agitais este día,
Porque sois de los tiempos de su gloria,
Ojalá imperceptibles, fugitivos,
Como fué siempre la fortuna mía,
Pasaseis esta vez por mi memoria!...
Así yo no pudiera
Comparar el pasado y el presente,
Y mi dolor no fuera
Tan profundo, tan cruel y tan vehemente,
Al contemplar lo grande del pasado,
Del presente lo vil y lo menguado.
¿Quien verá sin rubor los descendientes
De aquellos que, colonos todavía,
A las huestes de Albión escarmentaron;
Y que después, valientes,
En este mismo día,
La heroica frente alzaron,
Y de la independencia
El primer estandarte enarbolaron?
¿Quien los verá, repito, sin vergüenza,
Rogar al más estúpido tirano
Que ejerza la funesta dictadura;
Y que besando la sangrienta mano
Que á sus hermanos degolló y sus padres,

Ante el monstruo doblando la rodilla,
Acaten el poder que los humilla?

Y al ver tanta abyección, tanta vileza,
¿Quien no quiere ¡gran Dios! que por su mente
Cual siniestro meteoro fugitivo
Se deslice la idea del presente;
Y con ella también, de la memoria,
Este período horrible de le historia?
¿Pero como borrar del pensamiento
Aquellos altos é ínclitos varones,
Que supieron ganar con sus acciones
De la inmortalidad el alto asiento?
¿Como no tributar á su memoria
A su heroico valor y bizarría
De que tan alto elogio hace la historia,
El debido homenaje en este día,
En que con esa fuerza irresistible
Que da la convicción de la justicia,
El poder derribaron
Que sus padres y abuelos acataron?
Poder que los monarcas castellanos
Desde Fernando el Grande, é Isabela,
Hasta Fernando el séptimo, tuvieron
En sus potentes manos?
No es posible olvidar tanta grandeza;
Si sus nobles esfuerzos se perdieron
Y una raza mas vil que la maleza
Que arranca de raíz el hortelano
Se prosterna y humilla
Hasta besar la planta del tirano

Que bárbaro la ultraja y la mancilla,
A los heroes de Mayo ha reemplazado;
Si al grito de victoria de los bravos,
Y con altivo aspecto el león de España
La crinada cerviz dobló aterrado,
El gemido siguió de los esclavos;
No por eso sería
Razón que en este día
Muda la lengua no arrojase un viva
A los atletas que nos precedieron
Y que haciendo rodar la tiranía
Bajo su planta con firmeza altiva
Entonaron el santo *¡oid Mortales!*
Que la gloria será de sus anales.
¡Augustos héroes de la patria mía!
Que rompiendo valientes la cadena,
Que pesada y terrible la oprimia
A tan sublime altura la encumbrasteis:
Vosotros que en la arena
De intrépidos lidiasteis
Por darle libertad é independencia,
Con sangre pura de copiosa vena
Su independencia y libertad sellasteis.
De la mansión de paz y de ventura
Do moran los que aquí se han consagrado
A mejorar la condición humana,
De aquella lumbre pura,
De aquel fuego sagrado
Que fluye de la esencia soberana,

Pedid que un solo rayo se desprenda
Desde el trono de Dios y que descienda
A esa patria querida, porque tanto
Hicisteis en la vida
Para que libre fuese y venturosa
Se infunda en cada pecho el fuego santo,
Esa llama sublime que encendida
En vuestras almas se ostentó grandiosa.
Así esos hombres que hoy envilecidos
Por el terror y espanto,
Por la presencia odiosa
De un bandido rodeado de tiranos,
Sin rubor suplicaron,
Que en sus sangrientas manos
La suma del poder eterna sea,
Se acordarán que son los descendientes
De aquellos eminentes ciudadanos
Que este día juraron
Vivir independientes
Y libres para siempre de tiranos.
Entonces ese monstruo, ese demonio,
Bostezo inmundo de las negras furias,
Que ahogando el pensamiento
En la sangre que cruel ha derramado
De víctimas sin cuento,
Su ominoso poder ha cimentado,
El tremendo escarmiento
Que los malvados sufren
Devorará también, á su despecho,
Y la pena terrible aunque tardía

Que tanto provocó su tirania.
Entonces esos pueblos agobiados
Bajo su poder inícuo y desmedido,
Levantarán la frente,
Y cuenta pedirán á los malvados
Que los han humillado y oprimido.
Entonces no será la ley vigente
El sangriento puñal del asesino,
Ni el capricho de un gaucho de la pampa;
Y ese mismo argentino
Que solo de desprecio es digno ahora,
Engalanado con odiosa estampa
De su feroz verdugo,
Empuñará la espada vengadora
Que siempre hizo temblar á los tiranos,
Y haciendo trizas el ferrado yugo
Que veinte años llevó sobre su cuello,
Recobrará la dignidad del hombre
Y se hará digno de llevar tal nombre.

Santiago de Chile.

EL 25 DE MAYO DE 1857

Del rayo primero reflejan la lumbre
Las nieves que cubren del Andes la cumbre,
Su disco de fuego asoma ya el Sol,
De púrpura y oro se viste el espacio
Y grupos de grana, azul y topacio,
Al astro rodean de ondeante arrebol.

Repiten los ecos del valle lejano
El ronco estampido que viene del llano,
Do al astro saluda rugiendo el cañón.
La hermosa bandera al viento tendida
Brillante flamea del aire movida,
Salúdala el pueblo con grata emoción.

Alegres mil voces sonoras entonan
El *oid mortales*, y al mundo pregonan
Que el voto del pueblo siempre es libertad;
Y todos repitan aquel juramento,
De morir con gloria, si llega el momento
Que caiga del trono la noble igualdad.

¡Que grato es entonces oir que repite
El niño inocente las voces que emite
El pueblo que jura ser libre ó morir!
Los pechos se sienten henchidos de gozo,
Y el trémulo anciano y el joven fogoso
Confiados esperan un gran porvenir.

Mas pasa el momento de viva alegría
Que en todos despierta la luz de ese día,
Y sigue un silencio sombrío y glacial;
Silencio que anuncia que el pueblo padece,
Y jura en secreto que el mal que aborrece
Tendrá su medida, su instante final.

La plaza donde antes el pueblo solía
Festivo y contento reunirse este día
A ver los guerreros sus armas lucir,

Ahora á su vista tan solo presenta
De muerte y degüellos la escena sangrienta
En brutos inermes que se hacen morir.

Resagos funestos que el tiempo pasado,
De oprobio y afrenta en pos ha dejado,
Su influencia ominosa ejercen aún;
Y todos lo sienten y todos lamentan
Que los que el atraso y el mal representan
Estorben impunes la dicha común.

¡Aun hay insensato que ordene á la hueste
Quitar la divisa de blanco y celeste
Y el rojo sangriento de Rosas llevar!
¡Y nadie castiga tan vil osadia,
Ultraje insolente lanzado al gran día
Que todo argentino debiera vengar!

Cubriéndose el rostro, airados dirían
Aquellos que en Maipo las cienes ceñían
De frescos laureles, después de triunfar:
¿Son estos, los hijos que Mayo nos diera,
Los viles que cambian la noble bandera
Que el alto Pichincha miró tremolar?

¡Vergüenza y oprobio del nombre argentino!
¿Son esos menguados, que quiso el destino
De padres gigantes hacer descender?
¿Por qué degeneran asi los hermanos?
¿Por qué de los héroes descienden villanos,
Debiendo en sus venas su sangre correr?

¿Y el bravo soldado que guió sus guerreros
Valientes al triunfo grandioso en Caseros
Do hundió para siempre el rojo pendón,
Mirará impasible tan grave atentado,
Sufrirá en silencio que sea ultrajado
Con tal insolencia el de la Nación?

¡Oh, no; que indignado blandirá su lanza
Y en nombre del pueblo tomará venganza
Del vil que atrevido lo quiso ultrajar;
Y allí el escarmiento que sigue al castigo
Lección elocuente llevará consigo,
Que hará á los traidores de espanto temblar!

Una es la bandera, la patria una sola:
Su gloria recuerda, si aquella tremola,
Fesfeja sus triunfos, anuncia la unión.
Emblema de gloria son estos colores;
Recuerdo es el rojo de sangre y horrores,
De oprobio y afrenta, de infamia y baldón.

Pasiones horribles, mezquinos provechos
De tristes rencores hincharon los pechos,
Y el crimen su fruto funesto nos dió;
Las leyes callaron, surgió la discordia;
Ya no hubo justicia, ya no hubo concordia;
Y un pueblo de esclavos el mundo nos vió.

Los odios y enconos, la guerra entre hermanos,
Del bien nos alejan y engendran tiranos
Que hollando las leyes con risa infernal,

Feroces se gozan oyendo el gemido
Del pueblo aterrado que llora oprimido
Sujeto al capricho del genio del mal.

¡Oid argentinos! sonó ya la hora
De paz y progreso, de unión y mejora;
Los odios y celos llevad al altar
Del Dios de la patria, y allí en holocausto
En día tan grande, en día tan fausto,
Jurad para siempre hacerlos cesar.

HIMNO RELIGIOSO

EN EL ANIVERSARIO DE LA BATALLA DE YUNGAY Y COLOCACIÓN DE LA PIEDRA FUNDAMENTAL DE LA CAPILLA DEL ASILO DEL SALVADOR.

Cantemos al Señor de las alturas,
Ensalcemos su gloria;
Porque somos su pueblo y sus criaturas;
Porque nos dió este día la victoria
Y la paz bienhechora
Que nos colma de dones de hora en hora.

Bendigamos su nombre sacrosanto
Y el brazo poderoso,
Que derramó el terror, sembró el espanto

En las huestes del déspota orgulloso,
Que á su soberbia planta
Quiso hacer escabel nuestra garganta.

Si consintió paciente que, altanero,
Numerosas legiones
Condújese al combate, erguido y fiero,
Supo también cercar sus escuadrones
De pavor, y ahuyentados
A nuestros pies cayeron aterrados.

Así como después de la tormenta
Que amenazó tragarnos,
Mas plácida la cuna se presenta,
Así vino la paz á visitarnos
Mas bonancible y pura
Que la estrella polar en noche oscura.

Hoy que sus bienes sin temor gozamos,
Hoy que hacemos memoria
Del esplendido triunfo que alcanzamos,
Bendigamos al Dios de la victoria,
Su poder acatemos
Y un himno nuevo en su loor cantemos.

Solo á su omnipotencia era posible
Extinguir los furores
Y los estragos de una guerra horrible,
Con su cortejo inmenso de rencores;
Y que tras la batalla
La paz pusiese á los enconos valla.

Y lo hiciste, Señor, y nos salvaste,
Y tu amparo nos diste;
La calma en nuestros pechos derramastes;
Los corazones todos conmovistes;
Y todos se rindieron,
Y en tu nombre un asilo al pobre dieron.

Asi, Padre y Señor, son los arcanos
De tu mente insondable,
Que penetrar no es dado á los humanos:
A tu ley soberana é inmutable
Sujeto está el destino,
Y todo anuncia tu poder divino.

¡Bendícenos, Señor, y de las malas
Pasiones nos preserva
Bajo la grata sombra de tus alas!
A tu pueblo por siempre la conserva
La paz y la ventura,
Y con ella sus bienes le asegura.

Ilumina, gran Dios, nuestro camino,
Y dirija propicio
Nuestras acciones tu poder divino;
Aceptable le sea á tu servicio
El ara pura y santa,
Nuestro templo que el pueblo te levanta.

Bendícelo, Señor, para que sea
Digno de tu presencia,
Para que el pueblo en sus umbrales crea

Que allí mora, gran Dios, tu omnipotencia,
Tus ángeles envía
Que custodien sus puertas noche y día.

Allí tu nombre el huérfano y la viuda
Invocarán confiados;
Allí te pedirán, Señor, tu ayuda,
Para salvar de un mundo de pecados,
Y al pie de tus altares
Depondrán sus dolores y pesares.

Acuérdate, Señor, que de tu boca
El soplo recibieron;
En tí cada uno, su Criador, invoca;
Y que por ellos tus venas se rompieron
En la cruz do moriste
Cuando el género humano redimiste.

Santiago, Enero 17 de 1851.

AL TÚMULO DEL SANTÍSIMO PADRE PIO SÉPTIMO

SILVA FUNERAL

Cuando el triunfo cantaba
Con horrísono estruendo en todo el mundo,
La irreligión, y sollozaba
La Iglesia, con dolor profundo,
Cuando con fieras sañas
Rasgaban las entrañas
A la religión santa
Sus hijos descarriados,
Hollando el sacerdocio,
El silvo pastoral dió tu garganta,
Y desde el silencioso
Recinto del casino
Elevado á la tiara,
Lleno de santo celo,
Supiste con desvelo
Hacer de tus virtudes,
El bálsamo de vida,
Que á la grey perseguida y lastimada
Cicatrizase la profunda herida.
Esa piedad constante y esforzada
De que inundada rebosaba tu alma,
Difundiendo amoroso en tu rebaño
Le obligó á que te hiciese su modelo,

Volvístele á su calma,
Y en dulce desengaño
Le trasaste el camino para el cielo,
¡Moriste!... y él te llora,
Si el Sol está en su ocaso,
Hasta la aurora;
Si sube á su cenit y si declina,
A unirse con la estrella vespertina

IDILIO PRIMERO

Rásgase el velo del santuario,
El Sol se enluta, se estremece el suelo;
Cuando el gran sacerdote en el Calvario,
Hizo la Paz del Mundo con el cielo.
La tierra dió un gemido doloroso,
Al ver morir un Dios tan amoroso.
Y si la Iglesia santa en vuestra muerte
Viste fúnebre luto
Por mostrar su dolor, y de esta suerte
Pagar á sus virtudes el tributo;
Y aunque sabe al cielo van tus pasos,
Su corazón se parte en dos pedazos;
Tu muerte lloran las jóvenes sencillas,
Las matronas, los hombres, los infantes,
Del viejo escanecido las mejillas
Son el antiguo cauce do abundantes
Lágrimas corren, al dolor vertidas,

De los ancianos ojos despedidas.
No así á su Héctor lloraron los Troyanos,
No tanto por Leonidas lloró Grecia,
Ni á su Scipión lloraron los Romanos
Cual llora por su Pío vuestra Iglesia;
Como tórtola viuda en el desierto,
La esposa llora por su esposo muerto.

IDILIO SEGUNDO

Peregrino pastor te vió la Francia,
Lleno de caridad y de amor tierno,
Atravesar la Italia lleno de ansia,
Expuesto á los rigores del invierno;
Al oir que tu rebaño da un balido,
Del león de los abismos perseguido,
En tu edad avanzada, más ligero
Que la aguila á quien le hurtan el polluelo,
Al oir el eco lastimero,
Correr precipitado en veloz vuelo
Tu caridad no supo detenerse,
Al ver á tus ovejas por perderse.
Llegaste y tu presencia dió el reposo
A la grey afligida y vacilante,
Al aprisco la llevas amoroso
Sin perder un instante,
Y al verle ya sin riesgo en este día
En llanto le demuestras tu alegría.

¡Que espectáculo tan digno del asombro,
Nos ofreciste, venerable anciano,
Poniendo sobre tu hombro,
La oveja descarriada, por tu mano!
¡Que prueba diste tan palpable,
De que eras un Pastor inimitable!

IDILIO TERCERO

¿Cual clima por remoto y escondido,
Se escapó á tu cuidado?
¿Cual país te fué desconocido,
Que fuese por cristianos habitado?
Tu corazón sublime supo el arte,
De velar como Dios en cualquier parte.
Desde la helada Escitia hasta los Andes
Se hizo sentir tu celo,
Las distancias más grandes
Nada son á tu anhelo.
Tu amor en todas partes vela,
El hace en todo el mundo centinela.
Dígalo Francia, la Italia, la Saboya,
La Alemania, la Prusia y por Toscana
Dígalo el mismo obispo de Pistoya,
Cual fué su celo por la fé cristiana.
Por fin, dígalo Chile, agradecido,
Y el mundo sabrá el Papa que ha perdido.
¿Por que muerte feroz, con cruda saña,

Traidora y homicida,
Esgrimiendo tu bárbara guadaña
Cortaste el hilo á tan preciosa vida?
¿En que te ofendieron los mortales
Que así el colmo pusiste tú á sus males?

SONETO PRIMERO

En el camino estrecho y espinoso
De esta vida infeliz, sabio corriste,
Porque prudente de la ley hiciste,
El Sol que guió tus pasos luminosos.

Jamás llegó á arredrarte los escabroso
Del alto ministerio que ejerciste,
Porque al verbo divino constituiste
Por luz, en el sendero peligroso.

Por esto tu virtud constantemente
Fué de la iglesia el báculo sagrado,
Y de la fé de Cristo astro esplendente;

Fué imán, que al corazón más extraviado
En el mar de pasiones, diligente
Condujo siempre á puerto afortunado.

SONETO SEGUNDO

A tus pies prohibiste aquella senda,
Que á hacer la iniquidad pudo llevarte;
Juraste por tu Dios sacrificarte,
Y toda tu alma le entregaste en prenda.

Jamás hombre ofreció más grata ofrenda,
Ni habrá jamás quien pueda aqui imitarte;
Supiste á cada instante consagrarte
Por víctima, que al cielo fué estupenda.

La palabra de Dios toda tu vida,
Fué el precioso tesoro que guardaste,
De que tu alma fué la urna inmaculada.

Con tus virtudes dejaste enriquecida
La iglesia que tan puro gobernaste,
Y la fé del cordero propagada.

SONETO TERCERO

A COSTA de trabajos y desvelo,
Sin perdonar afanes ni fatigas,
Los divinos mandatos investigas,
Con puro corazón y santo celo

En vano los soberbios con anhelo
Doblaron sobre ti tramas é intrigas,

Tu virtud opusiste, y les obligas
A abandonar el campo con recelo.

La hidra devoradora que afligía
La iglesia galicana largos años,
A tu presencia depuso su osadía;

Tu vista remedió todos los daños,
No solo en Francia que en Florencia un día,
De Ricci consiguió mil desengaños.

SONETO CUARTO

¿A donde encontrará su apoyo el afligido?
¿A donde, su remedio el lastimado?
¿Donde allará su guía el extraviado,
Si todos con su muerte le dan perdido?

El pobre se lamenta dolorido,
El huérfano solloza desolado,
El sacerdote gime contristado;
Y hasta el altar suspira enternecido.

Todo el mundo por fin, llora tu muerte:
Cada uno en tí ha perdido su consuelo,
Su padre pierden todos, con perderte.

¿Mas, qué mucho será que el triste suelo
No pueda por más tiempo en sí tenerte,
Si daba cuando os tuvo envidia al cielo?

EPITAFIO PRIMERO

SONETO QUINTO

Venid á ver en esta tumba fria,
¡Oh míseros mortales! al que ha sido
Espejo de virtud esclarecido,
Más ardiente que el Sol á medio día,

¡Esta flor, del casino la alegría,
Deshojarla la muerte así ha sabido!
¡En tierra su hermosura ha convertido,
Y en nada su bizarra lozanía!

Solo de sus virtudes la memoria
Jamás se borrará de entre los fieles;
El tiempo jamás tendrá la gloria

De consumir cual débiles papeles
Las páginas do escrita esté su historia
Que en oro grabarán doctos cinceles.

EPITAFIO SEGUNDO

SONETO SEXTO

Esa loza que ves sin admirarte,
No guarda aquel Aquiles de la Grecia,
No al grande Cárlos de la Suecia,
Ni al cuarto Enrique de la Francia Marte.

Tampoco es aquel grande Bonaparte.
El que encierra es aquel, que allá en Venecia,
Fué exaltado á cabeza de la iglesia,
Depósito mas digno de asombrarte.

Veinte y tres años brillaron sus virtudes
A par del mismo sol del firmamento
En el pontificado, pero quiso

Allá donde no hay visicitudes,
El cielo colocarle en alto asiento,
Y ciudadano de la gloria le hizo.

EPITAFIO TERCERO

SONETO SÉPTIMO

Bajo ese mármol frio, oh caminante,
Se encierra en poco polvo desatado,
Uno que fué de todos admirado,
Desde el remoto ocaso hasta el levante.

No lo oyes, no; no pases adelante,
No quieras perturbar su sueño osado;
Ni de tus plantas profanado,
Se vea este depósito brillante.

Necesario es que veas donde pisas,
Que aun que cubiertas de mármoles y tierra
Estén por algún tiempo esas cenizas

Del grande Pío son. Ahí se encierra.
Advierte que ese mármol que divisas,
Por respeto postrado se halla en tierra.

EPITAFIO CUARTO

SONETO OCTAVO

Esa urna te dirá si te llegares,
Que no es el gran Sesóstris lo que encierra,
Ni el rayo Macedonio de la guerra,
Ni al Persa, que contó sus militares

Por más de diez centenas de millares,
Con que quiso asolar toda la tierra.
No aquel cartaginés, que la alta sierra
De los Alpes pasó por mil lugares:

Lo que guarda su seno yerto y frio
Lo dirá Melpomene, en triste canto;
Tocándole el clarín la inmortal Clio,

Urania mezclará también su llanto,
Al pronunciar el nombre de aquel PÍO,
Que otro PÍO, pasó, de PÍO el Santo.

BERNARDO DE VERA Y PINTADO

EN UN CONVITE *

EL 11 DE MAYO DE 1813

Salve patria adorada,
Amable, encantadora;
El corazón te adora
Como á su gran deidad.
Salve, cuando tu nombre
El valor ha inspirado,
Con que se ha recobrado
La dulce libertad.
¡Salve!... que al invocarte,
La voz del rey se humilla,
Y solamente brilla
La luz de tu fanal.
De esa luz prodigiosa
Ha sido conducida
La legión aguerrida
Que te hace respetar.
Obedeció la noche
Al resplandor divino

* Memoria sobre el primer Gobierno Nacionalde Chile, por Don Manuel A. Tocornal, (citado por Don J. M. G.).
Allí se dice que este banquete fué presidido por el doctor Vera y por Camilo Henriquez, y que todos los comensales estaban cubiertos con el gorro de la libertad, cantando este himno al finalizar la comida.

Que enseñaba el camino
A la hueste inmortal.
  Por doquier que envestía
Llevaba la matanza,
Y sangre y fuego lanza
Al infame rival.
  ¡Viva la patria! claman
Sus dignos defensores.
—*¡Perdón!*—los agresores
Imploran sin cesar.
  Dejemos al cobarde
En el campo arrojado:
Los bravos se han cansado
Del estrago fatal.
  Ellos vuelven triunfantes
Y cubiertos de gloria,
Para que en su memoria
Podamos entonar:
  ¡Salve patria adorada,
Amable, encantadora;
El corazón te adora
Como á su gran deidad!

HIMNO

La patria nos convoca
Con noble y suave voz,
A rendir á las ciencias
El merecido honor.

La libertad amable
Derramó su luz pura,
Y augusta se apresura
A darnos esplendor.
Cesó el plan de barbarie
De la cruel tiranía;
De la sabiduría
La aurora amaneció.

La patria, etc.

No será la ignorancia
Nuestra triste divisa,
Todo el Sur se electriza
De un nuevo resplandor.
Mejor órden de cosas
Es su precioso fruto;
Nacional Instituto
Hará la educación.

* De la Memoria sobre el primer Gobierno Nacional de Chile, por Don M. A. Tocornal. Se cantó en la apertura solemne del Instituto Nacional de Chile el día 12 de Agosto de 1813.

La patria, etc.

Sacrosantos derechos,
Antes no conocidos,
Hoy se ven sostenidos
Del patriótico ardor;
Se aborrecen las leyes
De los viles tiranos,
Recursos inhumanos
Del infernal complot.

La patria, etc.

Las ciencias y las artes,
Con atractivo hermoso,
Del chileno animoso
Exitan el amor:
Ellas le harán sensible
Su gran beneficencia,
Su fuerte y grata influencia
Formará el corazón.

La patria, etc.

¿Cuando el vil despotismo
Tuvo tanta franqueza?
De la naturaleza
El grito sofocó:
Autorizó violencias;
Fué su ley la conquista;
Apartemos la vista
De tres siglos de horror.

La patria, etc.

Ya de la independencia
Se establece el imperio;
Ni en el nuevo hemisferio
Se escucha otro clamor.
Pasó el tiempo ominoso
Que el pueblo no gemía
Porque no conocía
Su fatal situación.

La patria, etc.

No hay libertad sin luces,
Al pueblo oscurecido
De sus grillos el ruido
Jamás le despertó.
La gran filosofía
Del error ha triunfado,
Y alegre ha levantado
Su augusto pabellón.

La patria, etc.

La patria generosa
Hoy las luces nos brinda.
¿Habrá quien no se rinda
A su tierna emoción?
¡Oh libertad, oh patria,
Oh época luminosa!
La juventud virtuosa
Os llama en su favor.

La patria, etc.

Oh Padre de los hombres
Que libres los formaste,
El bien que les donaste
No les usurpe el error.
Que de una vez acabe
Al último tirano
Esa divina mano
Que á Chile protejió.

La patria, etc.

Que la fama se encargue
De perpetuar su gloria;
La musa de la historia
Celebre su opinión;
Para que las edades
En gozo sempiterno,
Bendigan al gobierno
Que libres las dejó.

La patria, etc.

AL ANIVERSARIO DE LA INSTALACIÓN

DEL NUEVO GOBIERNO, EL 18 DE SETIEMBRE DE 1812. *

HIMNO

Ya de Chile los genios ilustres
Le preparan las sendas de honor,
Y resuena con noble entusiasmo
De la patria la intrépida voz.
Conociendo sus altos derechos
Los proclama con fuerza y valor,
Y al gran día de su independencia
Se adelanta con paso veloz.

¡Oh progenie de Arauco gloriosa
Respirad heredado valor,
Que el ocaso del vil despotismo
Es la aurora del mas bello sol!
De su vuelta tercera en memoria
El gran pueblo triunfos decretó,
Y en los fastos de sagrados ritos
De Setiembre el diez y ocho escribió.

---

* Memoria cit. de M. A. Tocornal.

HIMNO *

Que viva la patria
Musas entonad,
A la luz preciosa
De la libertad

¡Salve hermoso día
En que la unidad
Principió la gloria
Del reino feraz!
¡Que las sabias leyes
Le alcancen á dar
Con su independencia
La felicidad!

Que viva, etc.

El augusto día
Empezó á brillar,
En que los esclavos
Pueden respirar.
Yace en la tumba
El poder fatal,
Y duros designios
Del plan colonial.

* Memoria cit. de M. A. Tocornal.
Esta poesía se cantó en Santiago de Chile el 18 de Setiembre de 1812.

Que viva, etc,

Del poder infausto
La sombra estará
Rodeada del odio
Público y tenaz.
El hombre recobra
La gran majestad,
Que naturaleza
Le quiso donar.

Que viva, etc.

Las generaciones
Nos bendecirán,
Por que á nuestro esfuerzo
Libres se verán.
De padres á hijos
La voz pasará,
Y esta noble historia
¡Qué honor nos hará!

Que viva, etc.

CANCION NACIONAL DE CHILE *

CORO

Dulce patria, recibe los votos
Conque Chile en tus aras juró,
Que ó la tumba será de los libres
O el asilo contra la opresión,

Ciudadanos el amor sagrado
De la patria os convoca á la lid.
Libertad es el grito de alarma,
La divisa: triunfar ó morir.
El cadalso ó la antigua cadena
Os presenta el soberbio español...
Arrancad el puñal al tirano;
Quebrantad ese cuello feroz!

Habituarnos quisieron tres siglos
Del esclavo á la suerte infeliz;
Que al sonar de sus propias cadenas,
Mas aprende á cantar que á gemir.
Pero el fuerte clamor de la patria
Ese ruido espantoso acalló,
Y las voces de la independencia
Penetraron hasta el corazón.

* Se publicó por primera vez en la *Gaceta Ministerial de Chile* el 25 de Setiembre de 1819.

En sus ojos hermosos la patria
Nuevas luces empieza á sentir,
Y observando sus altos derechos
Que ha incendiado en ardor varonil,
De virtud y justicia rodeada,
A los pueblos del orbe anunció
Que con sangre de Arauco ha firmado
La gran carta de emancipación.

Los tiranos, en rabia encendidos,
Y tocando de cerca su fin,
Desplegaron la furia impotente
Que aunque en vano, se halaga en destruir.
Ciudadanos, mirad en el campo
El cadáver del vil invasor...
¡Que perezca ese cruel que sepulcro
Tan lejano á su cuna buscó!

Esos valles también ved, chilenos,
Que el Eterno quiso bendecir,
Y en que rie la naturaleza
Aunque ajada de un déspota vil.
Al amigo y al deudo mas caro
Sirven hoy de sepulcro y honor,
Mas la sangre del héroe es fecunda,
Y en cada hombre cuenta un vengador.

Del silencio profundo en que habitan
Esos mares ilustres, oid,
Que os reclaman venganza, chilenos,

Y en venganza á la guerra acudid.
De Lautaro, Colócolo y Rengo
Reanimad el nativo valor,
Y empeñad el coraje en las fieras
Que la España á extinguirnos mandó.

Esos monstruos que cargan consigo
El carácter infame y servil,
¿Como pueden jamás compararse
Con los héroes del cinco de Abril?
Ellos sirven al mismo tirano
Que su ley y su sangre robó;
Por la patria nosotros peleamos,
Damos vida, riquezas y honor.

Por el mar y la tierra amenazan
Los secuaces del déspota vil;
Pero toda la naturaleza
Los espera para combatir;
El Pacífico al sud y occidente,
Al oriente los Andes y el Sol,
Por el norte un inmenso desierto,
Y en el centro libertad y unión.

Ved la insignia con que en Chacabuco
Al intruso supisteis rendir,
Y el augusto tricolor que en Maypo
En un día de triunfo os dió mil;
Vedle ya señoreando el oceano
Y flameando sobre el fiero león;
Se estremece á su vista el ibero,
Nuestros pechos inflama el valor.

Ciudadanos, la gloria presida
De la patria el destino feliz,
Y podrán las edades futuras
A sus padres asi bendecir.
¡Venturosas mil veces las vidas
Con que Chile su dicha afianzó!
¡Si quedase un tirano, su sangre
De los héroes escriba el blasón!

CORO

BRINDIS *

ODA

Al astro que en las aguas argentinas
Refleja el rayo bello,
¡Patria de la libertad! y en su destello
Copia la hermosa luz con que caminas,
Y en las plantas divinas
Marca la senda de la independencia
Sembrada de valor, de honor, de ciencia
Y de grandeza augusta.
¡Oh Buenos Aires! tu fortuna asusta
A los que se recreaban

* Pronunciado en un banquete patriótico celebrado en conmemoración de la independencia de las provincias del Río de la Plata, el 8 de Julio de 1823.

Cuando humilde ó discorde te miraban
Esclava un tiempo, en otro fatigosa,
Con la lucha intestina y ominosa
Que enrojeció la cuna do nacías
De libertad á los preciosos dias
Que hoy tus hijos celebran generosos
En el país de Lautaro,
Es donde el monte faro
Sus copetes nevosos
Eleva altivo al cielo,
Mientras deja en el suelo
Del patriota argentino
Envidiable su próspero destino;
El destino magnífico y extenso
Que á las musas ofrece campo inmenso.

II

Puestos todos sus ramos en reforma,
Cambió la antigua forma
De códigos añejos,
Dió la sabiduría sus consejos
Y perdió su vigor el fanatismo.
Cedió á las leyes de un feliz civismo,
El crédito se cría, y se reanima,
Y la abundancia opima
Al pobre tiende manos bienhechoras;
Asegura del rico los caudales;
Abre á la industria nuevos manantiales;
Las artes aprovechan sus mejoras;

El comercio florece;
La agricultura ofrece
Mil altares á Ceres:
El sexo excitador de los placeres
Su piedad bien emplea;
Y su mérito sale á la pelea,
Con el mérito mismo del valiente
Que de laureles coronó su frente.
Cada cual en su línea se apresura,
A ser útil al país, esta es su gloria;
Y no es ya la hermosura
Del sexo amable la exclusiva historia.
El también acompaña los empeños
De los dignos costeños
Del argentino río,
Cuando llevan su brío
A convertir en bellas poblaciones
Lo que ocupan indómitas naciones,
Hasta hacer su frontera
De los Andes la eterna cordillera.
Vednos, unidos ya. Sea el año nono
De los triunfos que entono
El grato complemento;
Y el sol que mira desde el firmamento
La obra de afanes tantos,
También influya para nuevos cantos,
Virtud y dicha iguales
A la América entera,
Y ella también prospere cual prospera
Ese río de la Plata,

Donde el astro á que brindo se retrata.
Y nuestro caro reconocimiento,
Pueda en igual momento
Mostrarse vivamente agradecido
A un concurso tan grande y tan lucido.

CONGRATULACIÓN

AL DIRECTOR SUPREMO, GENERAL DON B. O'HIGGINS

¿Con que el golpe del último tirano,
Que va á consolidar la independencia,
Estaba reservada á Vuecelencia,
Al grande hijo del suelo americano?
¿Con que el gran San Martín, el ciudadano
A quien fortuna concedió su influencia,
De la patria ha ostentado la potencia
Para timbre inmortal del araucano?
Si la época feliz de tu gobierno
No contara otros triunfos en tu gloria,
Este solo bastara á hacerte eterno.
Sin duda lo serás en la memoria,
Desde el anciano grave al niño tierno,
¡Y este será el blasón de nuestra historia!

17 de Agosto de 1821.

BRINDIS *

EN UN BANQUETE CELEBRANDO EL DÍA ONOMÁSTICO DEL GENERAL O'HIGGINS

Darte, señor, los dias,
Cuando tu ilustre espada
A la patria adorada
Dió tantos de placer, tantos de gloria,
Es un empeño vano;
Que tu mérito, excelso y soberano,
Un lugar se ha ganado ya en la historia,
Que pasa de la vida.
Os es reconocida
Ya la posteridad;
Y si una pluma á tu elogiar faltara,
Su eterna voz seguramente alzara
La augusta libertad!

Agosto de 1822.

EN HONOR DE SAN MARTÍN Y O'HIGGINS.

Al héroe que sus dias
Une á los de la patria, ambos con gloria,
Y á quien las infelices musas mías
(Haced, señor, memoria)

* Pronunciado el 22 de Agosto de 1822 en un gran baile dado en casa del general O'Higgins.

Profetizaron que en Lurin este año
Se había de celebrar triunfo tamaño.
Al héroe y los valientes
Que han llevado el esfuerzo y la victoria
De los independientes;
Donde la tiranía proditoria
Los pueblos oprimía
Que libres nos saludan este día.
Al héroe que bizarro
Su talento y valor ha conducido
Hasta el mismo palacio de Pizarro,
Donde el déspota erguido
Lanzaba muertes al americano
Que hoy pisa los tapetes del tirano,
Alce Huascar la frente
Desde el silencio de la tumba fría,
Y, al mirar á su patria independiente,
Salude el claro día
En que los hombres libres la salvaron
Y el tricolor chileno enarbolaron.
Del Rimac la ribera
Resuena en himnos con que la hermosura
Ardiente y placentera
Canta á vuestros chilenos su ventura,
Y con envidia al héroe felicita
Que goza de reunión tan exquisita.

BRINDIS *

¿Qué se puede decir á la belleza
Que á su carro triunfal los hombres ata?
¿Cuando es indiferente, cuando ingrata?
¿Es el desdén virtud de la fineza?

Y si hace algún favor, alguna fuerza
Al que de sus amores se arrebata,
El imperio feliz con que le trata
Realza sus gracias, dora su pureza.

Todo es en ellas noble, y apreciable
Todo á los hombres obligante y justo
Cual si ella fuese su alma invulnerable.
Y después de pasar por tanto susto
¿Aun hemos de brindar al sexo amable?
¡Séamos pues piquete de su gusto!

BRINDIS **

Gloria á los héroes que al Perú oprimido
Dieron su libertad é independencia;
Gloria al gran San Martín, cuya experiencia,
Valor é intrepidez le han distinguido.

* Pronunciado en la misma fiesta que el anterior.

** Pronunciado en la misma fiesta.

El para sí y la patria se ha adquirido
Un renombre de eterna permanencia,
Y no habrá un solo pueblo, una potencia,
Que le niegue ese honor tan merecido,

Gloria al jefe supremo que á la empresa
(Propia de su alma grande) enagenado
Todo supo vencer con su firmeza;
Gloria al virtuoso pueblo y al Senado
Por tantos sacrificios y entereza....
Todo en un solo día es bien logrado.

PALINODIA DEL CONSOLADOR

EN SATISFACCIÓN DEL FILÓSOFO RANCIO

El padre me acusa
De mi ociosidad;
Que nunca está ocioso
Su paternidad.

Consolador tonto,
Si vuelves á hablar,
Verás que te cantan
« El como te va ».

Insultas al cielo
Pobre teologuillo,
Y con la escritura
Te ves convencido.

Que si hechas su texto,
Sin haberlo visto,
Con mil toca el rancio
Su tamborilillo.

¿Que son los temblores?
Cosa natural;
La tierra es hereje
Y tú lo eres más.

También es hereje
Quien la hace temblar
Metiéndole azufre
Y otras cosas más.

Consolador tonto,
Si vuelves á hablar,
Verás que te cantan
« El como te va!»

¿No hace Dios milagros
Inflamado el nitro
Con otras materias
Que inflamables hizo?

Y no es un portento
Que á un tiempo precioso
El globo nos suene
Su tamborilillo,

Pues tu no penetras
La rabia inmortal

Del que no es rabioso
Y lo hacen rabiar.

Dirige tus ruegos
Al que al predicar
Las furias celestes
Sabe predicar.

Consolador tonto,
Si vuelves á hablar,
Verás que te cantan
« El como te va ».

¿ De las lavanderas
No temes el grito
Porque les quitastes
Su dulce sustillo?

Pues teme que cambien
Contra tí el palillo,
Y que te repiquen
El tamborililo.

Pero ya te cortan
Tu tonada audaz,
Llamándote luego
A un grave llamar.

Dispense los versos
Su paternidad,
Que sin cogollito
Los debo acabar.

Porque el pueblo entero
Se quiso pintar
Y preguntan todos
« El como te va ».

LA AUSENCIA

Me voy, pero vas conmigo,
Te llevo en el corazón,
Si quieres otro lugar,
No conoce otro el amor.

Terribles contradicciones
Componen nuestra existencia.
Una de ellas es la ausencia
Al lado de las pasiones.
Los amantes corazones
La miran como enemigo,
Mas mi pecho es un testigo
Del fenómeno mas raro,
Porque cuando me separo,
Me voy, pero vas conmigo

Este enigma portentoso,
Que causa tanto tormento,
Confunde el entendimiento
Y oprime un pecho amoroso;
¿Como es que no siento gozo

Si voy en tu posesión?
Porque hay cierta división
Entre tí y tu imagen bella,
Tú quedas, y yo con ella
Te llevo en el corazón.

Si, mi bien, el corazón,
El corazón que adora,
Es el centro donde mora
Tu beldad y mi pasión.
Es verdad que tu elección
Puede de asiento mudar,
Mas como no has de apagar
En mi pecho el dulce fuego,
Es lo único que te niego
Si quieres otro lugar.

Aqui está, mi bien, tu altar
Y tu holocausto incesante,
El oficio de tu amante
Ya no es más que idolatrar.
Si quisieres enseñar
De una pasión el valor,
Conduce el observador
De tu ara, mirela arder,
Y dirá: he aquí el taller,
No conoce otro el amor.

A MERCEDES

Por donde quiera que voy
Me parece que te veo,
Y es la sombra del deseo
En que delirante estoy.

Desde que mi corazón
Te adora, bien de mi vida,
Tengo en el alma reunida
Tu imagen y mi pasión;
A esta agradable ilusión
Todos los momentos doy;
Y como viéndote estoy
Siempre en el alma presente,
Te llevo aunque estés ausente,
Por donde quiera que voy.

Toda la naturaleza
A mis ojos se figura
Mendigando su hermosura
De tu sin igual belleza;
Y este primor que interesa
A mi amor, ó mi recreo,
Es un retrato, un trofeo
De las gracias que repartes;
Y por eso en todas partes
Me parece que te veo.

Me distraigo de repente
Para conversar contigo,
Y mil caricias te digo
Con la expresión más ardiente.
A veces tan vivamente
A vuestro lado me creo,
Que los sentidos empleo
En escuchar tu favor;
Pienso que todo mi amor,
Y es la sombra del deseo.

Llamó un sabio á la esperanza
Sueño del hombre despierto,
Mas yo ni durmiendo advierto
Ningún razgo de confianza;
Mi espíritu no descansa,
Solo sé que amante soy,
Y mientras mas vuelo doy
A esta locura de amor,
Mas terrible es el ardor
En que delirante estoy.

AL 18 DE SEPTIEMBRE

Hoy es el día que al astro luminoso
Grata saluda la Nación chilena,
Pues se hizo trizas la fatal cadena
De septiembre el diez y ocho venturoso.

El yugo por tres siglos ominoso,
Que nos cubrió de horror y acerba pena,
A eterno oprobio el pueblo lo condena
Y jura morir libre ó ser dichoso.

Después de catorce años de heroismo,
Por fin la independencia se ha logrado
Y lanzar de la patria el despotismo.

Mas ¡ay! que en su lugar nos ha quedado
El feroz é implacable fanatismo
Por quien está ¡ay Chile! esclavizado.

AL GENERAL D. RAMÓN FREYRE

Gloria inmortal, excelso americano,
Que siempre vencedor, nunca vencido,
El augusto Congreso ha reünido
Y proclamado al pueblo soberano.

Tú que triunfaste del poder hispano
Y libertar á Chile has conseguido,
Recibe el lauro solo á tí debido,
Pues solo derrocastes al tirano.

Acepta el mando dado á tu heroismo,
No la nación perezca en la anarquía
Y la aniquile el fiero despotismo.

Vuelve, corre veloz, y apuesta el día
De que destruyas ese fanatismo
Que eclipsa el brillo de la patria mía.

GLOSA *

El veneno con que mata
La ingrata que tanto quiero,
Por lo activo no intimida
Como aflije por lo lento.

Amor mal correspondido,
Aunque muy bien emplëado,
¿Qué has de hacer tan desairado
Sino buscar el olvido?
Bastante porfiado ha sido
Mi empeño y el de esa ingrata,
Que si alguna vez me trata
Con aparentes halagos,
Es por ir brindando á tragos
El veneno con que mata.

¿Olvidar? ¿Y el corazón
Entrará en tan arduo intento,
Cuando el solo pensamiento
Irrita más mi pasión?
El enemigo en la acción
Es donde se muestra fiero:
Así este fuego en que muero
Entonces se hace probar,
Cuando pretenda olvidar
La ingrata que tanto quiero.

---

* Se publicó en el No. 12 del «Mercurio» de Santiago de Chile, el 25 de Septiembre de 1822.

Invoco ancioso la muerte,
Y mi mayor mal consiste
En que hasta ella se resiste
A poner fin á mi suerte.
¡Ingrata! si he de perderte
Y no he de perder la vida,
Sabe que el ser homicida
Será piedad para mí;
Y que tu veneno así,
Por lo activo no intimida.

Pero eres un monstruo cuando
Tu pecho se saborea
En esa bárbara idea
De irme á pausas acabando.
¿Cual es mi crimen amando,
Para este raro tormento?
¡Ah inhumana! El instrumento
De tu desdén inclemente,
Por el rigor no se siente,
Como aflije por lo lento.

Prbro. BARTOLOMÉ MUÑOZ

A LOS QUE VIAN LA CUCARDA NACIONAL SIN SER PATRIOTAS *

Vemos, señor Censor, impunemente
A muchos cometer un desacato,
Que á más de ser chocante es atrevido,
Y aun me huele á traición si no me engaño.
Por tal tengo cubrir con piel de ovejas
Su fiereza los lobos muy ufanos,
Y sin poder usar el distintivo
Del patriotismo más acrisolado,
Los irreconciliables enemigos
De su patria, con crimen duplicado,
Y con la más indisculpable nota
De ser injustos y de ser ingratos.
No se persuadan los desconocemos,
Porque su disimulo nunca es tanto
Que puedan ocultar sus sentimientos,
Ni la perfidia de su doble trato.
Aplicar se me antoja á su conducta
La fábula del asno disfrazado,
Y repetirla es bien aunque la sepan
Por refrenar con ella su descaro:

---

* Manuscrito de don J. M. Gutiérrez en la Biblioteca del Senado Nacional.

« Un asno disfrazado
« Con una grande piel de león andaba;
« Por su temible aspecto casi estaba
« Desierto el bosque, solitario el prado;
« Pero quiso el destino
« Que le llegase á ver desde el molino
« La punta de la oreja el molinero:
« Armado entonces de un garrote, fiero,
« Dale de palos, llévalo á su casa.
« Divúlgase en contorno lo que pasa;
« Llegan todos á ver en el instante
« Al que habían temido león reinante;
« Y haciendo mofa de su idea necia
« Quien más le respetó más le desprecia».
Quítese la cucarda de la patria
Quien no sea patriota, porque al cabo,
Si se le ve la punta de la oreja,
Habrá de sucederle lo que al asno,
Y lo peor será si á los desprecios
Acompañan también algunos palos.

A MAIPO Y MAYO *

SONETO

Vos, patriota, la P quita advertido
De Maypo, porque pérdida le suena;
Y la Patria ni pérdida, ni pena,
Nunca jamás en mayo ha conocido.

Maypo sin P por anagrama ha sido
Un nuevo mayo, del placer escena;
En Maypo se deshizo la cadena
Que reforzaba el déspota atrevido.

Este año ha sido mayo duplicado,
Y las musas en coro rëunidas
Hacen las fiestas mayas más cabales.

Y todo en todos vemos mejorado,
Da cantando victorias adquiridas
Gozo al patriota, pasmo á sus rivales.

* M. S. de don J. M. G. en la Biblioteca del Senado Nacional.

SONETO *

Á LA MEMORABLE LIBERTAD DEL REINO DE CHILE POR LAS TROPAS DE BUENOS AIRES AL MANDO DEL EXMO. CAPITÁN GENERAL DON JOSÉ DE SAN MARTIN EL 9 DE FEBRERO DE 1817.

La Santa Providencia, que dispone.
De los sucesos con oculta mano,
Nos hace ver que se fatiga en vano
El que á lo justo y racional se opone.

De su orgullosa crueldad blasone
El injusto opresor con aire ufano,
Todos son enemigos del tirano
Y hasta destruirlo no hay quien no se encone.

Por verse libre con valor pelea
La América, oprimida injustamente;
No, no será ultrajada impunemente;

Sus hechos lo publican. Nadie crea
Esclavizar su hermoso continente:
¡Libre ha de ser, que es justo que lo sea!

* M. S. de don J. M. G. en la Biblioteca del Senado Nacional.

CANTO AL FUEGO *

Salve ser admirable,
Salve fiel compañero,
Salve amado de todos,
Salve benigno fuego.

—

Tú eres la viva imagen
Del luminar primero,
Tú alumbras y tú quemas,
Tú secas más que el viento.

—

De luz y de calor
Como él eres compuesto,
Por más que digan muchos
Que eres un elemento.

—

Derrites los metales,
Enrrojeces al fierro
Y en tí purificado
Se vuelve fino acero.

—

Sin tí el hombre no se halla,
Y en todo el Universo
De los seres precisos
Te cuentan el primero.

—

* Manuscrito de D. J. M. G. en la Biblioteca del Senado Nacional.

Como calor latente
Estás en todo cuerpo,
Así es que te descubre
El solo movimiento.

—

Tú recreas al triste
Solitario en el yermo,
Cuando de tí recibe
Luz, calor y embeleso.

—

Abrigas al desnudo
En el rígido invierno,
Y eres del miserable
El único consuelo.

—

Al pobre desdichado,
Si por suerte está preso,
No solo le acompañas
Sino le das contento.

—

Sazònas y enterneces
A nuestros alimentos,
Que en vez de darnos vida
Sin tí fueran enfermos.

—

Cuando los caminantes
Han perdido el sendero,
Si por dicha te miran
Siguen tu rumbo luego.

—

A las artes y ciencias
También auxilias, cierto,

Que si tú les faltaras
Nunca harían progresos.

—

Impulso das al aire,
Das acción á los cuerpos,
Y de tí aunque pesados
Reciben movimiento.

—

La química te debe
Sus adelantamientos,
Y el arte de la guerra
No debe contar menos.

—

En tí la maquinaria
Halló tales inventos
Que embelesan al mismo
Que los ha descubierto.

—

Lo publican las naves
De llibre Mundo Nuevo,
Que navegan sin velas
Solo á impulso del fuego.

—

La física, aerostática
Y el arte farmacéutico,
Yo no se sin tu auxilio
Que es lo que hubieran hecho.

—

A ley de agradecido,
Aunque sea en mal verso,
Como por homenaje
Canto lo que te debo.

INDICE

Dr. José Agustín Molina:

PÁGINAS

José Antonio Miralla:

Juan Gualberto Godoy:

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

TOMO IV — PATRIA Y HONOR

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

TOMO IV—PATRIA Y HONOR

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910